

Saber para vivir

Compilado de relatos participantes del concurso "Cuenta tu cuento ANB"



ACADEMIA NACIONAL

CONMEMORACIÓN DE LOS 32 AÑOS DE ACADEMIA NACIONAL DE BOMBEROS DE CHILE 2020



ACADEMIA NACIONAL

Saber para vivir

**Compilado de relatos participantes del concurso
"Cuenta tu cuento ANB"**

Saber para vivir
Compilado de relatos participantes del concurso
“Cuenta tu cuento ANB”

Director ANB

Gustavo López A.

Jefa de Desarrollo Académico

Pía Barrios P.

Editor

Pablo Ihnen J.

Diseño editorial

Félix López C.

Ilustración de portada

César Fuentes R.

Jurado

Ricardo Loebel S.

Hugo Ramos T.

Luis Enrique González V.

Nelson Eduar Cortés T.

Fotografías

Banco de imágenes de la ANB

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución en ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

© 2020, Academia Nacional de Bomberos de Chile
Avda. Bustamante 86, Providencia, Santiago, Chile.

Teléfonos: (56) 2 2816 0027 / (56) 2 2816 0000

E-mail: academia@bomberos.cl

Twitter: @ANB_Chile

www.anb.cl

Nº de registro: 2020-A-10394

Todos los derechos reservados.

Todos los derechos reservados. Impreso en Chile por XXXXXXXXXXXXXXXX.

Contenido

Prólogo.....	5	Curso de verano	30
Algunas consideraciones sobre este concurso	7	De la experiencia a lo técnico	31
Cuentos ganadores	8	De la sala a la práctica	32
La torre de humo.....	9	<i>Déjà vu</i>	33
El viejo molino, los cara sucia y los diecisiete de negro.....	10	Dominador sentir	34
Mi primer encuentro con la muerte.....	11	Domingo y la Academia Nacional.....	35
Margaritas a tus pies	12	El camino del rescatista	37
Mi viejo.....	13	El chiporro que no quería ser bombero.....	38
¿Cómo ser bombera?	15	El cuento que no es cuento	39
¿Qué es?.....	16	El edificio oscuro	40
6-9	17	El fuego habla un solo idioma	41
15 de enero.....	18	El legado	42
A través de la ventana.....	19	El llamado.....	44
Academia de Bomberos en época de pandemia...20		El mejor amigo de un bombero siempre será su EPP	45
<i>Alma mater</i>	21	El viaje	46
Cambio de vida	22	Emergencias del recuerdo.....	47
Chiporro	23	En la escalera	49
Comienzo	24	Entre bomberos.....	50
Cómo pasa el tiempo	26	Espadas de colores.....	51
Crónica de fin de semana.....	27	Estábamos en la bomba cuando sonaron los tonos.....	52
Cuento con ruedas.....	28	Experiencias fuertes de la vida	53
Cuento de un soñador	29	Final de temporada	54

Fundación	55	<i>Power</i> americano.....	85
Héroe anónimo.....	56	Primer día en la ANB.....	86
Honor a prueba de fuego.....	57	Recuerdos y emociones muchos años después.....	87
Honorario	58	Recuerdos de un bombero.....	88
Humo	60	Relato de un bombero nuevo conociendo la ANB	89
Incendios forestales el verano de 2020.....	61	Relato de un fundador.....	90
Insomnio en la habitación uno	62	Retorno al Olimpo	91
<i>Konbisyon</i>	63	Saber no duele.....	93
La Academia Láctea, 100 mil años luz.....	64	Sentí su dolor	94
La campana de Mr. Rowland	65	Tardanza forzada.....	95
La esperanza de llegar a tiempo.....	66	Tesis	96
La historia de la instructora que motivó a toda una generación de bomberas.....	67	Un bombero, mil historias	97
La isla en llamas	68	Un extraño sueño digno de contar	98
La mascota	69	Un incendio forestal muy especial.....	99
La suertecita.....	71	Un llamado.....	100
Las aves en tragedia	72	Un velador oportuno	101
Las marcas de la vida.....	73	Una amistad forjada a fuego	102
Llamas de un sueño	74	Una caída hacia el futuro	104
Los de Siempre	75	Una ígnea revelación.....	105
Los extraños rojos.....	76	Una vida al servicio	106
Memorias	77	Valdivia, mi vida y mis bomberos	107
Mi Palomo bombero	78	Viaje de experiencia.....	108
Mi recuerdo en ti.....	79	Visita en la ANB	109
Mi viaje a la ANB	80	Vocación de servicio, siempre	110
Mis lentes, mi instructor	82	Y el lunes... el lunes hay que estar a las ocho en el trabajo.....	111
Nebolina de invierno.....	83	Yo también quiero enseñar.....	112
Pasaje al centro del fuego	84		

Prólogo

Quien escribe no solo describe, sino que también se descubre a sí mismo en el proceso; enfrentarse a una página en blanco es, en ese sentido, como mirarse en un espejo. El concurso de cuentos breves “Cuenta tu cuento ANB” pretendía, en parte, eso: que los participantes descubrieran, por medio de la literatura, qué relación tienen con la Academia y qué significa ser parte de Bomberos.

Sin embargo, uno no escribe para uno mismo; el mejor cuento del mundo nunca lo será, realmente, si descansa por siempre en la oscuridad de un cajón o en la memoria de un computador. Compartir un escrito puede ser atemorizante –nada expone más nuestra identidad que el lenguaje–, pero también es liberador, y hasta adrenalínico, saber que alguien se tomó la molestia de leernos.

Esta publicación le da a las bomberas y los bomberos del país la oportunidad de conocerse a través de la literatura y de descubrir qué tienen en común, aunque los separen miles de kilómetros. Leyéndose encontrarán, en palabras de otros, la misma ansiedad que sintieron antes de entrar a un simulador, la misma frustración al tener que equiparse con un ERA de un modelo poco familiar y el mismo asombro al llegar por primera vez a la capital y ver su mar de luces cobrizas. Leyéndose encontrarán un reflejo de sí mismos en las letras de otros; es por eso que decidimos publicar no solo a los ganadores, sino que también a todos los participantes. Creemos que cada autor ha aportado, desde su propio testimonio, a construir la identidad cultural de Bomberos.

El concurso se realizó para celebrar los 32 años de la Academia, pero –además– este no ha sido un año cualquiera. El 2020 ha sido prácticamente una novela de ciencia ficción; incendios forestales de relevancia mundial, la inestabilidad política y –por supuesto– el coronavirus han hecho que todo el año

se sienta como una gran emergencia. En lo concreto, el coronavirus nos obligó a cambiar no solo nuestro modo de relacionarnos, sino que también la forma de capacitar a bomberas y bomberos, y sin duda influyó en la vida de cuartel.

Sin embargo, el virus rara vez fue el tema central de los cuentos participantes. Y es que la vida de bombero, como gira en torno a la emergencia, ya está hecha de historias excepcionales esperando a ser narradas.

El primer tópico que llama la atención es la imaginación infantil; es decir, cómo los niños perciben a los bomberos. Todos conocemos la admiración casi instintiva de casi cualquier niño frente a la idea de ser bombero, pero en el fondo es una relación ambivalente. Por un lado, el bombero puede ser imaginado desde la espectacularidad de sus carros, sirenas, luces y equipos, casi como si fuera un cosmonauta y su carro fuera una nave espacial; pero, por otro lado, también se sabe que muchas veces los niños pueden sentir temor –en el contexto de una emergencia– al ver un bombero completamente equipado (que, bajo el mismo imaginario, perfectamente puede parecer un extraterrestre). No obstante, como se refleja en un par de relatos, la experiencia de ser salvado no solo disipa ese temor, sino que también motiva a muchos a hacerse parte de la institución.

El amor, como tópico, no podía faltar; incluso en un contexto de capacitación y disciplina es inevitable que una cosa lleve a la otra. La narradora de “La torre de humo”, el relato ganador, usa la voz de quien le habla a su amante en la intimidad, y al mismo tiempo el cuento se puede leer como un juego en el que el lector adivina a qué parte del equipo de protección personal se está refiriendo realmente. “La torre de humo”, en particular, resulta interesante porque aborda romance y comedia en un solo párrafo, y

porque hace un paralelo entre una relación romántica y la relación que un bombero debiese tener con su equipo de protección personal. En ese sentido es un merecido primer lugar considerando el contexto de la convocatoria, ya que cumple al mismo tiempo el rol de entretener y el de educar.

La emergencia, por supuesto, tuvo que estar presente como tópico. Y aunque los incendios estructurales –lógicamente– fueron los incidentes más descritos, también hubo menciones a incendios forestales y rescates vehiculares; hasta hay un cuento sobre la investigación de incendios. Sin embargo, el tema central de la convocatoria era la Academia, y en ese contexto, hubo un gran punto en común: el curso Control de Incendios y su evaluación práctica. Aprobar ese curso pareciera ser una suerte de iniciación bomberil, ya que para muchos es la primera experiencia cercana a la realidad de la emergencia. En ese sentido, muchos de los cuentos nos recordaron que el uso de los simuladores es uno de los aspectos más atractivos de la capacitación en los campus.

Finalmente, es imposible hablar de literatura bomberil sin abordar quizás el tópico más importante de la literatura universal: la muerte. De por sí la literatura es un esfuerzo por permanecer en la memoria y, de alguna manera, trascender, pero en el ámbito bomberil la muerte también adquiere una inevitable relevancia. Quien fallece en servicio es mártir, y en más de un relato se repite la imagen de un cuartel celestial; incluso un relato describe cómo

un grupo de ángeles se decide a fundar un cuartel en el paraíso. El dolor por los que partieron se relaciona directamente con la tradición: de alguna manera, mantener ciertas conductas y ritos se vuelve una forma de honrar a los caídos.

Sin embargo, la tradición es un arma de doble filo. El bombero con la toalla al cuello y con la cara llena de tizne sigue siendo una imagen llena de romanticismo para muchos, pero finalmente solo habla de la precariedad del pasado. A pesar de que en algunos relatos se usa el término *superhéroe* o se glorifican decisiones como realizar un rescate en una estructura en fase de libre combustión, nuestro deber como Academia es recordarle a la comunidad bomberil que el bombero sigue siendo, físicamente, un ser humano como cualquier otro; que el país no necesita superhéroes ni ángeles, sino simplemente personas que comprendan los principios científicos y técnicos detrás del fuego y del agua (entre tantas otras materias). Correr más riesgos de lo necesario en ningún caso es sinónimo de valentía, sino de mera irresponsabilidad.

Como suele decir una especialista del Departamento de Desarrollo Técnico de la Academia, nosotros “estamos educando a los bomberos para que no se mueran”. Nuestro objetivo, finalmente, es que no haya un solo mártir por descuido o por tomar decisiones inadecuadas. En ese sentido, el lema “saber para servir” podría ser, también, “saber para vivir”.

Academia Nacional de Bomberos de Chile



Algunas consideraciones sobre este concurso

Ha resultado muy interesante saber que tenemos una gran cantidad de bomberos, chicos y chicas, que han expresado a través de las letras experiencias significativas que han impactado en sus vidas en diversas situaciones de la emergencia, y que en esta especial ocasión han podido compartirlas.

Más interesante aún resulta conocer sus impresiones personales, especialmente cómo ellos ven la Academia Nacional de Bomberos, cómo esta les ha servido y lo que ha significado para ellos en el tiempo en esta nueva vida como voluntarios de Bomberos de Chile.

En una de nuestras reuniones de Consejo Directivo nace la idea de hacer un concurso de cuentos breves en ocasión del 32° aniversario de creación de la Academia Nacional. Nuestro propósito era que participaran todos los bomberos que gustan de escribir sus experiencias a través de relatos, cada uno con sus habilidades literarias propias.

Participan casi cien trabajos, provenientes desde Tarapacá hasta Punta Arenas. La mayoría es gente joven; son bomberos y bomberas que sienten el deseo de reflejar, a través de sus líneas, momentos importantes y significativos en sus aprendizajes y entrenamientos; algunos son trágicos, otros están llenos de incertidumbre, homenajes o satisfacción por el deber cumplido, y también encontramos una buena cuota de misterio.

Contamos con grandes personalidades para llevar a efecto la selección: un académico de la Universidad Católica de Chile, don Ricardo Loebel Silva; un joven profesional y librero, y representante de Radio Cooperativa, don Hugo Ramos Tapia; nuestro reconocido instructor, don Luis Enrique González; y mi modesta participación como docente, Director Nacional e integrante del Consejo Directivo de la Academia Nacional de Bomberos de Chile. En esta revisión se pudo dar cuenta de una gran riqueza y diversidad de trabajos. Los más destacados se relevaron, esta vez en voz alta, en una reunión por Zoom. Fueron seleccionados los tres primeros lugares y dos menciones honrosas, cada uno con sus respectivos reconocimientos y estímulos.

Dado lo interesante de este espacio recién creado –y en vista de la necesidad de que nuestros bomberos expresen sus vivencias, experiencias y emociones–, he solicitado que se mantenga y fortalezca este concurso cada año en que la Academia celebre su aniversario.

Queremos compartir esta suma de narraciones tan especiales, y es así que publicamos hoy este compilado de cuentos breves en un libro para conocimiento de toda nuestra comunidad y de la gran familia bomberil, que crece en su compromiso de saber más para servir mejor.

¡Que lo disfruten!

Nelson Eduar Cortés Talamilla

Presidente de la Región de Atacama

Miembro del Consejo Directivo de la Academia Nacional de Bomberos de Chile

Director Nacional de Bomberos de Chile

Cuentos ganadores



La torre de humo

Javiera Andrea Encina Rodríguez

Cuerpo de Bomberos de Quintero

Amor, tengo miedo. Tú sabes cómo soy yo: me paso rollos. Las botas siempre me quedan grandes. Además, tengo las manos chicas; voy a dar la hora con los guantes. Dicen que los instructores son súper exigentes con las mujeres. ¿Será verdad? Imagínate la vergüenza: acabo de darme cuenta de que soy la única mujer. No quiero que te pongas celoso; solo te cuento porque siento mucha presión. Es ahora cuando me arrepiento de haber tenido pausas en los entrenamientos, de haber hecho dibujos en los cuadernos en vez de atreverme a hacer esas preguntas que para mí eran súper tontas, pero que ahora resultan ser necesarias. Hace rato dejé el inhalador, pero ahora siento que si no lo uso me va a salir la típica tos de perro de la que todos se reirán. Creo que cuando termine en el suelo desmayada no será tan chistoso, pero pasará a la historia. Ya, si tampoco es para tanto; aquí me entregaron todo con olor a nuevo y a mi medida. Me siento privilegiada

con los instructores porque les entiendo todo. De verdad, ahora todo lo veo más claro. Y es que, con ese desayuno, uf, quedé más prendida que la casa de mi primer incendio (no me retes). Tú sabes mejor que nadie que yo soy nerviosa, impaciente, a veces un poco loca... en especial cuando estás sobre mí. Cada vez que siento tu peso me haces sentir segura; siento que nuestra relación es especial. Tu función es cuidarme, y tuve que estudiarte muy bien antes de tenerte solo para mí. Ahora que estamos juntos, también debo cuidar de ti; si no lo hiciera, me costaría muy caro. Antes de ti tuve varios más, pero eran más viejos. Yo cacho que contigo tiro más pinta. Eres el único que tiene tatuado mi nombre porque nos hicimos inseparables, y eres en el primero que pienso antes de cada emergencia. Bueno, no tenemos más tiempo, y ya me siento mucho mejor. Espero que estés tan listo como yo, porque ya nos toca entrar a la torre de humo, ¡mi casco amado!





El viejo molino, los cara sucia y los diecisiete de negro

Sergio Alexis Santibáñez Fuentes

Cuerpo de Bomberos de Casablanca

Cada año, la llegada del verano era presagiada por una serie incomprensible de acontecimientos físicos que cambiaban la esencia de las cosas: las ropas del colegio palidecían, las camisas se mimetizaban con la tierra del patio y los grises pantalones dejaban traslucir la piel en la entrepierna. Entre tanto, nuestros corazones latían al ritmo de un gemido... vacaciones. Unos se contentaban con jugar en el barrio; otros –como yo– teníamos además la bendición de viajar a la casa de un pariente.

Tras algunas semanas de disfrutar los infinitos días estivales solamente interrumpidos por los llamados de mi madre, comenzaba mi travesía a casa de mis abuelos. Primero, el plan ocupaba mi mente y poco a poco tomaba cuerpo en el ambiente familiar, comenzando a aparecer en forma de bolsos, huevos cocidos, pan con mantequilla y otros tesoros que serían cuidadosamente instalados en la combi. La noche anterior al viaje con mis hermanas no pegábamos las pestañas, deseando ver el final del camino siempre saturado con preguntas del tipo “¿cuánto falta?”. “Bienvenido a Talagante”, se leía en la orilla del viejo camino. Eso era señal de que faltaba bien poco.

El caserío de chozas con sus dos grandes palmeras quedaba cerca del río Mapocho; lo separaban de él unos sembradíos y la lechería. Según mi Lelo, se podían atravesar teniendo cuidado de no pisar las matas ni de alertar a los quiltros. Eso sí, hace poco habían comprado la vieja casona de adobe, una casa blanca bien grande con largos corredores y un molino. “El molino del río”, aclaró el abuelo. “¿Qué es *molino*?”, pregunté. Mi Nona no tardó en explicar con tono doctoral que se trataba de un granero alto,

y toda su explicación habría resultado perfecta si justo no le hubiera pisado la cola al perro chascón, que lanzó un melancólico aullido.

Después de engullir la comida que los abuelos nos habían preparado, la parvada de cabros chicos, compuesta por familia y amigos del lugar, emprendía el recorrido que nos llevaría al río, parada obligatoria de inicio de vacaciones. Debíamos pasar pegaditos a la pared de atrás del molino, no fuera tal que esos futres –los nuevos dueños– se enojaran y nos corrieran.

Nuestros jóvenes corazones se paralizaron. Justo al atravesar el último tramo de la pared que dividía el molino con la chacra de doña Rosario sucedió un hecho inesperado. Una columna de fuego y humo salía del patio de la casona. Ciertamente nos iban a culpar a nosotros y pagaríamos antiguos pecados indultados por la noche. Ya varias veces habíamos trepado esas paredes para jugar entre las patas de las vacas. Miré por un portillo y fue grande mi sorpresa. Yo los conté. Diecisiete bomberos perfectamente uniformados prendían el fuego y luego lo apagaban a la voz de uno de ellos con apariencia de profesor. Tamaña locura.

Desde ese día y por varios años el recorrido al río era interrumpido por un rito de niños. Desde el patio trasero de la casona se veía un sauce medio pelado del que colgaba un racimo de muchachos de cara sucia, que observaban atónitos las maniobras de esos caballeros de negro y cascos relucientes que incansablemente prendían y apagaban el fuego. La última vez que estuve en ese patio ya era uno de ellos y miraba con lágrimas en mis ojos al fondo del patio esperando ver el pasado.



Mi primer encuentro con la muerte

Claudio Octavio Villalobos Jara

Cuerpo de Bomberos de Santo Domingo

No recuerdo muy bien la fecha exacta de esta historia; solo sé que estuve allí y que tan solo tenía 14 años de edad. Hacía pocos meses que me habían aceptado en la Primera Compañía de Bomberos de Santo Domingo, todo después de convencer a mi padre que firmara esa famosa autorización que se requería por ser menor de edad. Esa tarde, pasada la hora de almuerzo, sonó la sirena más fuerte que nunca. Seguramente teníamos viento norte; por eso la potencia de su grito de socorro. Cuando llegué al cuartel, el maquinista ya asomaba nuestro carro Berliet por el portón de la sala de máquinas. Me subí a la carrera, casco y cotona de cuero en mano, y comencé a vestirme en su interior. Conmigo también estaban el voluntario Marcelino Carreño y Jorge Osorio, dos viejos bomberos que hacían este servicio más confiable por mi poca experiencia.

—¡Muchachos, a prepararse! —exclamó el voluntario Osorio— Vamos a buscar un finadito que encontraron descomponiéndose en la playa cercana al sector El Convento.

Mis oídos parecieron explotar al escuchar esto. Era una mezcla de curiosidad y miedo lo que me invadió. Nunca en mi vida había presenciado algo así.

—¿Qué le pasa, voluntario Villalobos? —preguntó el voluntario Carreño— Tiene la cara blancucha. ¡No me diga que tiene miedo pues, ‘iñor, que esta cosa es pa’ hombres!

En honor a la verdad, es que estaba aterrado, casi a minutos de pedir que detuvieran el carro para bajarme allí mismo y dejarlo todo, pero recordé que, si bien tenía tan solo 14 años, también era un bombero con todas sus obligaciones y deberes. Pegué la cabeza a la ventanilla y continué el viaje en silencio.

—Llegamos —dijo Osorio—. Hasta aquí no más se puede motorizado. El resto del camino es de infantería.

Al llegar al lugar lo primero que vi fueron sus pies asomados por sobre la arena. Tenía solo un zapato y el otro pie totalmente desnudo. Con cautela y respeto nos acercamos y lo miramos.

—Descanse en paz, amigo —le dijo el voluntario Osorio—. Nosotros lo llevaremos a casa.

Esas palabras hicieron que comprendiera el respeto de un bombero a este hombre desconocido. No sabíamos nada de él. Seguramente su familia lo estaba buscando, y allí estábamos nosotros, en reemplazo de ellos.

Ya caía la noche y recibí la peor de las órdenes que a mis 14 años podía recibir.

—¡Villalobos! Quédate cuidando al amigo. Nosotros debemos volver al carro a esperar al Servicio Médico Legal y a Carabineros.

Mi espalda sintió un frío que estremeció todo mi cuerpo. Jamás en mi vida había estado junto a un cadáver. Me quedé firme junto a él y clavé mi vista al mar, pero mi curiosidad era más grande que el miedo que sentía; me volteé hacia él, comencé a mirarlo y el miedo terminó. Algo inexplicable me unió por un segundo a ese desconocido. Tal vez era su único amigo en este momento, en donde comenzaba su último viaje, el de retorno a casa y al infinito. Pasados unos minutos llegaron mis compañeros, me palmotearon el hombro y dijeron: “Seguramente tu compañía le hizo bien a este hombre. Tú y él nunca lo olvidarán. Ya eres un bombero de verdad”.



MENCIÓN HONROSA

Margaritas a tus pies

Lila Andrea Díaz González

Cuerpo de Bomberos de San Vicente de Tagua Tagua

Caía la tarde. El sol de otoño en su ocaso se estrellaba en la ventana, dejando su calor sobre el tapiz gris de una silla de madera. Sobre la mesa, con la marca opaca de algún café humeante, se encontraban apilados en series de cinco los manuales. Por la puerta entreabierta de aquella oficina se escapaban las palabras con tu singular timbre y el hojear de un libro se enmudecía al recordar tu ausencia.

Los días de junio se caían lentamente del calendario y ocasionalmente a lo lejos, entre los simuladores, la fuerte voz de un instructor rompía el silencio que sutilmente volvía a apoderarse de todo. De los solitarios pasillos se escapaban los recuerdos de las largas conversaciones, de estudio, de bromas, de rigurosidad y de fraternidad.

Tus pasos, que se deslizaban con el ritmo lento

de tu andar y la extensa sombra de tu atardecer, viajaban por todos los recovecos besados por el sonido de tu voz.

De pronto un puñado de tierra de cada región sacudieron tus pies y al lado de una piedra cada uno se confinó. Las paredes empalidecidas se pintaron de luz y el piso de un verde camino. Para recibirte se desprendieron de los bronces los amigos de siempre y vistieron de gala, para despedirte, a los que solo les queda el recuerdo.

¡Mi corazón golpeó mi pecho!, y con un salto se abrieron mis ojos. La respiración regresó a mi cuerpo y comprendí que las margaritas ya nunca más estarían marchitas, como rezan los versos de *El camino verde* que cantabas año a año en el aniversario de tu compañía.

A la memoria de José Carlos Silva Aresti, instructor ANB.





MENCIÓN HONROSA

Mi viejo

Javier Alexis Frías Jara

Cuerpo de Bomberos de Concepción

Era costumbre de día domingo que mi viejo y yo nos enfrentáramos a un acalorado *round* de sobremesa. Desde discusiones de política, pasando por historias de infancia, hasta pelambres sobre la señora que atendía la panadería había visto aquel comedor, que, por cierto, se utilizaba solamente ese día de la semana.

Aquellos periquetes representaban los únicos momentos en que podía compartir con él, y digo compartir bien entre comillas, ya que el alzhéimer me convertía en papá, compañero de bomba, doctor y hasta en patas negras, según lo que su mente le indicara en cada trance. No obstante, recuerdo con detalle ese primero de junio, donde el tema del día era su pasado como bombero. Fue incluso conmovedor escucharlo hablar de cosas como la toalla autónoma, o del *jeans* de combate, mientras la sonrisa producida por la lucidez de sus recuerdos no se despegaba de su cara.

—En mayo, por ahí por el noventa, nos llegó la noticia. Se iba a crear una academia de bomberos —asintió ensimismado. Miraba al horizonte con señal de orgullo.

Me contó que, en su ingenuidad, pensaba que sería una especie de universidad donde los bomberos tendrían que ir a clases y aprobar ramos.

—Idea un tanto errada —rectificó con la mirada perdida.

Lamentablemente no soy capaz de leer los pensamientos, pero estoy seguro de que por su mente pasaban imágenes de la única visita que hizo al campus, de la cual quedó registro fotográfico, donde él, cual pecho inflado, posaba frente al imponente logo que decía “Academia Nacional”.

—María, ¿lavaste mi uniforme de bombero? —le preguntó a mi madre. El espacio de lucidez diario había terminado.







¿Cómo ser bombera?

Angélica María Campos Fernández

Cuerpo de Bomberos de Curicó

¿Qué significa ser mujer en Bomberos? ¿Alguien es realmente capaz de contestar esa pregunta? Pues yo sí. Ser mujer bombera es hacer la pega considerada para un hombre en lugares en donde una señorita no debería estar (...). Es unirse a una familia constituida en su mayoría por varones, en donde a la hora del grito de la sirena no hay distinción de género, pero a pesar de que perteneces a esta gigante familia, cuando existen muy pocas compañeras o ninguna aparte de ti, es solitario. Es estar en tu cuartel y no tener a nadie que entienda lo que es heredar un uniforme gigante de un voluntario porque no tendrán tallas S hasta en mil años más, cuando se haga un nuevo pedido. Y qué decir de las botas; encontrar una talla 36 es como encontrar alcohol gel barato en esta pandemia, como colocarse un ERA con el cabello largo o como sentir la fuerza de la presión de un pitón en un brazo donde definitivamente quedarán moretones.

¿Cómo se aprende a ser bombera? ¿Cómo me capacito? ¿Cómo aprendí a ser bombera? No existe algún manual que diga cómo fueron las primeras

mujeres voluntarias. ¿Cómo me identificaré, entonces, con la historia? Eso lo aprendí en la Academia Nacional de Bomberos. Desde el sur llegué en pleno verano, con el sol quemante en el rostro. Esperaba encontrar respuesta a mis preguntas, y finalmente las encontré todas; fue un momento excepcional en donde solo se hicieron capacitaciones a voluntarias a lo largo del país, y todas teníamos similares inquietudes y necesidades. Aprendí a ser bombera con otras bomberas e instructoras; ellas me enseñaron diferentes maneras de cargar a personas con tres veces mi peso, y no hablo de las recomendaciones del manual. Aprendí lo mismo que mis compañeros varones, pero con una gran diferencia, que no soy la única. Con ellas aprendí algo que ninguna instrucción en regiones me dará: la cofradía de nuestro género.

No olvidaré nunca este proceso educativo que pasé por la Academia Nacional; no por los módulos y tecnología presente en este, sino por la formación, capacitación y entrenamiento que tuve con mis compañeras e instructoras. Gracias a ellas aprendí a ser bombera.





¿Qué es?

Josefa Saborido Peragallo

Cuerpo de Bomberos de Viña del Mar

- i** Sabes lo que es la ANB?
- Es la Academia Nacional de Bomberos, donde están los centros de entrenamiento de Bomberos de Chile. Hay distintos tipos de módulos para practicar, y están todos los carros de bomberos que dan de baja y no son reasignados.
- Oh, yo nunca he ido. Lo máximo que he hecho de la ANB han sido los cursos de capacitación que dictan los instructores, pero me gustaría ir a entrenar. Me imagino que la estructura debe ser grande para tener todo eso.
- Así es, es una gran estructura. Ni te imaginas.
- Pero no siempre ha sido así, ¿verdad?
- La verdad no lo sé, mas sé que ahí se capacitan los instructores que nos enseñan en distintas regiones, para así entregar el conocimiento y un mejor servicio a nuestra comunidad.
- Parece que te gustaría ser instructor. Sabes mucho sobre la ANB.
- Me has descubierto. Antes de serlo quiero seguir capacitándome, para así algún día ser un buen instructor y enseñar lo aprendido. ¿Para qué sirve tener conocimiento si no es para enseñarlo?





6-9

Iván Antonio Cifuentes Guerrero

Cuerpo de Bomberos de Quinta Normal

No puedo dejar de mirar tu foto. Desde que te conocí me sentí atraído, pero solo después de un tiempo y de ver en qué curso te inscribías –para entrar en el mismo– pude acercarme de verdad. Al estudiar y practicar contigo sentí que me atrapabas como un relámpago; pude conocerte, descubrir que tu fondo es tan bello como tu forma. Un manual era la excusa perfecta para hablar contigo, y una práctica era el cuadro perfecto para contemplarte, cuando podías creer cualquier historia que te contara. Mientras recibíamos el conocimiento para cumplir nuestro objetivo, el que nos llevó a la Academia, tuve la fortuna de tocar tus labios por primera vez, comenzando poco a poco algo que, aunque no llevara nombre, iba creciendo, al menos en mí. Ver tu pasión, tu sonrisa al hablar del tema y al plantearte objetivos, tu compromiso con esta labor, me llevó a ingresar a las filas, aunque en otra compañía. A través de ti pude enamorarme realmente de mi actual labor, de la satisfacción de dar, esa que tú me enseñaste y que te agradezco. Espero nunca dejarla, como lo harías tú conmigo tiempo después.

Ya sin poder ver tu sonrisa, sin poder quemar una conversación con el humo de un par de cigarrillos

y tomar el riesgo de exponerte lo más profundo de mí; al fin pensando en que te dejaba ir, que solo quedaba conformarme con saber que tu sonrisa seguía ahí, frente a alguien más, apareció. Ese carro, ese que tu compañía dejó atrás, como tú lo hiciste con este bombero, ese carro tan querido, que tanto los acompañó, que tal vez no recibieron nuevo, pero que dio todo lo que tenía y nunca los dejó sin escalas, llegó reasignado a mi compañía. Llegó a recordarme que tal vez donde estoy tripulando, en cada servicio, pudiste tripular tú. ¿No es curioso? Un objeto inanimado ha transitado por la misma pendiente con el consuelo de que, cuando caen los tonos bajo la sinergia de nuestro trabajo, podemos poner los pies en el presente y cumplir con el objetivo que tenemos todos; ese que nos hace olvidar responsabilidades personales, sentimientos, enfermedades; que nos recuerda que somos todo y a la vez somos nadie, y me recuerda, de alguna manera, también a ti, al menos hasta que la contingencia nos abandona y por radio se verbaliza que volvemos a la realidad, y el tiempo corre lento de nuevo en un simple seis nueve.





15 de enero

Annete Anais Ojeda Ossandón

Cuerpo de Bomberos de El Palqui

Era un día muy caluroso y miraba temerosa la fachada amarillenta y la enorme palmera que, erguida y orgullosa, posaba en el cuartel de bomberos. Me acerqué de a poco con interés y recordando cada historia que mi padre me contó en sus días como bombero de su pequeño pueblo. Sintiendo mi corazón acelerarse por las ganas que tenía de sentir lo que era ser bombero, empujé la puerta de la reja esperando encontrar a alguien que pudiera recibirme, hasta que por una de las puertas apareció un joven de aproximadamente veinticinco años, quien al verme me sonrió y dijo:

—¡Hola! ¿En qué puedo ayudarte?

Sin esperar nada más hablé firme y decidida:

—Quiero ser bombera.

En mis primeros días fue el chico de sonrisa grande y amable, que por cierto se llama Álvaro, quien me acompañó en todo; me mostró el carro de la compañía y cada material que se encontraba dentro, y me explicó cada cosa que pasaba por mi mente de aspirante.

Fui creciendo como bombera –ya no era aspirante– y Álvaro se había vuelto un muy buen compañero,

y era en mi opinión el mejor bombero del mundo. Su dedicación a la compañía era inigualable, y en los cursos que hicimos juntos hacía preguntas para poder entregar un servicio excelente a comunidad. Los instructores lo reconocían en cualquier curso por ser “el preguntón de la segunda compañía”. Recuerdo que Álvaro decía que cuando entró a Bomberos lo hizo solo para tener algo en qué ocuparse, pero luego se dio cuenta de que él había nacido para servir a su comunidad y que daría su vida con tal de que la gente estuviera bien.

Hasta que, en una emergencia, al buscar a Álvaro, mi fiel compañero, me di cuenta de que había cumplido su promesa: dar la vida por la comunidad.

Comencé a dedicar mi tiempo completo a la compañía y a tener presente la promesa de Álvaro en mi mente; aprobé todos mis cursos y llegué a ser bombera profesional, y un día, como si Álvaro siguiera presente en mi vida, llegó un joven con las mismas características con las que llegué yo, me miró a los ojos y dijo, firme y decidido:

—Quiero ser bombero.





A través de la ventana

Rubén Andrés Gajardo Peña

Cuerpo de Bomberos de Teno

Era al menos la cuarta vez que me tocaba ver, a través de la ventana, la silueta de mi padre abandonando el hogar. Antes de cruzar la puerta se despedía cariñosamente de mí y besaba a mi madre, para luego caminar con paso firme —y cargando siempre un pequeño bolso— ante mi atenta mirada desde el otro lado del cristal.

La rutina había sido siempre la misma: se marchaba un viernes y regresaba el domingo, “cansado, pero feliz”, según sus propias palabras. Yo me quedaba con mi madre, quien me cuidaba y me decía que mi papá iba de viaje, que iba a un lugar donde le enseñaban a ayudar a las personas. Esas palabras de mi madre y las aventuras que relataba mi padre al regresar me hacían pensar largamente sobre sus actividades en aquel misterioso sitio que, a veces, lo apartaba de nuestro lado.

Mi imaginación de niño creaba las más impresionantes aventuras. En ellas obviamente mi papá siempre era el héroe. Intuía que ahí luchaba contra

monstruos que lo atacaban con fuego y rescataba gente en peligro utilizando poderes que, por alguna razón, jamás se activaban cuando yo estaba presente.

Así transcurrió la vida: entre los cariños de mi madre, las salidas de mi padre y mi imaginación, que con el tiempo se fue haciendo menos creativa. Habían avanzado irremediabilmente los años y los viajes de mi padre comenzaron a mermar. A veces lo veía ponerse su uniforme para ir a algún desfile de superhéroes y cada vez llegaba “más cansado, y más feliz”. Ciertamente su cuerpo ya no tenía la energía de antes ni sus pasos eran ahora tan firmes.

Es por eso que, consciente del papel que me toca desempeñar como hijo de un posible héroe, hoy estoy mirando nuevamente a mi padre a través de la ventana; ya me despedí cariñosamente de él y besé a mi madre. Con mi bolso avanzo a paso firme hacia ese lugar en el que aprenderé también lo necesario para ayudar a las personas de este cansado mundo feliz.





Academia de Bomberos en época de pandemia

Camila Martínez Herrera

Cuerpo de Bomberos de Illapel

En el poco tiempo que llevo en esta institución mi gran sueño es asistir a la Academia Nacional de Bomberos. Este año se lograría, pero en un cerrar de ojos todo cambió; sí todo cambió... con la llegada de la pandemia.

Este año comenzaría mis cursos a nivel profesional. Cumpliría mi anhelo de conocer la ANB, sus simuladores e implementación, y lo que es más importante aún, aprendería muchas cosas nuevas e iría poco a poco logrando mi nivel bombero profesional, todo gracias al arduo trabajo de nuestros instructores. Ese sueño se vio trancado con la llegada de la pandemia en marzo del 2020; desde ese día la vida de todos comenzó a cambiar, y el trabajo de Bomberos dio un gran giro. Los altos mandos comenzaron a trabajar en protocolos para la atención de las emergencias y así evitar futuros contagios en Bomberos, pero había algo que también preocupaba; la educación y la retroalimentación de contenidos, y cómo evitar que todo lo aprendido durante años anteriores se fuera desvaneciendo poco a poco de nuestras mentes.

La ANB comenzó a trabajar en nuevas formas de aprendizaje y evitar el atraso en contenidos de

bomberos y aspirantes, todo respetando los protocolos sanitarios. Uno de ellos es el distanciamiento social; aprovechando la tecnología actual y las plataformas digitales, comenzaron a dictar entrenamientos estándar y cursos por estas plataformas de forma *online*, donde se permite la conexión de varias personas a la vez, con lo cual se evita el contacto directo y nos protegemos todos. Al principio fue algo agobiador, ya que no todos contaban con una buena conexión a internet, pero al pasar los meses ha sido más llevadero. Los instructores y oficiales han logrado adaptarse a esta nueva época para entregar sus conocimientos al resto; gracias a la ANB y sus instructores hemos podido refrescar nuestros conocimientos e irlos reforzando cada vez que se puede. A pesar de esta pandemia hemos logrado adaptarnos y estar más interiorizados en el mundo digital. Espero que algún día, cuando todo esto pase, volvamos a la ANB, volvamos a encontrarnos, y que yo pueda cumplir mi anhelo. No estoy segura de cuándo será, pero de lo que sí estoy segura es que a pesar de cualquier obstáculo nuestra Academia, junto a sus instructores, siempre buscarán la manera de adaptarse en medio de la adversidad.





Alma mater

Galina Nikolaeva

Cuerpo de Bomberos de Antofagasta

Soy una mujer joven –tengo apenas 32 años–, pero a pesar de mi corta edad tengo muchos hijos, y su cantidad va en aumento. Lamentablemente no los puedo tener reunidos al mismo tiempo, ya que viven en diferentes ciudades a lo largo de Chile; sin embargo, nos comunicamos constantemente. Desde que cruzan por primera vez la puerta de su casa tienen que aprender muchísimas cosas, pero antes de empezar sus aprendizajes lo primero que hago es conversar con ellos y les enseño sobre ética y valores, que es lo principal antes de adquirir conocimientos técnicos. También les comento que desde hoy su vida cambiará rotundamente y que no todos podrán aguantar y seguir el mismo ritmo, ya que este trabajo involucra mucho sacrificio.

Lamentablemente muchos de ellos –por distintas razones– no siguen en este camino y los entiendo, y no los juzgo, porque no todos tenemos las mismas capacidades, pero los que se quedan y avanzan a diario luego reciben sus frutos de tanto esfuerzo y por ende sus reconocimientos correspondientes. Tristemente varios de mis hijos ya no se encuentran con vida, pero sus hermanos no dejan de recordarles con los honores que ellos merecen.

¿Ustedes me preguntan cómo lo hago, y de dónde saco fuerzas y tiempo para poder dedicarme a todos

mis hijos sin dejar de lado a ninguno de ellos? Bueno, les cuento que tengo muchos hermanos y hermanas que me ayudan a lo largo del país. Nos reunimos varias veces durante el año para que ellos me cuenten sobre los avances que ven y eso me emociona mucho, e indudablemente me pone muy orgullosa.

Recuerdo cuando empezó todo esto... mi papá –un profesor de historia– compró una casa cerca de Santiago y me dijo: “Aquí vamos a comenzar”. No era gran cosa, pero ni él ni yo nos podríamos haber imaginado en qué se iba a convertir tal hecho. Al día de hoy tengo tres casas gigantes, las cuales se encuentran en el norte, centro y sur de Chile. Mis hijos se están convirtiendo en unos profesionales en su labor, que no es menor y requiere muchas habilidades. Mis hermanos estudian a diario y reciben nuevas capacitaciones para traspasar sus conocimientos. Solo espero que mis hijos no dejen de crecer y que se cuiden mucho entre ellos, siempre respetando lo primero que les enseñé. Espero también que respeten a sus hermanos mayores y se guíen de ellos; que tengan mucho éxito en el camino que eligieron y que Dios los cuide. Ah, de tanto hablar y recordar se me olvidó por completo presentarme. Bueno, mi nombre es Academia Nacional de Bomberos, y mis hijos son Bomberos de Chile.





Cambio de vida

Natalis Núñez Salgado

Cuerpo de Bomberos de Quillón

Una tarde de septiembre, ya hace cuatro años, previa formación al desfile de fiestas patrias, acompañaba a mi hijo en su calidad de cadete en ensayo de desfile. En el momento que saludaron, con una voz clara y fuerte, “buenas tardes, mi comandante”... me pasó algo que hasta el día de hoy no logro explicar o describir. Ese sonido llegó a lo más profundo de mí; ese mismo día consulté qué se debe hacer para estar en las filas bomberiles. Tras seguir los pasos indicados, el 7 de septiembre del 2016 me hice parte de esta institución.

Al llegar a mi compañía he conocido otro mundo, un mundo que me ha ayudado a superar momentos o situaciones que nos presenta la vida, y en específico en lo personal. Es una terapia; te escuchan, y te desconectas del mundo real, porque los temas son bomberiles casi el 90% de las veces. Realmente los puedo llamar *familia*. Si bien todos tenemos nuestros mundos, cuando uno de los nuestros lo está pasando mal por equis motivo, así estamos todos.

Aparte, con el paso del tiempo y de cada emergencia, academia, reunión, etc., pasan tantas anécdotas, vivencias, historias y tallas... Al momento de las juntas se cuentan con tanta emoción, que se puede ver la cara de atención de los aspirantes cuando escuchan, preguntando emocionados “¿ya, y qué pasó? ¡Sigán contando!”. Oír cada cosa que ocurre en el transcurso de la viva bomberil y ver a los aspirantes con esa actitud de ser parte de la historia de Bomberos de Chile es algo que llena el corazón, ya que sienten lo que uno sintió una vez cuando estuvimos en su lugar.

Agradezco a esta institución mis logros de superación en lo personal y en lo académico. Llegué al nivel profesional y llevo unos años como secretaria, hasta la fecha actual. Agradezco que mis hijos valoren lo que uno hace por ellos y por la comunidad, que es la que más agradece los que nosotros hacemos.

En pocas palabras, ser bomberera me cambio la vida...





Chiporro

Germán Francisco Sandoval Garrido

Cuerpo de Bomberos de Linares

Cómo olvidar el año 1978; conocí muchas personas y nombres nuevos. Es un año para renacer... como si se pudiera. Tantos recuerdos... como en el puerto de Castro, en Chiloé, recién pasado de la brigada de aspirantes, con diecisiete años, a la Primera Compañía del Cuerpo de Bomberos de Castro. Cotona de cuero, toalla blanca, las botas de goma de mi papá... y ya era bombero. Dejamos de ser niños abruptamente... ya no éramos *aspirantiños*, pero pasamos a llamarnos *chiporros* por ser los más nuevos de la compañía.

Después de tantos años de bombero —casi cuarenta años...—, la memoria me regala a diario dos nombres forjados a hierro en mis recuerdos: el O'Brien y el Simpson... eran dos submarinos que recalaron en el puerto de Castro. Su destino era el sur de Chile por el conflicto de las islas Picton, Nueva y Lennox... así los conocí; con los pitos del cuartel.

—Primera compañía a abastecer de agua a unos submarinos —informó mi capitán Andrade.

Recuerdo este momento porque tenía sentimientos encontrados; nadie quería ir porque estábamos en capacitación... y a la vez todos queríamos conocer los submarinos. La capacitación estaba a cargo de bomberos de Ñuñoa; recuerdo el nombre del instructor, don Germán. Echamos a la suerte quién iba o se quedaba. El azar no me acompañó y perdí. Bajamos al puerto y abastecimos de agua a los submarinos; del grifo a un bote zódiac y dos tiras por el agua hasta llegar al submarino. Los ma-

rinós me invitaron a conocer el interior mientras se llenaban los estanques. Vimos sala de torpedos, la cocina (rancho) y el periscopio. Ya no era aspirantiño ni chiporro: ahora era *pelado* o *carreta*, como me bautizó el sargento Muñoz.

La vida nos cambia a cada instante. Ya de adulto me trasladaron a Linares por el trabajo; con mi esposa fuimos a buscar nuevos horizontes. Por amistad ingreso a la Segunda Compañía de Linares.

Pasan los años y me invitan a integrar la URB de Linares, que se estaba formando. Corre el tiempo, crecen los hijos y, por el ímpetu propio de la juventud, creamos y fundamos la Quinta Compañía de Especialidades Bombero Mártir Guillermo González Rojas.

Así, entre hijos y nietos nos sorprende el gran terremoto de febrero de 2010. Fueron tres días de trabajo y sin llegar a casa. Ya de pie por el sismo y sin darnos cuenta somos sorprendidos por otra alarma mundial, llamada COVID-19. Ya no es un incendio o un rescate tradicional. Así nos pilló el destino; así nos vistió la vida con cotona...

Confieso, tal Amado Nervo, que nunca conocí las instalaciones de la Academia por motivos laborales (turnos). Toda la capacitación fue a través de los primeros instructores ANB de Linares, Parral y Chillán. Academia, no me conoces en tu casa central... y si hemos salvado vidas o bienes en este periplo, amigos míos, confieso que estamos pagados... y sí, he vivido.





Comienzo

Manuel Navarrete Atencio

Cuerpo de Bomberos de San Pablo

14 años tenía cuando realicé mi primer curso. Sentí una suerte de nervios, intriga y miedo al ver a todos los grandes bomberos que componían la compañía a la cual yo también quería pertenecer.

Aceptado unos meses atrás como cadete, me comenzaba a sentir parte de la institución en la cual prácticamente nací, ya que mis padres también pertenecieron a ella; mi papá como bombero voluntario y mi madre como dama bomberil, labor no menos importante.

Ni los desfiles en el carro antiguo, girando la manilla para que llorara la sirena, ni el uniforme de parada a los siete años; nada, pero nada de eso se comparaba a esta situación.

Fuego 1 versaba el librito que me entregó el instructor aquella vez.

—¿Habrás más de un fuego? —me pregunté sin tener idea de lo que trataría aquel curso.

Mi chaqueta de cuero, pesada; mi casco de aluminio, brillante; y mis botas de goma, rotas por los gajes del oficio, daban a conocer a cada uno de los asistentes que mis compañeros y yo éramos los chiporritos del curso.

Comenzó el curso y poca atención puse a lo que se impartía, sino que todo estaba concentrado en el ritual que consistía el curso en sí mismo. Todos estaban ahí con su uniforme reluciente, pero a la vez dispuestos a abandonar el curso en cualquier momento si la paila así lo solicitaba. Gracias a dios no fue así.

Mis ojos brillaban; mi primer curso aprobado. Pecho inflado me fui a casa sabiendo un poco más de la labor que varios años después culminaría con Control de Incendios, donde claramente ese librito, *Fuego 1*, fue el inicio de una gran carrera del saber; del saber para servir.







Cómo pasa el tiempo

Óscar Mellado Torres

Cuerpo de Bomberos de Lautaro

El tiempo pasa rápido. Ayer estaba ingresando a mi primera compañía. Fue grata mi llegada. Ahí estaban los jóvenes y los mayores honorarios, todos compartiendo en una camaradería inolvidable. Nadie se restó a la bienvenida. En el primer ejercicio Joel me instruyó sobre la densidad del humo –a ras del suelo es menor– y sobre lo importante que era la toalla; ese paño mojado podía en algún momento salvarme la vida. Así, de manera oral, se iban entregando los conocimientos adquiridos en base a la experiencia de los cientos de siniestros (o más) en los que se trabajó. Pasados algunos años también me vi entregando mi experiencia acumulada por los años a los nuevos voluntarios.

Mi juramento como bombero marcó un hito especial en mi vida. Todos los voluntarios estaban presentes. Algunos podían ser mis abuelos. En general reinaba la alegría. Compartimos un exquisito plato para celebrar.

Años más tarde me casé. En cada llamado de sirena mi señora estaba en la puerta entregándome el casco y la toalla, siempre musitando una oración. Luego llegaron los hijos, motivo de alegría en mi familia y para mis camaradas, ya que en la compañía se celebran las novedades familiares, los éxitos y también los fracasos de cada voluntario. No todo es felicidad. Hay momentos de tristeza, como cuando la lista de los voluntarios honorarios comienza a

disminuir, pues les ha llegado la hora de marcharse al cuartel de Dios. Cada uno de ellos había sembrado fuertes lazos de afecto entre nosotros.

Mis hijos crecieron. Alejandro tomó la vocación de su bisabuelo, abuelo y padre. Qué orgulloso me sentía con mi niño vistiendo el uniforme. Ahora no había una transmisión oral de cómo trabajar en un incendio: había nacido la Academia Nacional de Bomberos de Chile. Había que seguir una malla curricular. De acuerdo a la especialidad de la compañía podían aprender diferentes oficios, como rescate vehicular, rescate urbano, rescate subacuático, incendios forestales y otros. Se atacaban los siniestros en forma técnica y con estos estudios aprobados se lograban excelentes resultados. Con esta modalidad la Academia siguió creciendo en materias y en metodología.

Uno no se da cuenta de cómo pasan los años. Ahora soy insigne, como muchos camaradas de mis tiempos. Ir a reunión me rejuvenece. Los voluntarios jóvenes y las damas son muy atentos, como éramos nosotros con los antiguos. Ojalá nunca se pierda esta fraternidad. Cuando veo los carros en un siniestro y a los voluntarios trabajando, me emociono y me lleno de ansiedad. Recuerdo mis tiempos de joven, los miro absorto y doy gracias a Dios por ser uno de ellos, claro que pasivo... Miro las balizas de los carros bomba y, lleno de orgullo, me digo a mí mismo: "Son técnicos; estudiaron su oficio. Son profesionales".





Crónica de fin de semana

Ismael Brito Puelle

Cuerpo de Bomberos de Salamanca

Despertador pateando, apertura ocular forzosa, luces empalagosas, bostezo dramático. Tetera pitando. Aroma a café y pan a medio tostar; deglución voraz. Ducha caliente. Dientes relucientes. Elegante peinado. Borrosa sonrisa, oculta por un espejo empañado.

Mis pantalones cargo, mi polera piqué. Mi radio portátil cargada. Rompefilas impecable. Brillante. Reluciente... ¡qué hermoso escudo!

Camino.

Camino.

Camino... al borde del trote.

El tiempo avanza rauda. Más rápido avanzo yo.

—¡CURSO, FORMAR! —exclama a lo lejos mi instructor.

Corro.

Corro.

¡M*****! ¡Olvidé mi lápiz!





Cuento con ruedas

Gonzalo Andrés Arias Barrientos

Cuerpo de Bomberos de Quellón

Me gusta la evolución de ser bombero. Cuando pequeño pensaba en tener un casco brillante, en acudir a las emergencias en un instante, en saltar a mi carro con las líneas sonando y las luces destellando, y con mi larga escalera llegar a todos lados y salvar a los necesitados.

Suenan las alarmas en mi estación de bomberos. Las puertas se abren y de pronto el carro sale disparado a toda velocidad, atravesando la ciudad. Sin importar a cuál emergencia irá, siempre llega a tiempo para realizar un buen trabajo y estabilizar.

Para ser un buen bombero se necesita de vocación; darlo todo con un tremendo corazón. Orgullo, admiración y respeto para los que nunca se rinden y trabajan para salvar vidas segundo a segundo. Este buen samaritano, vestido de valentía y coraje, es el héroe del barrio, el sueño de muchos niños; combina fuerza, técnica, pasión, constancia, disciplina y abnegación.

Sin importar horas ni minutos entrega su vida a capacitación, entrenamientos, docencia e investiga-

ción para poder mejorar los procesos, y siempre está dispuesto a realizar charlas en el sistema educativo. Siempre piensa en las mesas técnicas para poder aportar a su comunidad. Ahí está él, en publicaciones en diarios, radios y revistas comunales.

Para ver la realidad, el bombero a tu disposición siempre estará. Hay que aumentar y ampliar los conversatorios en Instagram, Facebook y Zoom con la ANB para generar un vínculo cultural y que trascienda a la brevedad. El espíritu de servicio de la institución siempre crecerá; ahora, en estado de pandemia, aunque exista distancia social y desgaste físico y emocional, los bomberos siempre al servicio están.

Se agradecen los invitados especiales en frecuencia nacional. Del COVID-19 no nos podemos olvidar; el desafío sería generar estrategias de educación a distancia (*online*) donde el diálogo y la formación constante deben estar.

La invitación es a preservar y gestionar nuestro patrimonio cultural.





Cuento de un soñador

Francisca Jovanovic Gómez

Cuerpo de Bomberos de San Bernardo

Cuenta la historia de un humilde servidor que tan solo con su toalla en cuello, a pulso y baldes, apagó esas llamas, salvando a quien más lo necesitó. Ese día la viga en llamas no dudó y calló a quien sin escudo protector durmió. Ese humilde servidor un día soñó que sus futuras generaciones vivirían algo diferente, pero con la misma pasión.

Soñó que existirían personas de buen corazón, dispuestas a ayudar a quien lo necesitase sin pedir nada a cambio.

Soñó que esas personas tendrían equipos fuera de lo imaginable que les permitirían ser superhéroes entre las llamas y que los protegerían del fuego abrasador.

Soñó que esas personas tendrían pulmones de acero para ingresar entre las llamas, donde el deber los llamará a salvar vidas o bienes.

Soñó que esas personas tendrían grandes naves con luces llamativas que los trasladarían donde haya un dolor que aminorar, donde surja una llama abrasadora y donde deban con el hacha trabajar.

Soñó que esas personas podrían llegar a un templo de sabiduría y enseñanza donde el aprender salvaría vidas, y combatiría siniestros y emergencias incluso no conocidas por algunos.

Soñó que alguien abriría las puertas a aprender con el sagrado deber de servir, y que comenzaría a construir un castillo donde esas personas pudiesen aprender del más noble trabajo con abnegación y disciplina.

Hoy despertó después de 32 años... las puertas se encontraban abiertas, el castillo construido, un camino forjado y cimientos más sólidos que día a día fueron, van y continuarán en la historia.

Hoy despertó siendo un noble caballero del fuego al cual le llamaron Bombero, y a su lado un templo de sabiduría y hogar llamado Academia Nacional de Bomberos encontró.

Sin saber lo que era... es y será siempre un bombero.





Curso de verano

Camila Méndez Navarrete

Cuerpo de Bomberos de Ñiquén

Siete de la mañana y suena la alarma. Nunca me había despertado tan rápido, pero era el inicio de un sueño y no quería llegar tarde. Mi compañera de cuarto aún dormía. Me vestí en silencio, llena de emoción por conocer el lugar; me puse la polera de mi compañía, y aunque era dos tallas más grande, no me importaba. Quería que todos vieran de dónde venía.

El lugar era un sueño. Me habían contado de él, pero las descripciones no le hacían justicia. Caminé hacia la entrada y ahí estaba la famosa copa que dejaba ver la gran Academia Nacional de Bomberos.

Así comenzó mi día. Nos dieron nuestros uniformes y nos separaron en cursos. Debíamos aprender nuestros nombres, ya que pasaríamos toda una semana juntos. Nos llevaron a nuestra sala y nos presentaron. El día pasó volando, y en la noche nos reuníamos para repasar lo aprendido y conocernos mejor.

Una tarde, luego de salir de los cursos, con un grupo decidimos ir a conocer el gimnasio y demostrar nuestros dotes de atleta, sin saber que al otro día nos tocaría manejo de pitón. Para resumir, ese día ninguna tira salió derecha.

Así pasaron los días y nuestros lazos crecían. Me sentía en familia, como si nos conociéramos de siempre. El último día fue uno de los más agotadores: era el momento del temido test de consumo. Quizás para muchos era algo normal, pero para unos aspirantes recién ingresados era algo nuevo y desconocido. Todos formados y en fila, al grito de "maaarr" nos dirigimos a la zona de entrenamiento. El sol nos pegaba en nuestros trajes, pero lo dimos todo para terminar. Entramos como novatos y salimos como bomberos. Ya no había miedo: solo adrenalina y ganas de correr a una emergencia.

La tarde de ese día me invadió la nostalgia. Se acababa la aventura y había que volver a casa. Ya no volvía como aspirante: ahora era bombera inicial.





De la experiencia a lo técnico

Jorge Henríquez Mancilla

Cuerpo de Bomberos de Villa Alemana

He sido instructor por más de veinte años y en este pequeño cuento quisiera compartir la experiencia de mis inicios como instructor ANB en 1994. Sin embargo, antes de comenzar este pequeño relato se viene a mi memoria aquella época bomberil llena de mitos y tradiciones.

Soy de la generación del carro Camiva Berliet, cuando la toalla, las botas marca Bata y los coloridos buzos que representaban los colores de cada compañía eran nuestros únicos y mejores equipos de protección personal. Soy de la generación en la que los conocimientos bomberiles se traspasaban solo en base a la experiencia de los bomberos más antiguos.

Soy de la generación que entrenaba en aquellas viejas y derrumbadas casas quemando neumáticos, cuando te enseñaban a respirar acercando la nariz al imponente pitón Santa Rosa –el cual provocaba una pequeña turbulencia de aire en su punta–, o cuando te enseñaban a penetrar en los incendios moviendo el pitón en círculos en neblina.

En ese entonces pensábamos erróneamente que el mejor bombero era aquel que podía aguantar la respiración por más tiempo en espacios llenos de humo, y que terminaba con la nariz y la cara negra de tizne.

En 1994, motivado por aprender y obtener el parche de instructor ANB, que para aquella época era la élite de Bomberos, me presenté al curso de instructor. Cómo olvidar aquella experiencia, cuando

por primera vez ingresé a aquella centenaria compañía porteña y pude admirar su imponente cuartel en comparación con nuestra humilde compañía, o al ver aquella testera de tres instructores avanzados, siendo uno de ellos bombero del aeropuerto de Santiago, y que tenían la misión de evaluarnos. Ante tan imponentes figuras bomberiles los nervios nublaron mi mente, y olvidé la exposición que tenía que presentar. Para qué hablar de la humilde transparencia que había preparado el día anterior en la vieja máquina de escribir marca Olimpia que tenía mi compañía; al proyectar la transparencia ante la poderosa luz del retroproyector no se veía nada. Recuerdo que con la primera pregunta que me realizaron mi voz titubeó, no pudiendo dar coherencia a mi respuesta. Ante esto el instructor me pidió que abandonara la sala, me relajara y volviera a intentarlo. Mientras esperaba veía cómo algunos no lo habían logrado, por lo que el miedo al fracaso me hizo reaccionar y poder volver a entrar con el ímpetu necesario para poder lograr el tan anhelado parche de instructor.

Hoy, mirando hacia atrás, puedo ver cómo hemos evolucionado hacia lo técnico. Estamos priorizando la seguridad y dejando atrás las antiguas formas de entrenamiento; todo gracias a la constante capacitación que ha ido perfeccionando día a día la Academia Nacional y de la cual me siento orgulloso, pues puedo contribuir en la preparación y entrenamiento de las nuevas generaciones de bomberos.





De la sala a la práctica

Javiera Ignacia Toro Nieto

Cuerpo de Bomberos de Rancagua

Estábamos ahí; la teoría había concluido. Piden que se formen grupos para los prácticos. Los instructores, al ver nuestras caras, indican que pasen al frente dos bomberos con cargos en sus cuerpos. A ellos se les pide que escojan con quiénes van a trabajar. Eligen mirando bien a cada bombero; no querían reprobarnos por el error de un sin experiencia. Ahí quedamos ocho bomberos. Dimos lo mejor de nosotros y seguimos los consejos de quienes nos instruían. Fuimos la mejor nota en el práctico; todos aprobamos. Nuestros instructores estaban felices por el resultado obtenido, y por la lección dada a nuestros pares. “Saber para servir”, exclamó uno de ellos.





Déjà vu

Esteban Mauricio González Álvarez

Cuerpo de Bomberos de Conchalí-Huechuraba

La pieza me parecía enorme. Tenía calor y escalofríos a la vez; mis manos temblaban, pero el cuerpo estaba pasmado. Nunca me había sentido así. El miedo y el temor eran tremendos. ¿Por qué mis padres tenían que salir justo esa noche? Maldigo el ruido que me despertó en media madrugada, justo cuando soñaba que disfrutaba de un sol espectacular en la playa. Sentí pánico al escuchar que algo subía las escaleras. No sé si quería esconderme o protegerme estando debajo de la cama, pero una cosa sí era segura: no era algo conocido. ¿A quién llamar? ¿A quién recurrir? El pueblo está a varios minutos. Me sentía asfixiada, pero respiraba muy rápido. Era todo muy confuso y entendí que mi suerte estaba echada cuando noté que eso desconocido no se detuvo y siguió subiendo a pesar de lo anormal de la situación. No sé qué vi desde mi escondite-refugio; supuse que

eran pies. Luego vino la segunda cosa que nunca había sentido en mi vida: paz total. Recuerdo solo que respiré hondo y me abalancé sobre aquellos brazos desconocidos que me sacaron de mi casa en llamas. Quería saber de aquel desconocido, que aún afuera seguía siéndolo, puesto que no veía su cara. Cuando quise saber, él solo atinó a decir “estás a salvo”. Pasaron horas para poder ver realmente quién era y poder preguntar una sola pregunta de las miles que rondaban mi cabeza. ¿Cómo fue que pudo encontrarme en medio de la oscuridad del humo, y en una casa enorme y desconocida? Luego de una pausa solo atinó a mirarme desconcertado, como si él tampoco lo supiera, y dijo: “*Déjà vu*”. Sorprendida, me animé a una segunda pregunta para aquel hombre agotado: “¿Ya lo habías vivido antes?”. Ahora sí, comprendiendo todo, me miró y dijo: “Sí, en la ANB”.





Dominador sentir

Catalina Andrea Pérez Droguett

Cuerpo de Bomberos de San Fernando

Es indispensable ponernos a pensar en cuánto durará la vida y cómo podemos perderla. Luego de varios pensamientos, creo que este es el momento en el cual debemos arriesgarnos y darlo todo.

Comencé a recordar ese preciso momento e instante en que vi tu sonrisa; fue un dominador sentir en mí. Cuando ingresé a esta generosa y honorable institución jamás pensé que podía contraer tantas virtudes buenas, y una de las posesiones más importantes en la vida según los seres pensantes: amor, amistad y cariño.

Y es así como comenzó esta linda historia de vida, pero la pregunta es... ¿qué hubiera pasado si no lo hubiéramos intentado? ¿Estaríamos aquí o seríamos solo instantes? Fue en ese entonces que comencé a observarte en cada servicio. Te observaba minuciosamente; te hacías notar por tu refinada sonrisa, porque eres capaz de formar y crear un universo en cualquier persona o mundo y espacio, sin importar la nomenclatura, por haber sido creado como una ciencia.

Sin antes vivir los siniestros debemos ser sensatos en cómo responder a las emergencias. La emergen-

cia nos estremece y nos concierne, dado que es un hecho sombrío en el que por momentos nos domina una inyección de adrenalina, y en eso podemos sin más caernos muertos. Es por ello que debemos ser el mejor complemento, que es la compañía y el compañerismo. Cada persona aporta un grano de arena que no queremos disolver, sino compactar y hacerlo crecer. Desde un punto de vista, es hacer crecer a esta institución, Bomberos de Chile, que ayuda a la gente a salir de un caos sombrío que nos domina, que nos consume y nos hace mirar hacia la luz. Ese caos nos ha hecho fortalecer debilidades y crecer como personas, incluso aquellas en las que existe un flujo de inocencia o en personas tímidas, sin personalidad, y precisamente eso es lo importante; lo que podemos cambiar. Estremecemos lo que queremos y son esos pequeños pensamientos e ilusiones de la vida lo que somos capaces de modificar. Muchísimas gracias a todas esas personas por querer formar parte de esta percepción de orgullo que nos mueve y nos hace ser mejor personas; personas que daríamos la vida por un sueño o la propia vida protegiendo a otras personas. Por eso somos destinados a ser llamados *héroes*.





Domingo y la Academia Nacional

Francisca González Núñez

Cuerpo de Bomberos de Curicó

Domingo, a sus 14 años, y luego de súplicas a sus padres, logró ingresar a la brigada juvenil de Bomberos de su ciudad, que estaba a 200 kilómetros de Santiago. Se comprometió a tener un buen rendimiento académico y a portarse bien. En la brigada adquirió valores, actitudes y conocimientos que en un futuro le serían útiles.

—La Academia Nacional capacita a bomberos e instructores para así masificar conocimientos y valores a las demás regiones del país —explicaba el instructor de Domingo en una sede de la Academia, ya que al día siguiente viajarían a Talagante a conocer el Campus Central.

En el brigadista despertó un gran interés por conocer la historia y formación de la Academia Nacional. Ese día se quedó hasta altas horas de la madrugada leyendo revistas y artículos del tema hasta que entró en un profundo sueño.

Domingo se encontraba en un lugar enorme y estaba escondido sobre un torreón sin saber cómo había llegado ahí. Abajo un profesor exponía sobre la Academia Nacional de Bomberos. Terminada la asamblea, Domingo escucha aplausos y logra bajar

a ver de qué se trataba. Se había logrado adquirir ese lugar para formar el Campus Central, donde se realizaría la formación bomberil e integral de Bomberos. El joven llegó a un lugar y se encontró tres puertas con letreros que decían “Fuego”, “Agua” y “Tácticas”. Eran los cursos en los que podía participar, y quiso entrar primero al de tácticas. La mamá de Domingo le apagó su computador y sacó las revistas que tenía sobre la cama para que siguiera durmiendo.

Al día siguiente, el bus que los llevaría los esperaba frente al cuartel de su compañía. Domingo iba sentado junto a su instructor, contándole con entusiasmo su sueño, y Felipe le contaba su primera experiencia en la Academia Nacional.

—Cuando realicé mi primer curso fue todo un desafío. Tenía diecinueve años y desconocía muchas cosas, pero los instructores me motivaban a cumplir el objetivo. Estuve tres días realizando un curso, y me fui a mi casa con más aprendizajes y valores de los que pensé que me entregarían —comentaba Felipe durante el transcurso del viaje. El joven escuchaba fascinado y ansioso por realizar más adelante su formación como bombero en la ANB.







El camino del rescatista

Esaú Otero Reyes

Cuerpo de Bomberos de Ñuñoa

Cuando elegí el camino de la formación me comencé a rodear de un constante conocimiento. Me instruí y me facilité en distintos ámbitos, y eso elegí, un camino bomberil ligado al conocimiento y sin saber lo que me llevaría a construir. Eso me permitió mi primera activación, incipiente, como lo vivido en la explosión de gas en Valparaíso, en donde la fuerza de tarea se movilizó para la búsqueda y rescate urbanos, instancia en la cual muchos pudimos poner en práctica todas las horas de entrenamiento y de formación. Esto lo tomé como oportunidad para seguir en este camino y no flaquear, lo cual significó muchos viajes al campo de entrenamiento, cursos y disciplina.

Este camino te va presentando a distintas personas, muchas de las cuales nos encontramos nuevamente; esta vez fue subiendo a un Hércules de la Fuerza Aérea para aterrizar en Haití, país devastado por un terremoto y del cual pudimos volver con la convicción de que estábamos haciendo un buen trabajo y en el camino correcto. Solo pocos días después vi partir a muchos de quienes se convertirían en mis compañeros de batallas en ayuda de los nuestros en el sur de Chile. Toda esta lamentable situación

fortaleció a la institución y a nosotros para seguir profesionalizándonos.

Con los años todos esos mentores, amigos y camaradas ya teníamos un fiato, una confidencialidad que solo el rescatista sabe, lo que nos permitió estar certificados y acreditados a nivel nacional con la estandarización en respuesta a este tipo de emergencias, lo que elevaba el nivel y daba la posibilidad de tomar este camino a más cuerpos de bomberos y voluntarios.

Este crecimiento nos hizo encontrarnos en una nueva misión en el norte de nuestro país, esta vez en una catástrofe causada por un devastador aluvión, pero ya no éramos los mismos; sentíamos una madurez dada por la constancia de ir en ayuda de quienes lo necesitan. Así seguimos soñando y convencidos hasta representar nuevamente a los nuestros en Ecuador. El sueño de muchos se veía cercano; un alto nivel nos llevó a materializar una acreditación USAR internacional, coronación como símbolo de esfuerzo y compromiso del bombero voluntario chileno, el que estudia y entrena, el que se levanta, aunque no tenga fuerzas, como muestra de su entrega.





El chiporro que no quería ser bombero

Manuel Cortés Medalla

Cuerpo de Bomberos de La Serena

Cuenta la historia que en un cuerpo de bomberos de la ciudad de La Serena había un cofrade que era bombero, pero que no quería serlo a la vez.

Todo comenzó en un incendio muy grande en calle Domeiko, el 21 de enero del 2010. Nuestro protagonista justo se terció en ese sector céntrico de la ciudad, y al ver la heroica acción de los bomberos decidió entrar a la institución.

Chiporro lo llamaremos, y logró entrar a una compañía recién formada. Él no se tenía fe porque le jugaba en contra el poco tiempo que tenía para repartir entre el trabajo y la institución. Su capitán de ese entonces tampoco no le tenía fe, y lo criticaba por no asistir mucho a las capacitaciones, pero aun así logró hacer los cursos, aprobando todos gracias a la ayuda de sus compañeros aspirantes.

Llegó el gran momento de la prueba escrita y práctica para pasar a bombero, la cual se desarrolló en la Cuarta Compañía de La Serena. Aproximadamente eran treinta aspirantes de distintas compañías de la ciudad.

El superintendente los invitó a pasar y sentarse al salón de honor de la compañía. Al frente estaba toda la plana mayor; superintendente, capitanes e instructores. Un instructor se dirigió a los aspirantes:

—Aspirantes, en la calle se encontrarán con desesperación, insultos y hasta ataques de la ciudadanía durante una emergencia. ¿Están seguros de su decisión?

Todos responden un gran “sí, mi instructor”, menos uno.

El instructor nuevamente pregunta:

—¿Quién no se siente preparado para ser bombero? Que se ponga de pie y lo invitaré a salir del salón.

Chiporro se levantó y dijo:

—Yo, mi instructor. No me siento preparado ni apto para ser bombero, y me retiro del salón.

Con asombro el instructor dice:

—Lo halago por tomar tan valiente y sincera decisión, pero lo invito a quedarse a hacer la prueba. Una vez terminada usted tomará su decisión.

Hicieron las pruebas y Chiporro pasó todas. El instructor, viendo que Chiporro aprobó, lo invita a continuar en la institución, lo cual él acepta.

Hoy en día este Chiporro de poca fe se ha convertido en un gran bombero con importantes cargos de oficial, y es un gran cofrade de su compañía.





El cuento que no es cuento

María Marcela Regollo Riquelme

Cuerpo de Bomberos de Villarrica

Hace casi 20 años ingresé a Bomberos de Chile por temor o miedo... ¿a qué, se preguntarán? ¡No me lo creerán! Yo ya era grandecita, sí; no entré de tan joven. Desde chica sentía terror a las tormentas con vientos fuertes, con truenos, relámpagos, o al fuego quemando casas o pastizales, y mucho más miedo les tenía a los terremotos. Pensé que afrontar las emergencias y ayudar me haría perder mis miedos, que sin duda perdí, ya que me tocó enfrentar literalmente cada uno de estos. Para mí, desde el fondo de mi corazón, fueron grandes desafíos; fueron una misión cumplida.

Haber llegado a ser voluntaria fue una gran satisfacción. No fue fácil. Les contaré solo uno de los desafíos, por decirlo de alguna manera: quedábamos apaleados y bien adoloridos en cada instrucción, y luego de pasar una semana recuperándonos venía la próxima, y nuevamente la misma cuestión, cosa que se repitió hasta el final del curso. Otra misión cumplida.

Ser voluntaria me llevó a aportar de diferentes maneras en mi compañía. Fui secretaria, y por varios años trabajé en el Departamento de Estudios Técnicos, siendo también secretaria del mismo y luego

tesorera del cuerpo. En fin, así pasaba por aquí y por allá, ocupadísima con mis cargos y problemas que de repente se generan en todo tipo de instituciones, lo que no vale la pena contar en este cuento.

Fueron muchos desafíos, algunos superados y otros no. También sufrí, pero quién no sufre en la vida; los bomberos, al fin y al cabo, no dejamos de ser humanos. Una gran parte de mi humanidad como mujer es que mis dos hijas nacieron cuando yo ya era bombera desde hace tiempo; con ellas a cuestas hice uno que otro curso. ¿Cómo no instruirme también? No alcancé a realizar todos los que debí haber hecho por tiempo, por problemas y muchas cosas más, pero, desde lo más profundo de mi ser, ¡qué ganas tuve de haber llegado algún día a la ANB! Ahora como estoy, ya con unos cuantos añitos encima, además de uno que otro problemilla de salud, no llegaré. Para mí era uno de mis más grandes desafíos, que creo no alcanzaré a cumplir, pero soy feliz porque al menos llegué a conocer y a pisar sus suelos y dependencias en búsqueda de un carro para el cuerpo, lo que también es gran hazaña, queridos camaradas. El que pueda instruirse y llegar allí, hágalo. Todo lo que aprendamos aquí en esta vida la llevaremos para la otra. Agua va.





El edificio oscuro

Rodrigo Eduardo Martínez Godoy

Cuerpo de Bomberos de María Pinto

Y entonces, obedeciendo las ordenes de nuestro capitán, entramos a aquel edificio. Se podía percibir en ese momento un poco de inquietud e incertidumbre por parte de todos los que estábamos ahí, ya que nunca antes habíamos hecho algo tan peligroso en nuestras vidas como buscar una persona entre los escombros.

—¡No tengan miedo! —nos decía nuestro teniente a cargo mientras daba instrucciones con voz segura— ¡Muchachos, ustedes son valientes! —repetía, entregándonos seguridad.

Tomando una fuerte bocanada de aire —en ese momento nuestro equipo de respiración era lo que nos mantenía alerta de nuestro trabajo— comenzamos la búsqueda con el grupo. Era un viejo edificio de tres pisos que estaba cubierto de humo espeso y amenazante que salía de las ventanas, puertas o cualquier lugar del que pudiese salir. La sensación era a momentos de claustrofobia y ahogo por todo el equipo que llevábamos puesto. Estábamos muy concentrados para lograr nuestro objetivo principal: encontrar a la persona atrapada en alguno de los pisos y llevarla a un lugar seguro.

De pronto, el teniente, que estaba al frente y era seguido por los otros tres voluntarios, incluyéndome, comenzó con las maniobras de búsqueda.

—¡Sigán buscando, muchachos! —nos continuaba diciendo nuestro teniente con voz enérgica y segura. De repente un compañero logró sentir unos zapatos en el suelo y de inmediato supimos que era la persona atrapada. Enseguida nos dispusimos a trasladarla lo más pronto posible a la salida, pero todas las habitaciones seguían envueltas totalmente por humo espeso.

—¡No encuentro la salida! —exclamó un compañero.

—Debe estar cerca —señaló otro.

No niego que en momentos se pierde la noción del entorno y puedes entrar en desesperación al no saber muy bien dónde estas. Y entonces fue que vimos entre la obscuridad un tenue brillo entre un montón de cosas tiradas en el piso; ¡era la salida!, y con paso seguro nos apresuramos a caminar fuera de aquel viejo edificio sin pronunciar palabras y solo con gestos. Ya sabíamos que estábamos a salvo, y no solo el paciente, sino que también todos nosotros, cuando en un momento llega el instructor y nos dice al grupo:

—¡Felicidades, muchachos! Han aprobado todos el curso de búsqueda y rescate.

Ese fue un gran día.





El fuego habla un solo idioma

Nicole Andrea Arellano Díaz

Cuerpo de Bomberos de Talca

Diez y media de la noche. Mi compañera de habitación alcanzó a decirme que venía de Venezuela antes de cerrar los ojos. Las lecciones estuvieron intensas ese día, pero aun así decidí echarle un vistazo más al manual.

Apenas alcancé a leer un par de páginas cuando una alarma empezó a sonar. Había humo en el pasillo y alguien gritó que había fuego en el segundo piso.

El cansancio parecía no hacernos efecto mientras nos equipábamos, decididas a hacerle frente al incendio. Nuestras diferencias culturales no fueron un impedimento para entendernos; cada una sabía lo que tenía que hacer. Al fin y al cabo, el fuego habla un solo idioma.

Después de casi media hora la situación estaba controlada y salimos victoriosas del simulador.

—Aprobadas —nos dijo el instructor—. Pasen a la descontaminación.

Han pasado unos años de aquel último curso que hice en el campus de entrenamiento. En esos tiempos nunca imaginamos que los instructores llegarían a impartirnos los cursos a nuestro pueblo. Ahora, cada vez que vienen, traen con ellos esa parte de la ANB que nos marca para toda la vida.





El legado

Angello Vergara Morales

Cuerpo de Bomberos de Freirina

Era un día 19 de febrero en una pequeña comuna, donde todos los días eran normales para mí; siempre me preocupaban los juegos con mis amigos y nada más. En mi comuna había un sector que se llamaba El Mirador, donde se veía todo el pueblo. Lo único que hacía era observar todo mi entorno hasta que, un día, a las once del día, vi a unas personas de chaqueta negra y cascos que corrían desde la población hacia abajo. Uno me miró y me dijo:

—Hasta luego, muchachos.

Yo no entendía por qué corrían; pensé que era un juego de grandes. En ese momento me reí a carcajadas con mis compañeros, pero en un momento de lucidez pensé en si era real o no. En ese mismo momento empezaron a sonar las campanas de la iglesia.

—¡Ah!, van a misa —dije, pero después yo mismo me respondí—. ¿Pero no es sábado?

Continué mirando y al pasar los segundos pasó otro caballero con vestimenta similar, pero más cansado.

—¿Qué pasó? —le pregunté— ¿Por qué van con tanta prisa?

—Si te encuentro a la vuelta, te cuento —respondió el caballero.

De lo curioso que soy, me quedé esperando hasta las cuatro de la tarde. Ya cansado, a punto de irme a casa, aparecieron de repente unas carretas de color rojo con personas vestidas iguales. Intrigado por lo sucedido, corrí a buscar a aquel caballero que me contaría lo ocurrido. Al darme cuenta que no se encontraba, le pregunté a una señora:

—¿Falta que le llegue más gente?

—Pasó un accidente. Dos de nuestros colegas... fallecieron —respondió con voz triste.

—¿Por qué visten así?

Uno de casco blanco me dijo:

—Somos bomberos; ayudamos a la gente de forma voluntaria.

—¿Bombero?

—Todos nacemos iguales, pero pocos somos bomberos —me respondió, orgulloso.

—¿Cómo lo hacen para trabajar sin saber de qué se trata?

—Si quieres saberlo, inscríbete y así te darás cuenta de qué se trata —me dijo amablemente—. Si te gusta, te puedes quedar, y si no, no importa, pero verás un cambio en ti.

Al ver muchas personas llorando por la pérdida de sus camaradas, me sentí muy triste, y no imaginaba el dolor por el cual estaban pasando. En ese momento decidí inscribirme y me prometí ser el mejor. Desde entonces he pasado por altos y bajos. Me enseñaron, me aporrearón, pero aun así sigo acá.

Un día llegó un caballero vistiendo de buzo. Decía que era instructor; que venía a enseñar a los más antiguos.

—¿Qué lo hace diferente a los otros? —le pregunté.

—Nada. Soy igual que ellos, pero con la diferencia de que yo les enseño a cuidarse y a aplicar de mejor manera sus conocimientos —respondió el instructor.



—¿De dónde viene usted?

—De la ANB.

Al escucharlo me dio una carcajada porque no entendía.

—Son las siglas de la Academia Nacional de Bomberos —aclaró el instructor.

Le pregunté si podría quedarme al curso, y él accedió, pero con la condición de no molestar. Me quedé horas y horas de clase. Lo encontré entretenido y muy didáctico.

Pasaron los años y yo veía cómo mis profesores bomberos se iban al cielo. Eso me dolía; era injusto que fallecieran en las emergencias. En este momento tomé la decisión de esforzarme para ser como la persona que me enseñó a ser bombero.

Un día el comandante me preguntó:

—¿Te acuerdas de que, cuando llegaste, te dije que cambiarías y te gustaría?

—¡Sí! —exclamé.

—Te tengo una misión. ¿Te gustaría ir a capacitarte para ser un instructor de bombero? —dijo el comandante.

En ese momento me acordé del instructor que años atrás había venido.

—¡Por supuesto, mi comandante! —le respondí sin dudar.

Me preparé y fui. Fue difícil. Al pasar los días un colega me preguntó qué hacía ahí.

—Vengo a aprender para no volver a ver a mis colegas morir —respondí.

—Tienes buen pensamiento —me dijo.

Por fin terminamos el curso. Ya éramos instructores.

Llegando al cuartel todos me estaban esperando alegres y felices, ya que era instructor.

—Ya estoy aquí y seguiré adelante —pensé.

Les conté a todos de la importancia de la Academia Nacional de Bomberos, que solo tiene un fin: mejorar las técnicas de trabajo de los bomberos.

Pasaron los años y me tocó dictar una clase a un grupo de personas. Entre esas personas estaba mi comandante, y me sentí un poco incómodo, ya que él me enseñó todo. Me incomodaba saber que yo le enseñaría a él.

Un joven me preguntó:

—¿Qué gana usted al enseñar cosas que ya saben?

—Como le dije a mis colegas en un curso, no quiero ver a mis compañeros morir —le respondí.

Con lágrimas en los ojos mi comandante se puso de pie y me dijo:

—Ese será tu legado: enseñarles a los demás a no perder la vida.

Esta es mi historia. Mi legado...





El llamado

Eugenia Pilar Navarrete Leficoy

Cuerpo de Bomberos de Rancagua

Hace mucho tiempo, en un lejano pueblo, una niña traviesa y tímida escuchó una sirena. Su mirada se perdió al paso de un carro con unos hombres que tripulaban con unos trajes no muy comunes.

—¿Por qué se visten así? —pensó— ¿Estarán disfrazados? Hum...

Aquel encuentro marcó su vida para siempre.

Pasaron los años y ella emigró a una ciudad más grande donde siempre escuchaba una sirena. Sentía como que la llamaban; su imaginación no había cambiado mucho.

—Qué inocente me he puesto. Seguro me llaman a mí —pensó, y sonrió—. Solo yo puedo pensar así.

Cerró sus ojos y se vio con ese traje tripulando el carro. Una cálida voz la devolvió a la realidad.

—¡Despierta, mujer! El semáforo cambió, ¡camina!

—¿Por qué lo intento? Para que no solo sea un sueño —se dijo a sí misma.

Así llegó el momento donde debía comenzar y un viaje tenía que iniciar. Esa noche no pudo conciliar el sueño porque su ansiedad no la dejaba, y cuando por fin cerró sus ojos, ¡ring, ring, ring! El sonido del despertador. De un sobresalto se levantó, corriendo de un lado a otro.

—¡Por fin! —pensó. El viaje había comenzado. Escuchó hablar de la Academia Nacional, donde todo voluntario quiere llegar.

—¡Ya estoy aquí! —exclamó una vez en el lugar. Con su mirada brillante no podía dimensionar lo que estaba viendo— ¿Esto es real? —se preguntó y pellizcó su cara— ¡Ay, me dolió! ¡Wow! Es como llegar a un mundo nuevo; las personas son amables, y todo es muy cálido y asombroso. Qué lugar más maravilloso.

Cerró sus ojos y retrocedió en el tiempo cuando sintió ese ruido de sirena, el cual poco después se transformó en un llamado a seguir. Se quedó como en las nubes cuando una voz le dijo:

—Tierra llamando a Marte.

Ella abrió sus ojos y se sonrojó.

—Disculpe, mi instructor. Voy a poner atención para aprender del mejor.

Su corazón latía a mil por tanta emoción. Ella se decía: “¿Por qué no llevarla conmigo? Deja de pensar como si fuera fácil... solo tú lo puedes imaginar tener una Academia Nacional en cada región. Sería un sueño a realizar”.

Aquella niña ya se había convertido en una joven mujer, cuya vida había cambiado por el sonido de una sirena que como un destello llegó y con ese llamado a su corazón en bombera se convirtió.

Esto es de verdad y no miento; como me lo contaron te lo cuento.





El mejor amigo de un bombero siempre será su EPP

Paula Natalia Urzúa Briceño

Cuerpo de Bomberos de Curacautín

Cuenta la leyenda que, cuando un bombero nace, se crea un sitio para él en un lugar lleno de sabiduría. Dicen que, llegada su hora, el bombero enfrentará con seguridad a sus mayores miedos para convertirse en una mejor versión de sí mismo.

Todos recordarán su primera emergencia; la mía fue un tanto especial.

Era mi primera guardia nocturna. El reloj marcaba cerca de las cinco de la mañana, y yo me encontraba durmiendo cuando de pronto sonaron las alarmas. Desde la central nos despacharon a un incendio estructural. Recuerdo que me puse un ERA modelo Scott 4500, pero con la suerte del noviciado me coloqué justo el que estaba sin aire. Mi primer incendio y mi acción fue casi nula por mi falta de experiencia.

Han pasado exactamente tres años desde aquel día y debo decir que los ERA siempre han tenido una presencia especial en mi vida bomberil. Jamás olvidaré el curso de control de incendios. Mis compañeros siempre hablaban de las buenas experiencias en la ANB, pero poco nos contaron de los EPP utilizados. Cuando llegamos al campus de Santiago nos entregaron nuestros EPP. Yo estaba confiada con mis capacidades, pero ese día la ANB me pondría a prueba. ERA modelo Firehawk M7; en mi poca experiencia no había visto uno en persona.

El primer día fue bastante intenso. Entramos como dos o tres veces al simulador, y creo que todas esas veces peleé con el sistema de enganche del M7. Por suerte un día fue suficiente para conocer el equipo. Al día siguiente estábamos listos para dar nuestro último ensayo y esta vez me sentía segura con mi M7. Sería el primer ensayo en el simulador. Nos posicionamos para comenzar la simulación. Deben haber pasado solo segundos desde que se encendieron los quemadores cuando de pronto la puerta y una de las ventanas salieron volando del simulador. Ni los instructores se esperaron esa explosión. Por suerte nadie resultó lesionado. En ese momento la ficción superó la realidad.

Finalmente aprobamos el curso. En ese instante pensé “no más M7. Es tiempo de regresar a mis G1 y Scott”, pero el destino es incierto. Me fui a otro cuerpo de bomberos y está de más decir que los equipos que tenían cuando ingresé eran los mismos MSA Firehawk M7 que aprendí a usar de forma correcta gracias a la ANB, pero nuestros M7 parecieran tener vida propia, ya que durante las noches de guardia se activan en plena madrugada.





El viaje

Omar Guerrero Soto

Cuerpo de Bomberos de Calbuco

Mi historia como bombero tiene un segundo capítulo a partir de saber que conocería el Campus Central de la Academia Nacional, el anhelo de todo bombero. Te sientes importante, sobre todo los que somos de regiones; es una mezcla de emoción y miedo, miedo a fallar en el curso. En noviembre de 2007 me entregan la noticia: soy parte de los treinta y siete voluntarios de mi cuerpo de bomberos que viajarán al Campus Central.

Partimos un jueves de noviembre en bus. Fueron catorce horas de viaje a Santiago llenas de anécdotas, historias y risas imborrables. Algunos cuentan su experiencia en el campus, mientras que otros solo escuchamos y nos formamos una idea. Por fin llegamos; la imponente imagen del molino y el gran escudo ANB nos dan la bienvenida. Vamos a tener un fin de semana intenso, nos indican en la recepción, con una introducción a los contenidos.

A la mañana siguiente, otro mundo. Las salas solemnes, los instructores empoderados, los uniformes normados, los equipos de respiración para todos y muchas ganas de ir a la práctica, pero antes debemos comenzar con ejercicio físico. Cuántos tratando de ocultarse para evitar esta actividad.

Llega la práctica de nivelación. Debemos comenzar de cero como equipo, lo cual es importante, ya que el trabajo será pesado. Cada movimiento, desde la puesta del uniforme, es evaluado por el instructor. La voz de mando, el apoyo, los errores y las correcciones son por el bien del voluntario. Un error no se perdona con fuego real.

Trabajando a treinta grados de temperatura con uniforme estructural y equipo de respiración; ingresando a los simuladores donde el fuego golpea tu rostro; y cambiando de pitonero, bajo el plano neutro, en búsqueda y rescate, me sentía un experto, y solo había pasado un día. La adrenalina conjugaba con la emoción y te motivaba a seguir. No existía el cansancio porque debíamos aprovechar estas prácticas, ya que era difícil tener otra oportunidad.

Trece años han pasado desde ese momento. He vuelto varias veces. Hoy sigo siendo bombero, sigo capacitándome y sigo facilitando conocimientos, porque soy parte de la ANB, soy instructor y sigo mi viaje en Bomberos de Chile.





Emergencias del recuerdo

Camila Poblete Antilef

Cuerpo de Bomberos de Lautaro

En el año 2003, en un pequeño pueblo, se observa en un galpón con poca iluminación un carro del año 1975 que fue dado de baja en varios cuerpos de bomberos. En sus paredes se logra observar unos percheros con nombres y equipos desteñidos.

Suena la sirena y a lo lejos se observa cómo van llegando los voluntarios en sus bicicletas o a pie, y abren los portones de su cuartel. Mientras el conductor hace andar el carro, los demás se equipan; la central informa que la emergencia se trata de un fuego en vehículo. Los voluntarios, intrigados con el despacho, suben al carro y comienzan a buscar información sobre la emergencia a la cual se van a enfrentar. Cuatro horas más tarde retornan a su cuartel sin haber conseguido salvar al pasajero con éxito. Esto les hizo preguntarse por qué nadie los capacitó para tal emergencia. La respuesta obtenida fue el bajo presupuesto y el que no existieran instructores para tal despacho.

Hoy, en el año 2020, esa misma compañía, que ya cuenta con un mejor carro, equipos y más voluntarios, vuelve a enfrentarse a la misma emergencia, pero esta vez con el personal capacitado y el material adecuado. Al momento de finalizar y retornar al cuartel, los voluntarios de aquellos años explican a los demás su experiencia de aquel llamado, preguntándose si acaso en ese entonces, con los conocimientos del día de hoy, se hubiese salvado ese pasajero, y notando la importancia de que Bomberos vaya evolucionando en conjunto con la sociedad.







En la escalera

Pedro Puentes

Cuerpo de Bomberos de Ñipas

Sentía una gota de sudor bailar en mi mejilla una danza frenética a consecuencia de los veintinueve grados de temperatura bajo el traje, pero además por el nerviosismo. Y si bien la sirena del carro saturaba mis sentidos, su sonido cada vez más tenue era el telón a ese recuerdo de hace doce años; aquel cumpleaños en que mi madre me regaló un casco de bomberos, que pronto se transformó en el pasaje sin retorno hacia el mundo bomberil.

Cuando usaba el casco nada me podía detener; tenía superpoderes para ser más rápido, fuerte y valiente, lo que aprovechaba jugando en el huerto con los vecinos. Y ni hablar de quitármelo; era como quitarle la capa a Superman, así que mi casco me acompañaba desde el cantar del gallo hasta la hora de dormir. Lo llevaba al colegio escondido en mi mochila para usarlo ante cualquier emergencia, y un día pasó.

Misifú, el gato regalón del colegio, quedó atrapado arriba del álamo del patio. Apenas lo vi, corrí a la sala a sacar mi casco y en un descuido del tío del aseo tomamos entre todos la escalera. Estaba listo para subir, pero en el tercer escalón miré hacia abajo y el miedo se apoderó de mí. No logré avanzar un peldaño más; el terror me invadía. Tuve que

descender. No fui capaz. Mi madre me retiró ese día y en el camino a casa me animaba.

—Chiquillo valiente —me decía—. Tarde o temprano podrás dejar atrás tus miedos y serás capaz de todo.

Hoy recuerdo esas palabras mientras posicionamos la escalera y soy el encargado en subir. Sentía que mis pies llegaban al tercer escalón y ya no tenía el miedo de niño. Y es que claro, esta vez llegaba preparado gracias a la Academia. El miedo a las alturas que me acompañó durante la infancia ya no era tal gracias a las enseñanzas y consejos de mis instructores. Sabía lo que tenía que hacer, y si bien mi casco ya no era el mismo, tenía todo un supertraje, y superpoderes que adquirí en mi formación. Llegué arriba; las llamas se disipaban, pero el calor era intenso. La gota en mi mejilla ya no bailaba sola, pero los nervios desaparecieron. Extinguimos el fuego y me disponía a bajar cuando escucho un leve maullido. Me doy vuelta y veo tras un macetero a un gato que miraba asustado. Esta vez pude rescatarlo; tenía la preparación y las competencias que no tuve hace doce años. Le devolví el gato a su dueña, que, agradecida, dijo:

—Gracias por salvar a Misifú.





Entre bomberos

María Robles Carvajal

Cuerpo de Bomberos de Vallenar

Jacinto y Bernardo habían ingresado a la compañía de bomberos hace poco. Los bomberos los llamaban los *aspirantes*. Ellos asistían a las academias de la compañía, lo que al principio era difícil porque a Jacinto no le gustaba que lo mandaran y a Bernardo le costaba controlar su mal genio. Sin embargo, ambos demostraban que tenían las habilidades necesarias para ser buenos bomberos.

Un día el capitán les dijo:

—Jóvenes, a partir del mes de enero comenzarán los cursos que necesitan para convertirse en bomberos operativos. Ustedes deben complementar lo que ya han aprendido con la adquisición de nuevos conocimientos y técnicas para mejorar su desempeño.

Los jóvenes se motivaron aún más, cumplieron con las academias y aprobaron todos los cursos. Hicieron su juramento y sentían que habían llegado a su meta, y trataban de organizar sus trabajos ocasionales para poder hacer sus guardias nocturnas. Todo iba viento en popa: Jacinto había sacado su licencia de conducir y soñaba con ser maquinista de la compañía, mientras que Bernardo soñaba con ocupar el cargo de teniente.

Ambos jóvenes eran muy esforzados y bomberos de corazón, lo que tuvo su recompensa. Un día el comandante citó a todas las compañías a reunión general y, en base a la evaluación que les había solicitado a los capitanes con anterioridad, fue nombrando a los bomberos de cada compañía que serían enviados a la Academia Nacional de Bomberos a especializarse para fortalecer el desempeño de su compañía. Fue

así como Jacinto y Bernardo fueron seleccionados para ir a la Academia. Estaban felices y a la vez temerosos ante este nuevo desafío.

Jacinto y Bernardo solo conocían la Academia a través de videos. Desde el primer día allí quedaron impresionados con el fantástico lugar. Les facilitaron todo lo que ocuparían. La disciplina era más estricta; había que cumplir desde lo más sencillo hasta las complejas exigencias de los cursos. Los simuladores eran tan reales... sin embargo, la única dificultad que se les estaba presentando era poder trabajar en equipo con bomberos y bomberas de otras compañías, ya que realizaban algunas técnicas de forma diferente a lo que ellos estaban acostumbrados. Además, al comparar algunos de sus conocimientos con los de ellos, se preguntaban cómo lograrían nivelarse. Poco a poco, a medida que transcurrían los días, fueron aprendiendo a equiparar su disposición y su razonamiento, logrando una excelente unidad en el trabajo en equipo.

Cuando regresaron a sus casas, Jacinto y Bernardo se dieron cuenta de que la Academia les había entregado una formación integral, y recordaban las palabras del instructor: "Un bombero siempre es un bombero, no solo cuando se coloca su traje".

Tres días después se reunieron con su capitán para planificar la forma más adecuada de compartir y ejercitar con sus compañeros lo que habían aprendido, y en sus cabezas había surgido un nuevo sueño: llegar a ser un instructor de la Academia Nacional de Bomberos.





Espadas de colores

David Vega San Martín

Cuerpo de Bomberos de Ñuñoa

Es de noche y una vez más me despierta el sonido de sus sirenas y el destello de sus espadas de colores que iluminan mi habitación a través de la ventana. Mi detector me indica que van a la velocidad de la luz de la noche; deben ir con sus trajes especiales para no ser desintegrados por las temperaturas cósmicas de millones de grados.

Hoy estaba jugando en la higuera cósmica del patio. La comunicación con la base lunar era perfecta hasta que fue interrumpida. A lo lejos se sentía el sonido de las sirenas; ese sonido que hace “papi papi papi” y “güio güio güio” era cada vez más fuerte. Abandoné mi misión lunar y corrí lo más rápido que pude; mi padre me miraba, sentado sobre su tractor buscador de tesoros terrestres. Al llegar al portón vi pasar la nave con sus espadas de colores. Pasó tan rápido que el color de su protección espacial estaba rojo, casi a punto de desintegrarse; el mismo color que tienen las brasas de carbón que nos abrigan en las noches de aventuras que acompañamos con tortillas, esas que crecen mágicamente entre las cenizas de la cocina a leña.

Una vez más los veo pasar, esta vez a la velocidad de la luz del día, según mi detector. Con sus sirenas y

espadas de colores destellando, su misión será salvar a alguien de una captura lunar, a un gato tratando de alcanzar las nubes a través de los árboles, o a lo mejor el molino fue atacado por harina galáctica. Corro a mi centro de operaciones terrestre e inicio las comunicaciones con la base lunar: informo lo visto, y cómo vibra mi cuerpo cada vez que los veo o escucho venir. Les comunico que cuando sea grande y tenga bigote vestiré esos trajes especiales y montaré las naves rojas con espadas de colores.

Han pasado veinte años, pero mis recuerdos e imaginación siguen intactos. ¿Quién pensaría que ese humilde niño de campo –donde los recursos escaseaban, pero la imaginación abundaba– por fin podría entrar al cuartel de entrenamiento de las naves de espadas de colores? Esta vez soy uno de esos hombres que usan traje para no ser desintegrado, como lo imaginaba de niño. Esta vez entro como voluntario. Debo continuar mi capacitación y formación como hombre del fuego; entro con orgullo, con nostalgia, al recordar mi mágica infancia. Academia Nacional de Bomberos, acá estoy, acá estoy para seguir mi formación que me llevará a esa misión lunar que siempre imaginé.





Estábamos en la bomba cuando sonaron los tonos

Kirill Ignacio Espinoza Avendaño

Cuerpo de Bomberos de San Esteban

Estaba parado de espaldas a la pared con mi tira en la mano, rogando que no fuera alguien lo que veía dentro de esa pieza llena de humo.

—¡Plano neutro bajo! —me dije— ¡Agua, necesito ventilar acá! —grité por la portátil.

Repasé todo lo aprendido y practicado; el humo, los vidrios, el tiempo. Respiraba rápido y el aire me tenía que durar.

Pasaron cinco minutos y no llegaba nadie. Estaba solo en ese patio, de espaldas a la pared, con mi tira en la mano, pensando en que, si reventaba el vidrio, iba a reventar a la fase libre y tendría tiempo suficiente para meterme por la ventana. No eran cinco minutos, sino solo cinco segundos. Cinco eternos segundos.

Me decidí. Mis viejos estaban por el otro lado y mi radio no salía. Pitonazo al vidrio para testear y el vidrio no crujió; su temperatura aún no era tanta como para un *backdraft*, y decidí abrirla. Pitonazo al techo despejando el humo para solo comprobarme lo que no quería saber cuando estaba parado de espalda a la pared... no había nadie. Solo era ropa.

Solté el aliento y mi fiel PRO5150 me trajo de nuevo los pies a la tierra.

Como cualquier otro día libre, sin tener que estudiar para la universidad, ni turnos que cumplir en el trabajo, le dije a mi polola que iría un rato a la bomba a hacer vida de cuartel y echar la talla con los cabros que estaban en la guardia. Tomé la portátil que me regaló mi hermano, el encendedor, la billetera, los puchos, el celu y las llaves. Caminé a la bomba desde mi casa, saludé a mi papá, que estaba en su negocio, toqué el timbre y me abrieron la puerta. Pasé al patio, conversamos un rato, prendimos un cigarro y vamos arreglando el mundo, que la Academia, que los cursos, que esto y que lo otro...

Suena la chicharra...

Estábamos en la bomba y sonaron los tonos: “Avanza B-1 a 10-0...” dijeron por los parlantes desde la central cuando corrimos a equiparnos. Mientras estaba de espaldas a la pared con mi pitón en la mano, cerré los ojos y recordé que “estábamos en la bomba cuando sonaron los tonos”.





Experiencias fuertes de la vida

Sergio Osorio Miranda

Cuerpo de Bomberos de Hualpén

Mi amigo abrió el cajón de la cómoda de su esposa y levantó un paquete envuelto en un fino papel de envolver.

—Esto —me dijo— no es un simple paquete. Es un vestido.

Tiró el papel que lo envolvía y observó la exquisita seda de la prenda.

—Ella compró esto la primera vez que fuimos a Santiago, hace ocho o nueve años. Nunca lo usó. Lo estaba guardando para una ocasión especial. Bueno, creo que esta es la ocasión.

Se acercó a la cama y colocó la prenda junto con las demás ropas que iba a llevar a la funeraria. Su esposa acababa de morir de un infarto a los treinta años. Volviéndose hacia mí, dijo:

—Sergio, no guardes nada para una ocasión especial. Cada día que vives es una ocasión especial.

Todavía estoy pensando en esas palabras, que ya han cambiado mi vida, y las comparo con la fuerte experiencia que a mí me tocó vivir un miércoles 7 de octubre de 1998.

Regresaba de mi trabajo. Me prestaba a tomar las ricas onces típicas en la Patagonia cuando en mi portátil suena un llamado de la central de alarmas indicando un incendio en una casa habitación de tres pisos cerca de donde vivo.

Presuroso, me despido con un beso en la mejilla de mi madre y parto rápido al llamado, encontrándome en el lugar antes de que lleguen las unidades.

Llegados los carros bomba comenzamos a trabajar. Conscientes de que los moradores estaban a salvo, se procede a evitar que el fuego se propague a las casas colindantes, ya que este tipo de construcción no tiene paredes cortafuego, por lo que el resto de las viviendas estaban expuestas a un real peligro.

Posterior a esto, y redondeando la idea, subo al techo de la casa para sacar algunas planchas y ventilar desde arriba cuando, sin darme cuenta, resbalo de la escala techera, piso la cornisa prácticamente quemada y caigo de espalda al vacío desde siete metros de altura.

De ahí en mi mente pasó mi vida completa, desde mis hijos, padres, hermano, amigos, etc. Sentía como en un sueño a mi compañera paramédico evaluándome en el trayecto al hospital y no dejándome dormir, que era lo que quería hacer en ese momento.

Pude haber dado mi vida por ayudar a personas que ni siquiera conozco, pero mi fuerte vocación de servicio me dice que esta dolorosa experiencia fortalece aún más mis valores con los que fui educado, mi formación como instructor ANB, por lo que no he amilanado para nada mis ganas de seguir sirviendo a esta noble causa. Ahora cuento con un bagaje de experiencias y con real conocimiento de causa que puedo transmitir a los jóvenes bomberos a los que estoy instruyendo en este momento a través de nuestra Academia Nacional de Bomberos. Saber para servir, y servir de mejor forma compartiendo mis experiencias fuertes de la vida.





Final de temporada

Cristhian Eduardo Negrón Torres

Cuerpo de Bomberos de San Pablo

Viajar al Campus Central es jugar las ligas mayores: sabes que es tu partido más importante. El nerviosismo es algo natural; preparas tus maletas y al cabo de unas horas llegas al aeropuerto. El solo ver esas aeronaves apostadas en la loza te genera una ansiedad especial; es la culminación de una etapa. Sabes que vienen muchos más cursos por delante, pero Control de Incendios, específicamente Control de Incendios, es cerrar un ciclo en tu carrera bomberil. Para muchos es su primer vuelo. Las mariposas en el estómago son comunes, sobre todo en un viaje nocturno donde, al llegar, ese caótico Santiago te espera con un espectáculo de luces y una inmensidad que te deja perplejo. La llegada al aeropuerto es distinta. Te sientes importante retirando tus maletas, mientras afuera te espera un bus rojo, cual selección de futbol. A la salida toda la gente te mira, y luces orgulloso tus prendas institucionales; sabes que Bomberos es una de las instituciones más queridas, y así lo deja saber la gente. Algunos sonrían a tu paso; otros incluso aplauden. Tu grupo, tal como si fuera la selección chilena arribando de un par de amistosos, se dirige a jugar su partido decisivo.

Llegar a la Academia es algo especial; está llena de mística, de magia. Ver ese torreón y recordar las historias que has escuchado a lo largo del tiempo es inexplicable. Descansas lo que queda de noche porque mañana es el gran día. En la mañana retiras tu uniforme y desde lejos ves esa mole de concreto humeante, silente, esperando por ti. Cuando llega la hora, el calor del día, las ansias, el entusiasmo y todo lo que te has preparado se mezcla en una sensación única: esto es todo por cuanto has luchado. Pones tu mente y alma a disposición e ingresas al simulador en medio del humo, las llamas y los gritos de algunos compañeros sin saber por dónde ir, y tu instructor guía las acciones. La adrenalina sube al mil por ciento, sientes que tu mente va a estallar y tu corazón late a mil por hora. Te arrastras por el interior apagando las llamas y rescatando víctimas; ventilas la zona, y sales de ese titán con una satisfacción y una alegría que te embriaga el alma. No existen palabras para describir lo sucedido: quieres gritar y brincar de alegría y euforia, pero lo único que se mantiene en tu mente es que, por fin, y después de mucho esfuerzo, todo valió la pena. Estás jugando tu mejor final de temporada.





Fundación

Felipe Villarroel González

Cuerpo de Bomberos de Valparaíso

Desperto preguntándome qué hacer. Pasan los días y todo sigue igual, pero algo no me deja dormir en paz. ¿Será que saldrá un incendio esta noche? La comuna necesita de mí, pero mi familia también. Tengo esposa, tengo hijos, tengo amigos y conocidos, y, en definitiva, si me voy de este mundo, nada será igual para ellos.

Necesito hacer algo. ¡Ya lo sé! Necesito estar capacitado; de esa forma todos podremos estar más seguros de qué hacer frente a una emergencia. Pero no solo lo necesito yo, lo necesitamos todos, y en definitiva tiene que ser una buena capacitación. Los tiempos en que solo tiramos agua por tirar se han detenido hoy. Estoy decidido: debo crear una escuela de bomberos. Esta debe ser a nivel nacional, que llegue a cada rincón del país donde haya un bombero y deberá tener una sede en cada región junto con... ¡oh, un incendio! Debo irme; saldré despacio para que la familia no me escuche. Oigo una explosión. De seguro alguien abrió una puerta en un mal momento. Eso es, un *backdraft*. Las comunicaciones están terribles; deberían mejorar eso también. El incendio se está controlando muy mal.

Ya van siete casas y no podemos apagarlo. Hay tres bomberos heridos y uno está adentro, perdido.

No saben buscar a las personas adentro. El comandante sigue sin controlar bien las comunicaciones. Este incendio se parece al de unos años atrás. Si los nuevos supieran eso, sería todo diferente. Son las ocho de la mañana y el despacho fue a las dos; están todos cansados, con hambre y sedientos, tomando el agua del grifo. Van dieciocho casas y esto aún parece no terminar. Doce del día. Luego de veinte casas por fin se termina: trece bomberos heridos, un mártir y técnicas que parecen nunca estar de acuerdo. Que este incendio sea una lección; una lección de cómo no se deben hacer las cosas y cómo debemos plantearnos los incendios para que en un futuro no sigan pasando estas cosas.

Hoy, 15 de agosto de 1987, doy por fundada la Academia Nacional de Bomberos, que está a cargo de capacitar lo mejor posible a los bomberos y futuros bomberos que componen este país, y que quede estipulado que allá donde haya un bombero habrá capacitación, porque el país necesita de nosotros y nosotros estaremos dispuestos a todo para ayudar a cada persona que lo necesite, sin importar nada, por hoy y siempre. Que el lema "saber para servir" se grabe en nuestros corazones.





Héroe anónimo

Cristián Olivares Sagredo

Cuerpo de Bomberos de Concepción

Amaba llegar a casa del abuelo, sentarme en el sillón y escuchar sus grandes historias en los bomberos, pues era el tema favorito. Me crié en una familia donde todos pertenecían a Bomberos de Chile, y a mis doce años esperaba con ansias ingresar a la institución. Papá era un académico de la universidad. Era parte de su vocación enseñar a las personas, al igual que el servicio por la comunidad. Para mamá también; eran las vocaciones de ambos. Pasaron los años y papá me enseñó la importancia de una brigada de cadetes para una compañía. Decía que son el semillero de la institución por ser las nuevas generaciones que seguirán sosteniendo por siglos a Bomberos de Chile, y entonces todos debían saber para poder servir.

Un día llegué a casa y vi a papá extraño. Le pregunté si todo estaba bien y él dijo que tenía una idea, pensando siempre en su institución. Propuso buscar la forma de crear una entidad que sea parte de Bomberos y se dedicara a enseñar a jóvenes y adultos; enseñar valores, respeto, amor, técnicas de trabajo, etc. Buscaba a futuro entregar conocimientos actualizados, entrenamientos estandarizados y formar un bombero altruista, disciplinado, leal y participativo.

Conociéndolo bien, sabía que lo lograría.

Recuerdo esa madrugada del sábado cuando papá y mamá fueron a esa alarma de incendio que cambiaría nuestras vidas para siempre. A las horas después veo llegar solo a mamá llorando desconsoladamente. Sí, papá era mártir de la institución. La ceremonia fue hermosa y tuvo el apoyo de compañías de todo Chile y autoridades. Yo, alejado por la angustia que sentía al no despedirme de él, veía todo a distancia sabiendo que papá nos cuidaría desde el cuartel celestial.

Pasó el tiempo y decidí hacer real el anhelo de papá. Así, en 1987 nos reunimos un equipo de trabajo para armar el proyecto, y el 1 de junio de 1988 se fundó la Academia Nacional de Bomberos con la misión de por años servir a todos los voluntarios del país para su formación estandarizada de procedimientos de trabajo, entrenamientos y valores. Asimismo, la misión era formar a los bomberos en cada una de sus especialidades, certificarlos y catalogarlos como profesionales de la emergencia. Por mi parte, hoy nacerá una futura bombera para el país, mi hija Consuelo, para seguir con la tradición familiar de salvar vidas y bienes anónimamente.





Honor a prueba de fuego

Felipe Andrés Villagra Rojas

Cuerpo de Bomberos de Santa Juana

Llega el tan anhelado día. Corre un fuerte viento anunciando una batalla sin cuartel en la que el gran caballero deberá enfrentarse a la Bestia de Fuego.

El honorable caballero comienza su viaje desde una zona alejada conocida como *El Misterioso Bío-Bío* a paso firme, nervioso y ansioso, pero a la vez temeroso y seguro, sabiendo que su entrenamiento ha sido guiado por grandes guerreros.

Ya lleva quinientos kilómetros recorridos, pero no declina su paso. Vista al frente, tiene claro cuál es su objetivo y nada ni nadie lo detendrán. A pocos metros ya se siente ese olor a azufre característico de la Bestia, pero no merma el paso. A pocos metros el guerrero comienza a equiparse con aquella armadura de la cual se siente orgulloso. Mientras se equipa siente cómo corre lentamente una gota de sudor por su frente. Aun así, él no renuncia, pues sabe que su

armadura tiene algo que es impagable; está cubierta de honor, lealtad, constancia, disciplina y, por sobre todo, el cariño de su gente.

Afiatado, camina los últimos metros y se encuentra frente a frente con la guarida de la Bestia. El guerrero se pone su casco y desenfunda su arma, esa que ha sido su fiel compañera en muchas batallas.

Se abre la puerta y el guerrero hace ingreso, dando así el inicio a una cruda batalla donde solo uno de ellos saldrá victorioso, donde ninguno cederá y donde darán el todo por el todo con tal de cantar victoria. Justo en el momento que se dispone a clavar su arma en el corazón de la Bestia, el guerrero escucha una voz de fondo:

—¡Villagra! ¡Villagra! Te quedaste dormido. Levántate que hoy tenemos Control de Incendios en el campus. ¡Apúrate, po'!





Honorario

Maximiliano Sebastián Andler Riffo

Cuerpo de Bomberos de La Unión

Era mi primera vez en la recién creada ANB y el verano de 1989 me recibía con un calor abrasador que hacía la capacitación más extenuante de lo que pensaba. Veintiocho fuimos los afortunados de cumplir con los requisitos para instruir a novatos bomberos en nuestras regiones, lo que cumplí de forma ininterrumpida hasta que mis años me lo permitieron. Una sustanciosa lluvia, que acompaña a un grupo de pitones abiertos, es la que les brindo a los jóvenes que alguna vez escucharon a este añoso voluntario con sus doctrinas, bañando sus cascos y uniformes normados, reemplazo de las antiguas casacas de cuero y fieles a muchas batallas al ritmo de las sirenas y a la luz de las balizas, que giran en la invernal noche recordando a quien fue un viejo roble de enseñanzas para ellos.







Humo

Mabel Andrea León Vergara

Cuerpo de Bomberos de Nacimiento

— Ayuda! —eso me dijo el humo.
— Hace veinte años, mi mundo de las llamas era tan grande que daba miedo. Corría y corría a ver esos muros y metales colapsados, pero ese miedo se venció con experiencia y capacitación.

Mis ojos anhelaban esas lecturas largas, esos ejercicios al borde de la realidad y el conocimiento, y a la vez se inundaban y se hacían cómplices de esas alegrías, pero también de esos desconsuelos.

Mi familia tiene diecinueve millones de miembros y mi responsabilidad fue responderle y seguirle respondiendo a ese humo.





Incendios forestales el verano de 2020

Gabriela Paz Iturra Luengo

Cuerpo de Bomberos de Lastarria

Era el 21 de febrero del 2020, nuestra temporada de mayor actividad en verano. Ese día nuestra guardia preventiva del Cuerpo de Bomberos de Lastarria asistió a un total de seis llamados, entre ellos caídas de árboles ocasionadas por condiciones climáticas adversas, apoyo a otros cuerpos en incendios forestales y un accidente vehicular. El de mayor importancia fue cuando el Cuerpo de Bomberos de Gorbea solicitó apoyo para el sector Melirrehue; se trataba de un incendio de gran extensión.

Eran las 15:29 horas y nuestra unidad B-2 se dirigía a prestar apoyo. De camino fue muy gratificante ver algunas personas que nos pedían parar un momento para poder entregarnos agua en botellas, y también palabras de aliento. Pero al llegar, para nuestra sorpresa, se nos indicó esperar en el puesto de mando.

Cuando ya volvíamos a Lastarria, nos avisaron que en el Callejón Lumaco-Gorbea había un 10-2 y se necesitaba apoyo. Debido a que no conocíamos bien ese camino, solicitamos indicaciones y fue la unidad B-2 de la Segunda Compañía de Gorbea la que nos indicó el camino, haciendo que la siguiéramos.

Cuando llegamos al lugar nos dieron las indicaciones para trabajar. Allí se encontraba personal de Conaf y bomberos de otros cuerpos.

En ese momento pude notar la gran importancia que conlleva la realización de los cursos que nos otorga nuestra Academia Nacional de Bomberos de Chile, puesto que en estas circunstancias se aplica lo aprendido; uno se recuerda de nuestros instructores y sus charlas, en donde nos hablan de estrategias para combatir el fuego, la eficiencia del uso del agua y nuestra protección personal, y además de mantener la calma durante la emergencia y no incurrir en la desesperación. Observé cómo creaban diferentes estrategias entre los oficiales a cargo de la emergencia, cómo atacaban el fuego y cómo evaluaban diferentes parámetros, como la dirección del viento, los materiales disponibles y el personal. Ese mismo día fue cuando cumplí cinco años dentro de esta linda institución. Fue un día bastante movido, y un día en donde anhelé seguir aprendiendo de nuestros instructores, de nuestra Academia y de nosotros mismos, ya que nuestro compromiso es saber para servir, y hacerlo de la mejor manera posible.





Insomnio en la habitación uno

Maverick Novoa Reyes

Cuerpo de Bomberos de Cabrero

3:22 de la mañana. Despierto adolorido en la habitación número uno del hotel tras la primera jornada de la parte práctica de Control de Incendios. Es sábado, o más bien domingo, no lo asimilo bien. Ayer fue un día único: primera vez que vengo al campus, y paradójicamente para hacer mi último curso de la malla profesional. Por fin pude conocer aquel lugar al cual soñaba ir mientras veía las tapas de los manuales de los primeros cursos, pero ahora me invade ese extraño dolor muscular que saca carcajadas.

Qué doloroso orgullo siento al estar acá, cumpliendo con el legado que dejaron los fundadores de la Academia, esa que es la mejor institución de formación bomberil en Chile y la que será la referente en Latinoamérica, y sin querer recuerdo aquellas historias que nos contó tan sensatamente en aquel seminario un viejo cano, que hablaba de manera locuaz acerca valores y filosofía, donde todo había comenzado aquel 1 de junio del 88 en la calle Ahumada y cómo fue creciendo hasta llegar a ser la institución educativa que es hoy, donde me encuentro, adolorido, despierto y con muchas ansias de dejar el alma en el simulador.





Konbisyon¹

Cristián Ponce Calderón

Cuerpo de Bomberos de Villa Alemana

La cándida risa de aquella niña se propagaba por los alrededores de esa enorme morada. Las bocinas constantes alarmando del peligro no eran impedimento para dar a entender que dentro de esas nocivas llamas flameantes se hallaba alguien que no comprendía el peligro; que parecía jugar ignorando las alarmas y a ese incandescente enemigo que amenazaba con consumir su cuerpo. Pronto el camión de bomba se colocaba en posición para actuar. El resto de bomberos asumían que el incendio se rendía a su merced mientras comentaban indiferentes el nuevo éxito al no haber necesitado ayuda de compañías externas.

Pero esas carcajadas continuaban, intensamente melosas, y nadie comprendía la situación; solo permanecían en sus puestos acatando las instrucciones del capitán. Sin embargo, se trataba de una bomba de tiempo que carcomía su moral. ¿Era posible que todos oyeran y la dejaran morir tan cruelmente? No, su voluntad era clara, sus valores evidentes y el miedo de socorrerla, aunque entendible, se desvanecía.

Recordó todo su entrenamiento en la Academia Nacional de Bomberos; aquellos extenuantes ejercicios de práctica y esas clases teóricas que algunos omitían pensando que ya lo sabían todo, pero él no.

Sabía muy bien lo que tenía que hacer.

Entonces, sin pensar en las consecuencias, dio el primer paso y en una milésima de segundo se apresuró para adentrarse a esa estructura que se desmoronaba en busca de esa risa incesante. Sus compañeros, perplejos, gritaban intentando detenerle en vano. La temperatura a su alrededor ascendía nuevamente sin dar tregua a su inminente extinción. Aun así, no era de gran importancia si la razón de poner su vida en riesgo era para salvar a un infante.

De pronto sintió en el pecho que esa risa le recordaba algo, algo querido, algo que ya no tenía en su vida y que necesitaba... sí, no podía estar equivocado, era la voz de su hija, aquella que había fallecido en un incendio. Esa fue su guía.

Salió por la puerta trasera con su chaqueta entre los brazos, y en ella, aquella niña de pelo rizado y ojos negros como la obsidiana. Una niña con la oportunidad de tener un mañana. Sentado en el borde del carro, su capitán se le acercó y, tomándolo del hombro, le recordó:

—El valor, la vocación de servicio y el amor al prójimo se llevan siempre como estandarte. Por eso amamos ser voluntarios.



1 *Konbisyon* significa "combustión" en criollo haitiano.



La Academia Láctea, 100 mil años luz

Christian Manuel Parra Toro

Cuerpo de Bomberos de San Pedro de Atacama

Era febrero del año 2020. El viaje sería aburrido; ocho horas de viaje desde la nebulosa de San Pedro de Atacama hasta el Centro de Entrenamiento Zona Norte, ubicado en el planeta La Tirana.

La nave despegó con atraso, y los astrobomberos ya mostraban impaciencia por la demora. El lanzamiento podría ser suspendido; reportes del sistema solar Antofagasta decían que la nave había sido golpeada por una lluvia de meteoritos propiciada por “los rebeldes”, como los llamaban unos, o “los justicieros”, como los llamaban otros, que venían manifestándose desde octubre de 2019.

La nave despegó. No tenía daños aparentes y el viaje no solo fue cómodo, sino que duró 100 mil años luz. Mi asiento junto a la ventana mostró una luna de nieve o superluna tras la cordillera de los Andes. El astro menor iluminó nuestras noches por tres días. Nuestra nave nos llevó por una imponente vía láctea de 100 mil años luz de extensión. Seis astrobomberos viajaban por ese cinturón de estrellas al que los indígenas llamaban Tapi'i'rapé, un camino hacia la Academia, la Academia Láctea.

El recto camino al entrenamiento no es sino una espiral, un camino de leche en forma de espiral y del cual Demócrito tenía razón... “No importa dónde estés, siempre verás la vía láctea como un camino recto. Ese camino nos haría crecer en conocimiento, como un espumante vaso de leche”.

Muchos objetos celestes abrieron nuestro camino al Centro de Entrenamiento Zona Norte. Las nubes

de Magallanes que antes guiaron al experimentado marino ahora les abrían el camino a estos novatos bomberos, y siglos antes fueron el camino de los vikingos al Valhala y de los celtas al castillo de sus hadas.

Nos hicieron serpentear el cielo nocturno. Un cisne nos recibió a continuación; la constelación del cisne o *Cruz del Norte* corrigió nuestro serpentear y nos enfiló al centro de entrenamiento. Era un cisne de inigualable clase espectral, ¡gigante!, que con la suavidad de su plumaje nos entregó a las manos de Sirius, casi como un presagio de las inundaciones de febrero, tal como lo hacía anunciando las inundaciones del Nilo. Los escandinavos la llamaron *la antorcha*, y nos iluminó el camino hasta dejarnos encargados con Orión, un gigante cazador que nos dio entrada al Centro de Entrenamiento Zona Norte de la Academia Nacional de Bomberos, pero no sin antes sentenciar: “Crucé el Mar Egeo con las olas rompiendo sobre mis hombros. Os toca a vosotros entrar a este lugar y soportar las tempestades del perfeccionamiento y el estudio. No podéis hundiros. La vía láctea los trajo aquí y seréis alimentados para servir más y mejor”.

La estadía fue fugaz y el recibimiento muy afectivo, ideal para recobrar fuerzas y cumplir con el deber... y el retorno, reflexivo; ocho horas y no 100 mil años luz. Un renacimiento crudo tras una muerte real y parcial al desconocimiento, con la viveza de seguir sirviendo, y colorín colorado, este cuento se ha acabado.





La campana de Mr. Rowland

Ximena Valeska González Hernández

Cuerpo de Bomberos de Iquique

Sí, papá, era tal y como me lo describías; un entorno campestre con una casa señorial que, adaptada perfectamente, servía de sede a la Academia. Me bajé del bus que nos condujo desde el aeropuerto hasta aquel sitio. ¡Es tan distinto al entorno desértico de nuestro Iquique! Hice lo que me dijiste; me fui caminando hasta el pasillo principal a buscar la vieja campana que lleva inscrito el nombre de nuestra ciudad, un testimonio de la antigüedad de los bomberos iquiqueños y que fue rescatada del cruento bombardeo que sufrió la ciudad con motivo de la guerra civil de 1891, y que había sido regalada por uno de los magnates salitreros de la época: Mr. Rowland. ¿Por qué esa campana está acá? Esa pregunta recorrió a todos los voluntarios que veníamos desde el norte a certificarnos como profesionales para dar a nuestros conciudadanos un mejor servicio y con más seguridad en nuestra labor.

Al principio no le dimos mayor importancia al hecho de que aquella campana fuera nuestra bienvenida. Al fin y al cabo, era un poquito de Iquique que nos recibía, dándonos algo de familiaridad en aquel paraje extraño donde encontramos bomberos e instructores que venían de distintas partes de Chile, cada uno en su rol, pero con un objetivo común.

Los días pasaron rápidamente entre ejercicios y capacitaciones; la hora del rancho era bienvenida y la amabilidad de quienes nos atendieron hizo que el

añorar nuestra tierra y familia no fuera un impedimento que afectara nuestra concentración y nuestro rendimiento. Veníamos acompañados por más de 140 años de tradición de abnegación y sacrificio, y nuestra generación no podía decepcionar a las largas filas de voluntarios que, como tú, papá, nos antecedieron en esta profesión de fe que es el ser bombero voluntario de Chile.

El reunirnos con tantos bomberos de otras regiones, todos abrazando un mismo ideal, hizo triste la despedida, y a la hora de abandonar el campus volví a ver la campana. Ahí me di cuenta realmente de su valor: simboliza perfectamente al espíritu de la Academia. Bomberos de todo el país nos reunimos en ese lugar no solo para aprender y certificarnos; vamos para advertir que formamos parte de una hermandad que no reconoce diferencias entre sí, que persigue un objetivo común y que desde hace muchas décadas atrás, al igual que tú y tus compañeros, papá, respondieron al dolor ajeno, ya fuera con el tañido de una vieja campana, el tremolar de una sirena o los tonos de la radio. Ahí, por fin, sentí que ser bombero es más que vestir una cotona y un casco; implica una responsabilidad mucho mayor de amor para nuestros semejantes, y para eso, para satisfacer dicha responsabilidad, no queda otro camino que saber para servir, tal como me lo decías tú siempre, papá.





La esperanza de llegar a tiempo

Miguel Boglio Valdebenito

Cuerpo de Bomberos de Talcahuano

Buscando estoy en Facebook toda noticia respecto a Bomberos, alegrándome de cada nuevo logro, preocupándome de cada nueva emergencia, leyendo y escuchando música. De pronto la emisora del recuerdo brinda al auditor nostálgico un tema de los sesenta: “Yo soy ese tan fácil de olvidar, tan fácil de dejar perdido en la distancia”, y la sentida voz de Sandro me pone en mi justo lugar, anclado en casa por mi edad y la pandemia, mas esa misma egocéntrica tristeza inmediatamente me avergüenza.

¿Por qué alguien debe preocuparse de mi soledad? La gran preocupación es y será para siempre la guardia que sale y mantiene viva la consecuencia de ser la solución de quien sufre y llama al 132.

Miro con tranquilidad mi paso de haber sido un caballero del fuego a querer ser un profesional de la emergencia. Recuerdo esos primeros cursos que me hicieron ganar mis primeros diplomas, de las múltiples disciplinas que nos entregaba la Academia Nacional de Bomberos. Recuerdo el orgullo de estar cada vez más capacitados, lo que hace al voluntario correr con cierta tranquilidad al encuentro del siempre combatiente llamado.

Es verdad que estas modernas destrezas que entrega la Academia Nacional llegaron demasiado tarde para mí, pero no para los jóvenes que juran y se alistan a servir a sus vecinos, su ciudad, a su país, cumpliendo el sagrado deber de acudir con la esperanza de llegar a tiempo.





La historia de la instructora que motivó a toda una generación de bomberas

Michelle Moya Urbina

Cuerpo de Bomberos de Nueva Imperial

En 2018 transcurría un verano intenso, entre emergencias y cambios drásticos a nivel personal y colectivo. Cierta día se nos comunicó la oportunidad de viajar a realizar nuestra malla inicial como bomberos y bomberas a la Academia Nacional de Bomberos de Chile; junto a mi grupo de amigas no dudamos en asistir. En ese entonces yo me encontraba buscando mi norte, y encontré que esta era una oportunidad única e irrepetible a nivel personal y en lo bomberil.

El haber estado una semana en capacitación en dependencias de nuestra universidad es algo que muchos de nuestros voluntarios y voluntarias sueñan. Algunos inclusive lo han esperado por años, y cómo no hacerlo, si la Academia Nacional de Bomberos es quien nos entrega entrenamiento y formación no solo para tratar emergencias, sino que también para ejercer un gran rol en asuntos humanitarios que denoten nuestra calidad humana.

En aquella oportunidad, entre una fila de instructores se encontraba una mujer que motivaría a

toda una generación de bomberas...

Era la primera en llegar y la última en irse. Había luchado sin importar lo que le costara por la formación de muchas bomberas y muchos bomberos. Había luchado por sus derechos, por capacitarse y capacitar; había sido capitán, instructora y la única mujer dentro del directorio nacional bomberil.

Viajaba de extremo a extremo para formarnos. ¡Hey!, pero si ha sido una larga trayectoria nuestra incorporación a la institución, y aun estando en 2020 se nos subestima en nuestro rol. Cómo no admirar a quien pretende romper con lo tradicional.

Hoy yo no sé si ella aún siga en este lugar, tampoco sé si muchos la conocen, pero lo que sí sé es que gracias a ella muchas sabrán que sí es posible, que podemos lograrlo todo desde nuestros espacios y oportunidades. Espero que con los años la ANB y su espíritu de superación crezca aún más, y siga teniendo profesionales como ella.





La isla en llamas

Jacqueline Álvarez Salas

Cuerpo de Bomberos de Chimbarongo

Convento Viejo, abril de 1975. Una tarde de otoño se inicia un incendio en la isla de los Mardones. El pueblo, desesperado, se inunda del deseo de ayudar e ir a apagar las inmensas llamas que subían por los frondosos árboles, los cuales nos servían de sombra y nos protegían cuando íbamos a bañarnos al río. Había que salvar nuestro balneario. Los lugareños, con baldes y palas, acudieron al lugar trabajando en cadena para combatir al dragón con sus lenguas de fuego. Esa alfombra de arena y semillas de aromos era nuestro piso para tendernos después de darnos un chapuzón, y hoy quemaba nuestros pies, pero la adrenalina de controlar el fuego nos hacía insensibles al dolor. Después de un par de horas se logró apagar esas inmensas y caloríficas llamas que iluminaron nuestra isla. Mi primo de Santiago estaba de visita y también ayudó en este evento. Todos estábamos cansados de luchar, pero también estábamos felices de haber ganado esta batalla de agua, arena y fuego. Pensaron “por qué no hacer una brigada bomberil”, y algunos vecinos esbozaron que no tenemos nada, solo el ardiente deseo de crear algo para que estemos preparados para una próxima ocasión. En medio de la algarabía don Luis dijo:

—Yo tengo un camión que podemos adaptar como un carro bomba.

—¡Maravillosa idea! Muy bien —dijo mi primo—. Mi tío es bombero en Santiago y siempre

habla de lo bien preparados que están los Bomberos porque van a estudiar a la Academia Nacional. Así dice él y se cree todo —continuó, dejando escapar una risa—. Dice que lo pasa muy bien porque llegan bomberos y bomberas de todo Chile para aprender. Don Carlos, usted aquí es profesor, pero si todo resulta con la gestión de mi tío, usted y todos tendrían que ir a tomar clases a la Academia para convertirse en bomberos profesionales.

Al mes siguiente, nuevamente vuelve a haber un incendio en la isla, pero en esta ocasión ya tenían su unidad, que era el camión adaptado como carro, y para entrar a la isla había un portón con dos pilares inmensos de cemento. Pasaron rajados por ese portón, trabajaron apagando el siniestro y, cuando venían de regreso, resultó que el carro no cabía por el mismo portón que habían ingresado. “¡Pero cómo!”, se preguntaban los voluntarios, que intentaron pasar muchas veces y no pudieron. ¿Una incógnita o un fenómeno físico? Solución: hacer una pasada por el costado de uno de los pilares.

Esto de ser bomberos es una gran película en nuestras vidas, que entre escena y escena vamos haciendo historias, algunas tristes, otras divertidas y a veces misteriosas, como la ocurrida en Convento Viejo, pueblo donde finalmente se creó una compañía con hombres valientes y entusiastas, cuyo solo objetivo es servir bajo el lema “deber, voluntad y sacrificio”.





La mascota

Claudio Antonio Alday Bugueño

Cuerpo de Bomberos de Vicuña

Son las seis de la mañana y la voz de mi papá dice “Toño, Toño, despierta. Hoy es tu día”. Con mis ojos aún cerrados siento el aroma del pan tostado y el sonido del aceite friendo mis huevos para el desayuno. Ahí, en la silla, está mi chaqueta azul con botones de plata planchada y con la insignia en el hombro, y al lado está el pantalón blanco.

Mi papá pasó toda la noche cosiendo para dejar lista la ropa de mi primer desfile. Apuré mi levantada; no era un día cualquiera. En cada mordida de pan estaba más cerca de mi uniforme, y la emoción era comparable a la mañana de navidad. Primero fue la camisa blanca; mamá me abrochó botón por botón. Luego la corbata azul, los pantalones blancos y la advertencia de “cuidadito con ponerte a jugar. Debes pasar limpiecito”. Y ahí venía ella, la chaqueta azul como el cielo, la más hermosa que he visto. Cierro los ojos para disfrutar el abrazo de la prenda mientras mi padre dice “le queda perfecta. Ya estamos listos”.

Al llegar al cuartel papá me da lo más maravilloso: saca de una bolsa un casco de cartón que parece de verdad, y que en el centro tiene una insignia dorada como un sol y el número uno de la compañía a la cual pertenecería. Las miradas se centraban en mí. Era especial; recibí muchas caricias de gente de uniformes que no conocía, pero me trataban como familia.

—Pasaré solito para que lo vean —decía alguien con casco blanco—. Será la mascota. Se lo ha ganado.

Ya enfilamos a la plaza. Se escuchan tambores y mi corazón palpita a su ritmo. De frente, mar. La orden ya se siente.

—Camina, cabro chico, no detengas la fila; izquierdo, derecho, izquierdo, derecho, marca al compás.

Miro atrás buscando a papá.

—¡Quiero un helado! —le grito.

—Cuando termines. Mira al frente.

Atención, paso regular, mar. “¡Mira el bomberito!”, me saludan al pasar. “Bravo, bravo, ¡qué lindo!”. Suenan las sirenas a mi espalda de los carros al pasar, me doy vuelta y marchó para atrás. “Vuelve a tu lugar; tienes que marchar”. Las autoridades hablan de mí y me apuntan; se les ve en su cara mucha felicidad. La gente grita “¡vivan los Bomberos!”. El desfile ya terminará; resuenan los aplausos por todo lugar y los acordes de la banda de guerra van bajando la intensidad. Me mira el comandante y con voz firme me dice:

—Querida mascota, felicitaciones. Ya eres parte de Bomberos de Chile, tu segunda familia.







La suertecita

Darío Fernández Vargas

Cuerpo de Bomberos de Iquique

Habían sido ya tres días de incansable lucha. El fuego no era el enemigo en ese entonces, sino nuestras propias mentes, que ya con los cuerpos cansados nos pedían un respiro para poder comer y reponer nuestras fuerzas. No fue hasta el último día de la prueba final donde vendrían las preocupaciones, pues Control de Incendios requiere de una destreza de equipo y de comunicación constante.

Después de la prueba todo daría un dramático giro, un susto innecesario. Al entregar mi equipo e ir a las duchas notaría la ausencia de algo muy preciado para mí: la cadena de plata con la cruz torcida que me había regalado mi abuela, quien hasta se había tomado la molestia de llevarla donde la máxima autoridad de su religión para bendecirla. No pasó mucho tiempo para que la angustia me invadiera, al punto de no disfrutar una ducha fría después de un incendio simulado en un caluroso día de noviembre. De inmediato mis amigos emprendieron junto a mí la búsqueda de la famosa cadena. El panorama no era muy alentador, pues los caminos hacia los

simuladores son de tierra y gravilla, y resultaría imposible encontrar un objeto tan pequeño en un espacio tan grande. Hablé con los colaboradores del campus, quienes controlan el ingreso al área de simuladores y los operan. Tan pronto como les expliqué mi problema pusieron toda su disposición para ayudarme a encontrarla. Después de un rato de buscar sin éxito recibo un llamado a viva voz; era uno de los operadores del campus, que había ido contra toda posibilidad ese día. Así es: había encontrado la cadena entre toda esa tierra y gravilla, y en el mismo lugar donde pasamos tantas veces buscando. Mis agradecimientos fueron pocos; lo recompensé con una bebida fría, pues era un día caluroso. Al final, es esto lo que siempre rescatamos de nuestra institución: esa solidaridad, esa disposición de ayudar a otros sin importar lo que recibiremos a cambio; es esa camaradería que nos permite buscar una solución sin importar lo que se nos presente. Después del susto aprobé el curso, y estaba listo para volver a Iquique con la suerte colgando de mi cuello y con gratitud en mi alma.





Las aves en tragedia

Jaime Eduardo Soto Amas

Cuerpo de Bomberos de Iquique

El sol mañanero de marzo ilumina el puerto heroico de Iquique. Todo indicaba una buena jornada bomberil, digna de un ejercicio de incendio estructural a la altura de la ZOFRI.

Entrada la mañana suena el claxon, y con ello la señal de avance a todas las unidades del Cuerpo de Bomberos de Iquique que tenían una cita especial con el destino.

La ruta era conocida. A una velocidad de sesenta kilómetros por hora y con el estanque a medio llenar, el vaivén que produjeron las olas al interior del cuerpo de bomba de la unidad B-5 generó dificultades en la conducción.

La historia estaba escrita para la tripulación. Ingresan a un sector de curvas, pasan un puente al ras del pilar de cemento y en la mente de los quintinos comienza a aflorar la desolación, y una sensación de angustia y de aferrarse a todo. El camión vuelca.

Compañeros aterrados, otros atrapados, otros fallecidos (tres).

La Academia Nacional de Bomberos, en la formación de cada hombre y mujer, nos entrega las herramientas indispensables para poder combatir todo tipo de siniestros. Sin embargo, no nos enseña a discernir entre aves y compañeros de casaca.

Las unidades que se acercaban al lugar se encuentran con el dantesco escenario.

Un ángel se acerca a un muchacho y le pregunta:

—¿Qué ves?

—Veo solo aves negras por el cielo —respondió el joven bombero.

—No son aves negras, hijo. Son tus compañeros —respondió tristemente el ángel—. Ahora descansa. ¡Debes ir a casa con la sensación del deber cumplido!





Las marcas de la vida

Humberto Espejo Daviu

Cuerpo de Bomberos de Copiapó

Tras un incendio en un pequeño local comercial, y luego de un gran trabajo para evitar que el incendio se propagara a las casas vecinas, el joven voluntario del Cuerpo de Bomberos de Copiapó, con emoción, sentía que había participado en su primer incendio declarado. Cuando termina el control del incendio y empiezan los bomberos a retirar el material utilizado, el joven voluntario observa a don Jorge, antiguo bombero que, además, era instructor de la Academia Nacional de Bomberos. Notó que caminaba sobre los escombros del local comercial y observaba las paredes testigos del incendio. El joven voluntario lo siguió con la mirada atentamente hasta que don Jorge se percató de su presencia.

—Estamos investigando la causa del incendio. ¿Quieres ayudarnos?

La propuesta entusiasmó al voluntario, que consultó a su teniente para unirse a la tarea realizada por don Jorge.

Observaron las paredes y los muebles, y consultaron por la ubicación de estos al dueño del local. Llamó la atención que existían dos refrigeradores, pero que estaban distantes del único enchufe de energía eléctrica del local comercial.

Don Jorge consulta al joven voluntario:

—¿Qué harías tú si tuvieses que alimentar de energía a estos refrigeradores?

A lo que el joven responde:

—Pondría un alargador eléctrico y un ladrón.

—Muy bien —replica don Jorge, y agrega—. Tú

sabes que los incendios dejan marcas en las paredes y en el piso, y si tú buscas, encontrarás esas marcas y la respuesta que necesitamos.

—Pero ¿qué busco? —exclamó el joven voluntario.

—Busca, limpia el piso y veamos qué encontramos.

Entonces el joven voluntario comienza a escarbar con sus manos y a sacar escombros y cenizas del piso hasta que de pronto encuentra un cable eléctrico. Comienza a despejar el sector y a seguir el cable, hasta que, en el centro del local, de manera clara y precisa, nota que el piso está marcado con un círculo quemado que indicaba el lugar exacto en el que el cable del alargador se unía a los cables eléctricos de los refrigeradores. Como si este hallazgo fuera un tesoro, lo muestra a don Jorge, quien, con esto, configuró el origen y la causa de este incendio.

Los años de experiencia de don Jorge y sus conocimientos como instructor de bomberos sin duda que fueron claves para orientar en resolver la investigación del incendio, pero dar la oportunidad a un joven voluntario de aprender a través del ejemplo práctico hicieron que este comprendiera lo importante que es saber para servir. Cada evento deja una marca, y conocer a este instructor motivó al joven voluntario a estudiar y convertirse en instructor de la Academia Nacional de Bomberos.

Todo incendio deja una marca en las estructuras, así como toda oportunidad deja una marca en la vida.

Muchas gracias, don Jorge Fritis Martínez, instructor de la ANB.



Llamas de un sueño

Juana Luisa Ortega Cabello

Cuerpo de Bomberos de Chépica

Felicidades le deseaban a la familia por la llegada del nuevo integrante, quien, con el paso del tiempo, entre sueños y juguetes, creció como cualquier otro niño. Sin embargo, un día la vida de ese pequeño dio un vuelco... al llegar a casa el tiempo se detuvo. No era su casa: era como un infierno. Habían llamas, humo, desesperación y gente corriendo e intentando rescatar algunos enseres.

De pronto, en medio de aquella escena, vio sirenas y luces de un carro de bomberos, del cual bajó un hombre con su traje viejo y su casco, se acercó a Juan, ese pequeño introvertido, y le dijo:

—Tranquilo, muchacho. Haremos todo lo posible.

Luego el pequeño le vio irse sus con sus camaradas a combatir el fuego. Gracias al trabajo en equipo lograron salvar la vivienda de Juan, quien con palabras temblorosas y ojos de niño agradeció al hombre mientras veía cómo el sudor corría por su rostro. Desde ese día ese niño anheló ser bombero y, pacientemente, esperó hasta que llegara el día en el que podría cumplir su sueño: ya era parte de esas personas que con el alma ayudaban a los demás. Ya era bombero.

Cada día se esforzaba por aprender más sobre la institución y así servir mejor, siempre con ganas de ver crecer a su querida compañía. Se llenaba de

sabiduría, entendimiento institucional y capacitación a través de cursos y seminarios que entregaba la institución y su Academia. Con el paso del tiempo, y a medida que adquiría experiencia, se dio cuenta de que su sueño iba más allá de eso: sentía que su deber era ver crecer a sus colegas compartiendo todos los conocimientos que iba adquiriendo. Al cabo de un tiempo, su proyecto ya no era solo ser bombero, sino que también enseñar a otros a serlo: quiso ser instructor. Con mucha constancia y sacrificio se certificó como tal; compartir experiencias, enseñar y capacitar a los demás bomberos se hicieron realidad.

Llegó muy honrado a su cuartel y se acercó a aquel viejo cuyo rostro nunca olvidó, lo abrazó con mucho cariño y le dijo:

—Gracias por haber hecho de mí lo que soy ahora, porque el cansancio y sudor que vi ese día en su rostro era lo que me impulsaba a seguir capacitándome para ser digno de llevar este uniforme.

El hombre, con sus ojos lagrimosos, le hizo saber que siempre hay alguien que te impulsa a seguir tus sueños hasta hacerlos realidad; que ser bombero e instructor no es solo capacitar y llevar un uniforme, sino que también es llevar lealtad, servicio y amor a los demás.





Los de Siempre

Braulio Alfaro Henríquez

Cuerpo de Bomberos de Antofagasta

Todo comienza cuando se quería formar una compañía de bomberos en el sector norte de la ciudad de los sueños. Para ello debían integrarse los vecinos con el fin de capacitarse y prepararse para ser los mejores. Fue así que al llamado empezaron a llegar ángeles muy tímidos, otros con entusiasmo y otros con el solo deseo de vestir la cotona negra y ayudar.

No tenían ni siquiera un techo que los pudiera cobijar porque no tenían cuartel; se reunían un día a la semana en una dependencia facilitada por una compañía hermana. El encargado de capacitarlos era un ángel de otra compañía que estaba de préstamo porque sus compañeros y amigos así lo facilitaron, y lo llamaban Instructor. Para él era un reto devolver lo que había aprendido por años gracias a los bomberos y a la Academia, cuyo lema era "saber para servir".

Siempre con entusiasmo, les tenía preparada una academia para comenzar con los primeros pasos, ya que los nuevos ángeles no sabían nada de los Bomberos, pero ahí estaba para enseñar, y dedicaba su tiempo para que fueran los mejores. Empezó con la historia de los Bomberos; sus inicios en el país y en la ciudad. Les contaba anécdotas e historias, y fue así que los propios ángeles co-

menzaron a traer amigos a la compañía. Luego les enseñó los diferentes servicios a los que acudían los Bomberos; fue así que aprendieron cómo se despachaban las emergencias con sus claves, cómo debían prepararse para el servicio y cómo apagar incendios, para lo cual usaba la pizarra, imágenes o videos. No contaban con equipos, herramientas o carros, pero tenían el corazón, la garra y las alas que los caracterizaban.

Con el tiempo se fueron destacando "Los de Siempre", un grupo bautizado así por Instructor debido a su entusiasmo, ya que eran los primeros en llegar a la academia, en hacer los cursos de la ANB, en aprobar y en participar de cuanta actividad del Cuerpo Celestial había, solo con el afán de servir y ayudar, y sin nada (todo era prestado). Solo contaban con la promesa de que iban a tener equipamiento, cuartel y carros una vez que terminaran su proceso de capacitación, algo que no sucedió hasta muchos meses después.

Fue tal el entusiasmo de Los de Siempre que su primer premio a su esfuerzo fue haber ganado una competencia de aniversario organizada por una compañía hermana. Esa victoria se transformó, en forma silenciosa, en el mejor premio que podría haber recibido el ángel Instructor.





Los extraños rojos

Paula Muñoz Núñez

Cuerpo de Bomberos de Hualañé

No había dormido bien aquella noche, así que agradecía tener que levantarse al alba. La claridad anunciaba que sería un bello y soleado día, lo que sin duda era acorde con el entusiasmo y emoción que sentía. Ese día cumpliría el mayor de sus sueños: conocer la Academia Nacional de Bomberos de Chile.

Camilo estaba ansioso. Cuando tenía siete años había sufrido un grave accidente vehicular. Solo recordaba algunas cosas de aquella noche; su madre lo llevaba en brazos, su padre iba al volante. Todo pasó muy rápido. Un giro a la izquierda, una repentina luz al frente... Después de eso, solo imágenes débiles venían a su mente: luces, gritos, sirenas. Cuando pudo abrir los ojos, seres extraños lo miraban. Usaban grandes cascos y vestían trajes rojos. Camilo sintió miedo; no sabía qué ocurría. ¿Sus padres estarían vivos? Quizás él había muerto y esos seres lo esperaban en el más allá. No, no podía estar muerto, todo tenía que estar bien. Apretó fuertemente los ojos por si esos seres desaparecían, pero en ese instante uno de ellos le tomó la mano, lo miró fijamente y con cautela le dijo que todo estaría bien, que ellos eran bomberos, y que lo rescatarían a sus padres y a él, pues habían quedado atrapados luego de sufrir un accidente. Esas palabras le de-

volvieron la tranquilidad y en cierto modo la vida al cuerpo. Esa noche, y a su corta edad, Camilo se prometió a sí mismo que cuando fuese mayor sería bombero.

El tiempo pasó muy rápido. Las jornadas en la Academia, que se fueron en un abrir y cerrar de ojos, fueron extenuantes, pero enriquecedoras. Las capacitaciones y los entrenamientos le entregaron distintos conocimientos que podría aplicar en las diferentes emergencias en las cuales servía su compañía. Se sentía tan afortunado de haber cumplido su sueño de ser bombero, de haber podido vivir esa experiencia en la Academia y, sobre todo, de haber conocido maravillosas personas y excelentes profesionales, con los cuales compartía la misma pasión y compromiso de servicio bomberil.

Cuando llegó la hora de volver a casa y el sol se estaba poniendo, miró hacia atrás y se preguntó si estaría ahí de no haber vivido aquel accidente cuando era pequeño, de no haber conocido a esos extraños rojos. Y pudo darse cuenta de que desde ese día estuvo destinado a ser uno de ellos, a ser un gran chico, un chico bueno, porque sabía que en los peores momentos una voz y una mano amiga pueden hacerte sentir que todo estará bien.





Memorias

Stephanie Carimán Pérez

Cuerpo de Bomberos de La Granja

Era un bombero viejo, de toalla blanca mojada al cuello y guantes de cabritilla. Siempre decía: “Nuestro deber es aprender y capacitarse”. Enseñaba con esmero cada tarde a desplazar material a los curiosos chiporros fuera del cuartel. Sus ojos infantiles brillaban en cada carrera; enrollar y tirar. Otra vez... y otra vez...

Con ansias llegué a la ANB. Repasaba en mi mente sus palabras: “No hay excusas para aprender”. Y es que, al recorrer esos pasillos, en cada rincón, en cada aula, hay una nueva oportunidad de saber. Es lo que él querría que yo pensara... “Lo importante de tener educación es que puedes entregarla a los demás, y de eso dependerá el éxito de tu trabajo”.

—Saber para servir —me repetía.

Es hora de comenzar. Llenen los registros con sus datos. Tomen sus manuales, anoten y pregunten si tienen dudas. Luego de la bienvenida del instructor, mantengo la atención en su clase. Toda la teoría reflejada allí ya la habría escuchado antes, haciendo las veces de fantásticos relatos: “El fuego bailaba frente a nosotros... y no era nada menos que una

batalla liderada ¡por valientes caballeros! De frente y en lo alto, allí estaba la gran Bestia, que imponente reclamaba cada centímetro como propio. Luego de empaparse de gallardía, apreciaban en esa danza su extinción”; su extinción utilizando las técnicas impresas en el manual que ahora en mis manos y en el aula puedo comprender.

—El ejemplo siempre es mejor que cualquier explicación —dijo el instructor mientras dirigía a nuestro grupo al módulo práctico, que era como una escena de ficción preparada al detalle, para finalizar así nuestro entrenamiento.

De vuelta al cuartel, después de una agotadora jornada, repasaba satisfecha lo aprendido durante el día. La cantidad de trabajo es exigente, pero su devoción por aprender no tenía límites: esperando como cada día, esta vez los papeles habían cambiado... Ahí estaba él:

—¡Estoy listo, mi instructor!

Era un bombero viejo, de toalla blanca mojada al cuello y guantes de cabritilla...





Mi Palomo bombero

Pablo Andrés Meléndez Meléndez

Cuerpo de Bomberos de Viña del Mar

Cuenta la historia que en aquella época de fines del mil ochocientos y principios del mil novecientos existía en aquella ciudad costera, cuyo cuerpo de bomberos estaba recién naciendo, un noble corcel de color blanco –como aquellos parajes nevados más profundos de nuestra cordillera– llamado Palomo. Palomo brindaba estoicamente la labor más abnegada en beneficio de la población, que ningún servidor público jamás podrá igualar, y se enajenaba al tronar de las campanas para asistir raudamente a todo tipo de emergencia en que fuese necesaria su presencia. Presente en todo momento y con todo tipo de clima, era casi más fiel que cualquier camarada en un acto de servicio protegiendo al necesitado.

Así se mantuvo durante mucho tiempo: al sentir el llamado de aquella gran campana de bronce, Palomo prestaba su humanidad de manera casi mecánica para que las huinchas y trinquetes abrazaran su cuerpo y se convirtiera en el más poderoso y sin igual carro de bomberos que podía existir en esos años, logrando concurrir en pocos minutos donde fuese necesario. Sin embargo, tanta alegría no podía durar, ya que al llegar la modernidad a nuestro territorio algunas cosas fueron cambiando, mutando de la fuerza animal a la mecánica, y quien había servido por varios años fue reemplazado por aquellas enormes –pero serviles– máquinas que llegaron a colaborar con

la más extensa tradición de servicio público que son los Bomberos de Chile.

Así, mi querido corcel fue quedando en el olvido y pasó a ser uno de aquellos veteranos de mil batallas, algunas veces olvidados. Pero todo no termina así: este hidalgo cuadrúpedo, como aún contaba con la fuerza y la destreza de tantos años de servicio, fue vendido a un próspero negociante de lácteos, que cada mañana recorría las calles hechas de adoquines y piedras en aquella gran ciudad costera, repartiendo a la población los exquisitos manjares que producían sus robustas y bien alimentadas vacas: leches frescas y quesos de todos los tipos y aromas.

Sin embargo, el querido Palomo aún tenía en la retina aquella labor que tantos años mantuvo y que nada ni nadie le podía arrebatarse. Un día, en medio de sus nuevas labores lácteas, en una de aquellas mañanas donde la emergencia no se hizo esperar, el cantar del campanario dio aviso de que alguien, en algún lugar de la ciudad, necesitaba la ayuda imperante de los servicios de emergencia. Palomo arrancó sin dudarle, como rayo desde la nube, en una reacción inusitada, casi automatizada, lanzando por los aires a tan distinguido comerciante y a tan preciados productos con el objetivo fijado en no flaquear ante el necesitado y llegando casi inmediatamente a que las cinchas y correas abrazaran ese cuerpo, más viejo, pero siempre dispuesto para servir.





Mi recuerdo en ti

Nicolás Lucero Lazcano

Cuerpo de Bomberos de Peralillo

Hola, mi nombre es Nicolás Lucero Lazcano, tengo 19 años y soy voluntario desde el año 2018. Tuve el agrado de estar entre los elegidos para participar de la mejor experiencia de mi vida... una experiencia que no quiero olvidar y que no quise que terminara: la escuela de verano 2019. Fui parte de un grupo de aspirantes y voluntarios con los cuales formé lazos irrompibles, como aquel juramento de capacitarme hasta cumplir con todo.

Recuerdo que al llegar a la ANB solo fueron sonrisas. Mis compañeros de grupo, el grupo tres. Mi sueño es ser instructor de la Academia Nacional de Bomberos de Chile, y cuando pasé por sus salas me hizo desearlo aún más. Me siento muy orgulloso de haber asistido y conocer gente tan maravillosa como ustedes, los cuales nos capacitan teórica y valóricamente. Como su visión y misión lo dicen, debemos saber para servir. Las aulas y sus simuladores forman parte de nuestro sentir, nuestro saber; más que nada, forman parte de nuestra vida.

A través de este escrito quiero agradecer a todos quienes componen esta familia bomberil, y espero con ansias volver a nuestra ANB, porque ahí

me enamoré del conocimiento, de su gente, de sus lugares. Pasé de ser nadie a tener conocimientos básicos de cómo se originó nuestra labor con el curso BORA, o cómo pedir ayuda a la central y a otros compañeros con el curso de comunicaciones.

Me ocurrió una anécdota. Al llegar me puse a llorar... había estado años antes junto a mi hermano, que en paz descansa, Jesús Simón Lucero Lazcano. Me siento orgulloso de que él fuese mi hermano. Lamentablemente él falleció en diciembre de 2016, ahogado en un tranque de regadío, y los primeros en asistir fueron bomberos. Le agradezco a él por ayudarme y darme fuerzas para seguir, pero quiero agradecer a ustedes, quienes me capacitaron, me educaron y me hicieron ser el voluntario que hoy soy... ustedes no paran de capacitarnos para salvar vidas y bienes.

Creo que ya llegamos al fin de este camino. Mi sueño para la Academia y aspiración es que surjan más cursos y que podamos darle aún más realce a los instructores y funcionarios, cuyos nombres muchos voluntarios olvidan luego de hacer un curso... Gracias ANB y gracias a quienes la componen.





Mi viaje a la ANB

Marcelo Hernán Gómez González

Cuerpo de Bomberos de Viña del Mar

Viajamos toda la noche. La micro era incómoda, pero es lo que se pudo conseguir mi director para viajar a Santiago; es la de su cuñado, que se utiliza para recorrer las poblaciones de Calama. Mi compañero Arévalo, como es gordito, tuvo que venir de pie o sentado en la pisadera de la bajada porque en los asientos no entraba. Pero no importa, esta oportunidad no podíamos perderla ni por nada del mundo y tenemos que aprovecharla completamente.

Esto es de otro mundo; nunca había tenido la posibilidad de usar tanto equipo de respiración autónoma. Los instructores nos llevaron más allá de lo que nosotros creíamos que era posible. Estábamos rodeados por el fuego, pero seguros de que no nos pasaría nada. Hacía mucho calor, pero nadie aflojaba. "Avancen", decía el instructor, y ahí íbamos, de paso en paso. Es impresionante cómo podemos controlarnos y controlar esos fuegos.

La primera noche de entrenamiento casi no dormimos comentando lo que habíamos vivido. Estábamos cansados a morir, pero felices. El segundo día en el campus fue más exigente aún;

los instructores no nos daban tregua, y sacaban lo mejor que teníamos por ahí en alguna parte, guardado. Trabajamos entregando el mil por ciento todos nosotros, para que vean que en el norte le ponemos corazón y garra a las cosas que hacemos y emprendemos.

Al término solo fotos, sucios, mojados, transpirados, pero felices. Lo logramos: salimos adelante con ese sueño que teníamos. El diploma lo voy a enmarcar y a poner en un lugar importante. Me costó, sufrí, pero aprendí. Somos un gran equipo y volvemos a nuestra Calama querida felices. No somos los mismos; tenemos todos una visión distinta de los incendios, de los recursos, del trabajo en equipo. Ahora solo nos queda arreglar nuestras cosas, comer y subirnos a la micro que nos llevará de vuelta a nuestra ciudad. El lunes tenemos que volver a nuestra vida diaria, a trabajar, a estudiar, a ser padres, madres, hijos.

Ya no soy el mismo. El que llegó se va engrandecido por todo lo aprendido en estos dos días. Muchas gracias a la ANB y a los instructores por permitirnos esto.





ZONA DE
SEGURIDAD

CENTRO DE ENTRENAMIENTO



Mis lentes, mi instructor

Erna Nataly Machuca Rodríguez

Cuerpo de Bomberos de Valdivia

Llegar a Santiago desde el sur era toda una aventura. La Academia se veía tan imponente... y creí que en dos días no alcanzaría a recorrer todos sus espacios. Al llegar nos esperaba el bus de la Academia para llevarnos.

Me saqué fotos con cuanto cosa se me cruzó al llegar. En la sala de estar nos entregaron las llaves de nuestras habitaciones, me duché, fui al casino y luego me dediqué a recorrer cada espacio que había, y bueno, me fui a descansar.

Al día siguiente me levanté con mucho ánimo. Me fui temprano al casino; luego fui a la sala a una jornada de mucho aprendizaje. En todo ámbito mi instructor era una persona muy accesible a preguntas. Cabe mencionar que me senté adelante, ya que uso lentes, que en ese tiempo estaban en periodo de adaptación.

Al terminar, con mis compañeros recorrimos las instalaciones, conversamos un poco y a descansar.

Día practico. Nos fuimos al patio con zapatillas y buzo. Después de hacer varios ejercicios tomé

la decisión de sacarme los lentes y dejarlos a un costado y en un lugar visible para todos... menos para mi instructor, que empezó a retroceder paso tras paso hasta que de repente un clic crujió, y fue una mirada de todos sobre mí, y de mí hacia mi instructor. Solo dije "mis lentes, mi instructor...". En cámara lenta vi cómo levantó su bota sobre mis lentes todos quebrados, y escuché decir "lo vamos a solucionar".

El instructor me dijo que el lunes iríamos a una óptica. Fui a dejar a mis compañeros y me fui a casa de mi familia. El lunes llegó y me junté con mi instructor. Fuimos a hacer los trámites y nos dijeron que los lentes se demoran siete días en estar listos. Doce días me quedé en Santiago. Aproveché de conocer un poco, y él se quedó en casa de su familia. Pasamos varios días de aventura hasta la entrega de mis lentes. Eso fue a mediados de septiembre. Yo volví a mi ciudad con una tremenda historia, lentes y un amigo nuevo.





Neblina de invierno

Luis Bernardo Muñoz González

Cuerpo de Bomberos de Punta Arenas

Una noche fría de invierno del año 1991, en la ciudad de Punta Arenas, un sector determinado del barrio 18 de Septiembre se ve abrumado por una gran cantidad de humo que recorre la zona de cerro a playa. Es en ese momento que suena ese tono característico en el interior de la guardia nocturna y sale despachada nuestra compañía en apoyo de algún vecino que requiere de ayuda. Es así que al cabo de tres minutos de trayecto a bordo de un camión Camiva Berliet y luego de apagar “la llorona” llegamos al lugar. Solo se veía gran cantidad de humo saliendo de una casa grande por ventanas, puertas, aleros, etc. Tenía un antejardín cercado por una reja de fierro muy alta, y solo se apreciaba el brillo de las luces del poste que iluminan la calle, que se mezclan con el resplandor azul de nuestras balizas, y un ulular de otras sirenas que estaban por llegar a la emergencia.

Al bajarme de la unidad, una señora en pijama y sin pantuflas solicitaba a gritos que nos apuremos y apaguemos su incendio. Fue ahí cuando me pre-

guntó por dónde empiezo, qué hago, a quién envío al ingreso, en fin, como se dice en la jerga, estaba “atora’o”. Lo único que sabía era quién hacía la alimentación. Por esas cosas, ya había un bombero más antiguo que yo y me asesoró en el qué hacer y por dónde trabajar, pues era una emergencia distinta a muchas en las que he estado, pero se controló. Y esa señora que gritaba hasta el día de hoy coopera con sus bomberos.

Ahora que ya han pasado varios años desde esa emergencia pude aprender del cómo, cuándo, cuánto y por dónde, como también del dónde y del hasta. Conocí el punto de no retorno, el *flashover* y las fases latente, rescoldo, en decrecimiento y en decaimiento, y así sigo aprendiendo en situaciones similares, pero no iguales, a nivel nacional, sea en el campo, en la playa o en la selva de cemento. Son experiencias de vida que hasta el día de hoy replico a mis nuevos bomberos, y el día de mañana mi sueño será contárselos a todos los que quieran trabajar un incendio de noche y en invierno...





Pasaje al centro del fuego

Roberto Parra Iriarte

Cuerpo de Bomberos de Arica

Medianoche en Santiago. El aeropuerto internacional recibe a muchas personas en su viaje a visitar familiares o que están retornando de viajes. Por mi parte, espero un viaje diferente; me encuentro en el camino a los caballeros del fuego, procedentes de diferentes puntos de Chile, para ir a aprender sobre fuego en un reducto de un camino que es muy transitado, pero pocos ven lo que ocurre tras esas paredes blancas. Hay hombres y mujeres, voluntarios, que dejan familias, amores e hijos por aprender más, para ser mejores.

Comienza el peregrinar. Tomamos el vehículo que nos fue a buscar y aprovechamos de conversar y de conocer a aquellas personas que tienen ideales comunes. Cuarenta minutos para mostrar algo de nuestras vidas, cuarenta minutos que en una emergencia no se sienten, cuarenta minutos que nos separan de un nuevo desafío.

Llegamos de madrugada y conocemos los aposentos, y entendemos el privilegio de estar en ese edificio blanco que ha albergado el espíritu indomable

de los bomberos y bomberas del país, mancomunados en su lucha contra el fuego. Se sabe que para poder controlar al fuego hay que conocerlo; es tomar este viaje, con este pasaje a sus orígenes, que en sus ardientes llamas muchos camaradas han entregado su chispa momentánea de heroísmo para quedar encendidos en forma permanente en el corazón de sus amistades.

Comienza la rutina. Recibimos instrucciones y escuchamos las sugerencias, siempre recordando las precauciones, porque hemos sido llamados como los gladiadores de épocas remotas a enfrentar un peligro eminente. Se sabe que tenemos que confiar en nuestros compañeros, nombres que quizás no recordemos, pero aparecen aquellos apelativos, sobrenombres, que empezamos a usar, y comenzamos a enhebrar una telaraña de amistad, porque sabemos que quizás en algún momento estaremos juntos, trabajando con un paño, que para nosotros es una línea de vida, la línea que uno nunca sabe si será la última, pero desde que nacimos fuimos llamado a un noble ideal, y entrenamos para poder desempeñarlo al oír la señal.





Power americano

Moisés Mena Pino

Cuerpo de Bomberos de Valdivia

Nunca pensé que dando el paso para ser bombero mi vida iba a pasar por tantas aventuras y vivencias que me han hecho crecer como persona. Esto comenzó así.

Llegué en pleno proceso de modernización, donde para ser bombero debía manejar muchos contenidos prácticos y teóricos. Cuando partí veía muy difícil y lejano poder lograrlo.

Nos dijeron “finalizados los cursos ya podrás ir a los llamados. Conocerás la verdad y realidad de todo lo aprendido”, y así fue. Orgullosa fui aprobando paso a paso, conociendo a nuevos bomberos y a los instructores ANB (siempre dispuestos a enseñar), quienes nos contaban del objetivo de llegar a certificarnos, y nos explicaban la conexión y coherencia de cada nuevo conocimiento.

Fui al Campus Central con un gran grupo de bomberas y bomberos. Nos hicimos grandes amigos y conformamos un excelente equipo de trabajo. Viajamos cerca de doce horas en bus, con todo lo que eso implica. Llegamos a Santiago y nos esperaba flamante el bus de la Academia. Camino al campus, muchas risas y anécdotas... pero creo que en mi caso eran nervios... y al fondo se veía acercándose el molino de los manuales. Era el Campus Central.

Los del grupo anterior nos dijeron que ni toquemos el yogurt porque se venía fuerte... y fue así. Posterior a eso fue la recepción de nuestros instructores. Me

sentí orgulloso de haber llegado a esta etapa (que veía lejana...): uniforme normado completo, un hotel que olía a nuevo, muchas comodidades... y nos fuimos al simulador. Fue interesante ver cómo íbamos pasando y de manera natural cometiendo errores. Creo que el querer hacer bien la tarea encomendada nos jugaba malas pasadas. Además, ese sol de noviembre también colaboró con nuestro cansancio.

Pero el sólido grito de “Chriiis Aaandres” por parte de uno de nuestros bomberos experimentados nos hizo botar toda tensión (reímos) y avanzamos... terminamos el día. Me tocó compartir la pieza con mi amigo Ramón. Cruzamos dos palabras y no fuimos capaces de más. Fue la noche más corta de mi vida. Programamos y analizamos todo... se venía el examen final. Reconocí mis limitantes, pero también mi capacidad de organización. Fui de OBAC. Elegimos nuestra mejor gente; la Lucecita se robó la película trabajando excelente como pitonera, y vi a Muchacho extasiado por ir en una bomba americana. Aprendimos mucho... sufrimos... y finalmente aprobamos.

De esa aventura y de este logro personal e institucional solo quedan alegrías y agradecimientos. Primero, a mi querido cuerpo, por ser su bombero voluntario; segundo, a la Academia Nacional, quienes generaron estas instancias para convertirnos en profesionales de la emergencia.

Finalizando esta historia, aún sigo tomando cursos y aún sigo aprendiendo. Saber para servir...





Primer día en la ANB

Andrea Arancibia Vidal

Cuerpo de Bomberos de Santiago

Ser bombero no es como pensaba que sería cuando era brigadier, hasta ese día...

Noah había comenzado a realizar la malla profesional de bomberos de la ANB y se dirigía ahí a poner en práctica lo aprendido en las clases teóricas de Control de Incendios.

Era la primera vez que iba a la Academia Nacional de Bomberos. Le habían contado que era enorme; que tenía laboratorios, casino, hospedaje e incluso un centro de entrenamiento con un simulador de incendios. Ocuparlo le hacía mucha ilusión a Noah.

Al llegar, los instructores los recibieron con desayuno, les explicaron las actividades del día y los mandaron a equipar (esto le recordaba mucho a cuando iba a los ejercicios de la brigada juvenil, solo que ahí no tenían un simulador de incendios).

Cuando estuvieron listos los hicieron subir a un carro bomba que no tenía sirenas, por lo que simulaban una con sus voces hasta llegar al simulador, que ya se estaba incendiando (fue muy divertido). Ingresaron y Noah realizó una búsqueda y rescate, agachado, bajo el fuego que sus compañeros intentaban apagar; todo con la guía de los instructores, que los bromeaban y ponían bajo presión. Sabían que estaban seguros, que era una práctica y que se podían equivocar.

Fue como volver a ser brigadier, cuando sentía de pequeño que jugaba a ser bombero, se divertía con sus compañeros y se emocionaba al aprender. Y ese día, ya más grande, más maduro y siendo ya voluntario, en aquel simulador se dio cuenta que ser bombero no era como lo pensaba... ¡era mucho mejor!





Recuerdos y emociones muchos años después

José Luis Reinoso Quintana

Cuerpo de Bomberos de Los Andes

Desde brigadier ingresé a Bomberos. Ya con diecisiete años fui aceptado en la primera compañía y comencé a realizar los cursos básicos, hasta que por gestiones fuimos de visita al campus de la ANB, creo por el año 1997. Quedé maravillado con la cantidad de equipos autónomos que habían; además, para entrar a la casa en el ejercicio que haríamos después cada cual usaría el suyo, algo impensado en ese tiempo, dado que los dos que tenía la compañía eran el privilegio de solo algunos. Eran otros tiempos...

Tras una breve capacitación en un salón salimos a nuestra práctica, todos felices y alucinados con la experiencia. Después el almuerzo y un descanso mirando hacia el río.

El tiempo pasó y no seguí en las filas de Bomberos, pero nunca dejé de amar y respetar la institución, y después de quince años volví, ya más cambiado, más maduro, pero con el mismo ánimo de siempre. Eso sí, volví con temor... fueron muchos, demasiados los cambios en quince años, por lo que debía urgentemente ponerme en campaña de estudiar y conocer lo nuevo.

Curso a curso lo logré; soy bombero operativo... pero debo ir por más, y es acá donde pude volver al campus, esta vez a Fuego en Vehículos.

Cuando estábamos por llegar se me apretó el pecho y un mar de recuerdos volvía a mi mente; recordé a los amigos que estuvimos años atrás y dimensioné los cambios y avances. Cuando bajé del bus y nos guiaron a nuestra sala y camarín me sentía tímido, me sentía sensible, pero con el pasar de las horas ya fue cambiando mi estado... me sentí seguro, me sentí uno más, me sentí parte del equipo; sentí que eso era mío. Me di cuenta de que tuve que aplicar todo lo que nos enseñan los instructores, dominar el miedo. Con seguridad apliqué las tácticas y a la hora de almuerzo no paraba de hablar y reír; la práctica alejó para siempre mis temores y solo quedan los buenos momentos del pasado.

Ya atardeciendo soy aprobado y me saco la foto respectiva para sellar un día cargado de emociones, recuerdos y aprendizaje. Espero volver al campus para terminar mi entrenamiento. Debo ser un bombero profesional...





Recuerdos de un bombero

Víctor Hugo Arellano Sarabia

Cuerpo de Bomberos de Lautaro

Camino lentamente por calle Carrera en Lautaro. Paso frente al cuartel general del cuerpo de bomberos de mi ciudad, me siento en la solera, cierro los ojos y retrocedo en el tiempo. Viajo al año 1977, año en que postulé a la segunda compañía. Uno de mis padrinos era don Santiago Ortiz. Como no era mayor de edad, mi padre me autorizó por escrito para mi ingreso.

La espera fue larga; no sabía si me aceptarían, pero me llegó la carta y me presenté, nervioso. Me recibieron bien: me entregaron mi equipo, una chaqueta de cuero negro, un casco y un cinturón blanco.

—La toalla blanca —me dijeron— se la compra usted.

Tres meses como aspirante y comenzaron los cursos. Los voluntarios más antiguos nos enseñaban a usar el pitón, las dimensiones de las mangueras, cómo instalar la escala y cómo usar el bichero, y ya estábamos listos para combatir a nuestro principal enemigo, el fuego. No conocimos más instructores que el pelado Solar, Parrita, el maestro Urra y el mártir Fernando Acuña, entre otros. Mañosos, pero eran los que sabían.

Conversando con mi hijo Felipe, con diez años de servicio, no tengo ningún parámetro de comparación. Le falta un curso para ser bombero profesional; usa

equipo de protección normado, equipo multirrol y equipo autónomo, y su preparación ha sido dirigida por instructores de la ANB en el Campus Central de Santiago, en el que está ubicado en el sur de nuestro país y en dependencias de nuestro propio cuartel.

Sin abrir los ojos trato de calcular la enorme diferencia de los bomberos de cuando yo ingresé sin ANB y los de la actualidad, con excelente preparación profesional, lo que es muy bueno, ya que el servicio a la comunidad cada vez es más efectivo, más diverso y más exigente.

Sigo con mis recuerdos. Esta es una vocación familiar; en una ocasión, trabajando en un incendio en el parque industrial de esta ciudad, estaba como pitonero, acompañado de mi hijo Felipe, y de repente reconozco la voz de mi hijo Víctor Hugo; le hablé, nos reconocimos y los tres continuamos atacando el fuego.

Abro los ojos. Mi nieto Martín, de tres años, toca mi hombro y me dice: “Tata, yo quiero ser bombero”. Lo tomo de la mano y sigo mi recorrido con la convicción: “Bomberos es una institución única, de servicio, y sus integrantes pertenecen a ella solo por vocación”.

Que Dios bendiga a los bomberos voluntarios.





Relato de un bombero nuevo conociendo la ANB

Javier Altamirano Cárdenas

Cuerpo de Bomberos de Los Muermos

Todo esto partió en el año 2007. Yo era un chico recién ingresando a la compañía de bomberos de mi pueblo, esa que había fundado mi padre junto a otros vecinos hacía ya 19 años. Sin conocimientos ni formación empezamos el camino junto a un amigo, que aún hoy es bombero activo, primero conociendo por qué mi compañía era la número cinco, y después descubriendo que había más bomberos en la comuna, al igual que más carros bomba y cuarteles.

Al poco tiempo de ingreso nos llega la citación a los nuevos para un curso... Conductas Bomberiles. Ya había visto un diploma viejo en la casa que tenía ese nombre, así que pensé que era importante y me preparé. El primer día de ese curso fue toda expectación, ya que había en el salón amigos, caras nuevas, oficiales y una nueva figura que aprendimos a conocer y querer; en su chaqueta decía "Instructor ANB", y nos entregó unos manuales que en la tapa decían "Academia Nacional de Bomberos". Sin saber qué significaba ese nombre, comenzamos, y aquel curso nos aclaró todo; nos abrió los ojos a la realidad nacional, lo que me hizo estudiar más por mi cuenta para entender las fundaciones de las

compañías y los cuerpos de bomberos, lo cual para mí es un proceso muy lindo.

Algunas vivencias en actividades con la ANB que recuerdo con cariño son poder participar en actividades con bomberos de otros países, haberme perdido el partido de Chile versus Brasil en el mundial de Sudáfrica por estar haciendo el curso de escalas y conocer después de años la ANB en Santiago, con sus modernas instalaciones y simuladores de última generación. Hace poco también pude asistir a un curso al Campus Sur de la ANB, que está muy cerca de la compañía. Otra cosa importante que aprendemos en actividades ANB es a cultivar un espíritu de unidad y compañerismo entre cofrades de distintos lugares.

Muchos de los que estuvieron en ese curso de Conductas Bomberiles en el 2007 ya no son bomberos, pero otros seguimos firmes hoy, dirigiendo nuestras compañías y formando a las nuevas generaciones con la misma pasión y cariño que tuvieron los bomberos de antes con nosotros.

La Academia Nacional es un apoyo irremplazable para la formación de buenos bomberos y bomberas tanto en Chile como en Sudamérica.





Relato de un fundador

Juan Francisco García González

Cuerpo de Bomberos de Ancud

Corría ya mediados del siglo diecinueve, época de gente con espíritu luchador, visionaria y con ganas de aportar al crecimiento y seguridad de sus vecinos. En esos momentos hago arribo a este país, desde América Central, con el nombre de Chilenita. Fui testigo tangible de esos hombres que con impulso de manos dieron vida a la institución Bomberos de Chile el año 1852 en la ciudad de Valparaíso. En 1856 también soy parte del naciente en la ciudad de Ancud, dejando atrás a la primera bomba a vapor llegada y que serviría en la bomba americana.

Fui la Chilenita, y, desde 1856, la Americana... hoy han transcurrido 169 años, y con orgullo he visto desde Ancud las actualizaciones en las bombas y la profesionalización en esta institución. Década tras década se evidencia un avance; al principio eran solo bombas a palanca, que fueron reemplazadas luego por motobombas a vapor y posteriormente a combustión interna, las cuales eran tiradas por animales o a pulso con la fuerza de los mismos voluntarios.

Ya en la década de 1930 las motobombas son empotradas a chasis de vehículos para el reemplazo de la fuerza humana o animal, lo cual agrega un apoyo importante en el traslado de materiales de trabajo. Mediado el siglo veinte se incluyó en los chasis un estanque para transporte de agua de 1200 litros y hasta los 2400 litros. A finales de la década de los cincuenta se da impulso a los que hoy se conocen como *carros bomba*.

En 1960 se distribuye en el país una gran cantidad de nuevos y modernos carros bomba de la marca Nissan, con capacidad de 2700 litros, y que, además de agua, en algunos casos contaban con estanque para espuma química y un pitón monitor empotrado en lo alto del carro. No fue sino hasta la década de los ochenta que la industria incluiría, definitivamente, una cabina segura para el transporte del personal, estanques para agua de hasta 3000 litros y gabinetes para el material de trabajo. En la actualidad cuentan con una mejor tecnología, más espacio, más capacidad e incluso estandarización por especialidad.

Junto a todo, he visto el nivel de profesionalización alcanzado en los uniformes: de ser solo hombres de cotona de cuero y casco, pasaron a ser hombres y mujeres cumpliendo con estándares de protección a temperaturas extremas. Vi cómo se pasó de las toallas blancas para el humo a equipos de aire; de tener un pequeño curso en periodos muy extensos, a cursos de especialización en forma constante y de gran contenido, lo cual permite prestar y enfrentar un servicio con la mayor de las capacidades. Además de salvaguardar la propiedad y controlar los incendios, hoy también se acude a emergencias químicas y las que involucran la salud.

¿Qué habrá sido de la bomba Americana? ¡No lo sé!, pero donde esté, de seguro compartimos que el tiempo cambia día a día, que está en cada bombero enfrentar los desafíos del mañana y que no podemos permitir que el denso humo nuble la razón fundamental de nuestro servicio: salvar vidas.





Retorno al Olimpo

Francisco Javier Galaz Larrondo

Cuerpo de Bomberos de Antofagasta

Y así... respiró profundo. Bajó sus armas, se despojó de su casco y miró hacia atrás. Con el viento soplando en su espalda y el calor de las brasas aún en sus pies, retornó fugazmente a sus orígenes, los aprendizajes, las batallas ganadas y continuó.







Saber no duele

Patricio Vergara Sotelo

Cuerpo de Bomberos de Machalí

Cuando caminas por la calle nadie se pregunta por tus competencias. Nadie te insta a mejorar lo que haces hasta que estás involucrado en una determinada tarea. Si compras un artefacto eléctrico esperas que el vendedor tenga conocimientos técnicos del artículo, o a lo menos sepa dónde preguntar, y muchas veces nos frustramos porque eso no sucede. Imagina eso en una emergencia con vidas en juego.

Cuando más joven observaba las tareas que realizaban los bomberos. En cada actividad me fijaba en su entorno y me preguntaba: ¿sabrá lo que hace? ¿Son las técnicas o herramientas que utiliza las más eficaces? Incluso algunas veces (por un errado criterio) era parte de la gente que opinaba al respecto.

Así, una vez fui incentivado a ingresar a las filas de esta hermosa institución, y lo primero que me indican es que aprenda de la historia...

Ufff. Me encanta leer, así que acudí a los libros y material disponible de la ANB, a recopilar otras historias por internet y, lo más importante, escuchar

enriquecedoras experiencias de nuestros voluntarios honorarios y de otros con mucha experiencia.

Después de seis meses de aprendizaje fui aceptado por la compañía, donde lo más importante es un trabajo unido y con bases firmes en la seguridad de cada emergencia, lo cual implica ser disciplinado y tener una gran constancia en el aprendizaje. Me enfoqué a adquirir conocimientos de distintas materias y especialidades, logrando ser un bombero operativo en menos de un año. Aproveché cada rincón de los salones de la Academia y del cuerpo, e insté a mis oficiales a inscribirme a cada curso que dispusieran para la región; incluso pernocté en guardias de otros cuerpos durante fines de semana, y motivé a mis cofrades para que siguieran esta senda donde el saber no duele, donde un error puede ser fatal. Hoy ya no basta con ser valiente: hay que saber hacer. Sobre todo con las actuales condiciones de pandemia necesitamos estar más preparados. Así es como seremos mejores bomberos.





Sentí su dolor

Karen Vidal Miranda

Cuerpo de Bomberos de Punta Arenas

Nuestra Academia. En ella conocemos cofrades de todo el país, con los cuales compartimos parte de nuestras culturas según nuestra región de origen, y creamos lazos muchas veces indisolubles. No vamos a veranear, sino que nos vamos a exponer a grandes presiones, pero es un punto de convergencia que nos atrae y enorgullece. En la Academia trabajan además colaboradores con los cuales también se crean lazos, pues viaja tras viaje vas compartiendo con ellos, y de igual forma pasan a ser parte de la gran familia bomberil, aunque a veces no les sepas ni el nombre.

El punto de encuentro en horarios libres es nuestro muy apreciado espacio alrededor de la palmera donde repasamos las materias a estudiar y conversamos de la vida y de la muerte. Una tarde cualquiera estábamos en ese horario de descanso con Cristián Contreras, coterráneo, cuando de pronto un grito nos alertó: “¡Auxilio, ayuda en la cocina!”. Rápidamente corrimos hacia la cocina, pero al llegar no lográbamos avanzar, pues el piso estaba cubierto de agua aceitada y tallarines. Nos gritaban “¡se quemó, se

quemó!”. El panorama no era alentador: la señora que trabajaba en la cocina se había quemado desde los senos hacia abajo, pues se le dio vuelta sobre su cuerpo una gran olla con agua hirviendo. Estaba literalmente escaldada. Rápidamente le brindamos primeros auxilios y pedimos una ambulancia para su traslado. Debió acudir la ambulancia de Talagante, la cual demoró, según yo, una eternidad. Mientras tanto le dimos contención, aunque nada era suficiente para ese inmenso dolor. Finalmente fue trasladada y no supe más de ella.

Saber disociarme de las emergencias y los involucrados es algo que he trabajado muy bien porque es justo y necesario por salud mental, pero en esta oportunidad no pude. En uno de mis viajes siguientes pregunté por ella, y me enteré de que se llama Gladys, que se recuperó bien y que ya no trabaja en la Academia. Me hubiese encantado verla y abrazarla, porque el día de su accidente mi desesperación por mitigar su cruel padecimiento fue tanto que, sinceramente, sentí su dolor.





Tardanza forzada

Melannie Garrido Retamal

Cuerpo de Bomberos de Ñuñoa

En mi mente sonaba una canción de persecución al bajarnos de la micro; la Mariluz estaba preocupada porque llegaríamos tarde. Tuvimos que correr lo más rápido posible. Cruzamos la calle con nuestros equipos como un basilisco, sí, esos lagartos que corren con sus brazos extendidos por la superficie del agua.

Comenzando la clase observo a mi teniente. ¿Cómo le digo? ¿Mi teniente o mi instructor? Tardé un poco en volver a reincorporarme. Nos comenta sus experiencias de Entrada Forzada. Pienso en lo importante que tu instructor cuente sus anécdotas o incluso sus errores para no solo entregar una formación base, sino que también una confianza en nosotros mismos. Francamente, cuando leo los manuales de la ANB es como una película realizando los procedimientos. Me fascina cuando llega el día del entrenamiento práctico; el tener la posibilidad de simular lo que está ahí escrito es impagable. Volvemos el viernes...

...esta vez nos acompaña nuestro cofrade Cloro. Ya nos bajamos y caminamos como chicas distinguidas en honor al tiempo. Helados por todos lados, un árbol y llanto. Nos acercamos con cuidado para no incomodar al chico.

—¿Qué te pasó? —le pregunto.

—Me robaron toda la plata —contesta apenas recuperando aliento.

—¿Quieren helados, niñas? —nos pregunta Cloro con una voz enérgica. Ambas asentimos con la cabeza y le paga con un billete de veinte mil pesos.

—Quédate con el vuelto.

Tardamos varios minutos en animarlo y ayudar a que se levantara. Nos despedimos para nuevamente correr como los lagartos que les comenté. Veinte minutos atrasados. El teniente tarde o temprano nos preguntaría por la tardanza, pero al parecer nos vio tan afligidos que solo nos entregó una mirada de decepción cómica.

—Los superbomberos no existen. Para realizar un buen trabajo este debe salir de su bondad —expresó un instructor.

No pude evitar recordar al chico de los helados, y la bondad y preocupación de mis compañeros. En ese curso no solo aprendí académicamente, sino que también forjé mi afinidad con ellos y comprendí la responsabilidad de la familia del voluntariado.





Tesis

Flavio Sepúlveda Troncoso

Cuerpo de Bomberos de Angol

6 de enero de 2014; luego de unas excelentes vacaciones alejadas de la gran ciudad, Elián comienza su retorno por los caminos serpenteantes de polvoriento suelo, disfrutando el aire puro que rozaba su cara y despeinaba su cabellera, curva tras curva, árbol tras árbol, goce eterno de pureza y calma que de golpe culmina al llenarse en una bocanada sus pulmones de un sabor amargo y rugoso.

Abriendo sus ojos contempla el mismísimo infierno: su ciudad se encontraba rodeada de fuego. El cielo azul de sus vacaciones había desaparecido y se transformaba en un marrón impuro y sucio. Lenguas de fuego se acercaban al transporte en el que iba y él tan solo podía mirar...

Quedó en su mente ese sentimiento; esa angustia de no saber qué hacer al respecto.

Pasados los días y ya sabiendo qué hacer, Elián se dirigió a un edificio maltratado por los años. Quería ser bombero.

Así comenzó su travesía. Cualquiera pensaría que al momento de presentarte saldrás a alguna emergencia, pero no es así: Elián fue citado y presentado como aspirante, él y seis jóvenes que quizá poseían

su misma pasión. Ese mismo día los reunieron y el bombero designado para su instrucción les preguntó por qué querían ser bomberos. Muchas respuestas se oyeron: "Tradición familiar", "quiero ayudar a las personas", "mi abuelo fue bombero en tal parte"... y la respuesta de Elián fue "no sé". Nunca se lo había planteado. "Solo me nace estar aquí", continuó. Solo se llenó de miradas vacías.

Desde aquel día intentó encontrar su respuesta en cada curso al que asistió. A cada instructor que impartía le hacía la pregunta, intentando, tal vez, ensamblar sus ideas, disolver esas miradas vacías o tal vez encontrarse a sí mismo...

Siete años pasaron desde su iniciación, y ahí estaba, en la imponente torre blanca coronada y soñada, con el que podría ser el mismo grupo de jóvenes de miradas vacías, en camino a su tesis, a su encuentro final; se equipan, entran al cuartucho y desde afuera se escucha una voz potente que exclama: "¡Enciendan el simulador!".

Las paredes se encienden, actúa, trabaja; nació para eso. Mira a los "ojos vacíos" y eran distintos: cálidos y de perpetua juventud. A gritos les llama la atención y les dice: "Ese sentimiento que aflora ahora en ustedes fue mi motivación para ser bombero".





Un bombero, mil historias

Patricio Calderón Sánchez

Cuerpo de Bomberos de Putaendo

Todo bombero tiene su historia.
Todo cuartel se llena de historias.
Toda unidad tiene huellas de historia.
Todo uniforme huele a historia.
Escuchar una historia de un bombero es ponerse su traje.
Pensar qué pasa por su cabeza para arriesgarse por otros es pensar que están locos.
Pero no, ellos no están locos; solo están muy bien capacitados y entrenados.
Cuando ellos comentan dónde se capacitan, no les creen. No creen que cuenten con las mejores instalaciones. No creen que sufran en las capacitaciones.
Pero sufren para ser los mejores. Y lo peor es que disfrutan ese sufrimiento.
¿Por qué? Solo ellos lo entienden.
Entienden que al momento de una emergencia no pueden titubear; tienen que demostrar seguridad y dar más de lo que su cuerpo le permite.
Y el fin es uno solo: ser un loco bombero con mil historias.





Un extraño sueño digno de contar

Liza Villanueva Bono

Cuerpo de Bomberos de Santiago

Desperté en un lugar que no reconocía. Podía sentir la brisa de la costa rozar mis brazos; los árboles movían sus hojas armónicamente y mi piel comenzaba a erizarse ante el escuálido frío de la mañana. Me encontraba caminando por un vasto terreno con construcciones extrañas, y sobre mi espalda cargaba una pesada mochila con un misterioso mensaje: "Esto puede salvar tu vida".

No sabía en qué año ni en qué lugar estaba. Podía ver personas con unas especies de armaduras muy excéntricas, parecidas a la que vestía sobre mi cuerpo; algunas eran negras, y otras de colores. Algunos tenían sobre sus cabezas cascos blancos, rojos o negros. Varios de ellos cargaban la mochila que, extrañamente, tenía yo. Podía apreciar desde lejos el sudor en su piel, sus mejillas coloradas y el color carbón. Observaba claramente cansancio en ellos y ellas, y aunque no puedo imaginar qué es lo que hacían, estaban felices a pesar del agotamiento, y reflejaban exaltación en sus rostros.

Sigo caminando y voy viendo torres, algunas altas, otras más bajas, y casas de un aspecto muy peculiar. ¡Es un como un gran ejército moviéndose de lugar en lugar! Llego al final y, vaya sorpresa, ¡veo fuego, humo y autos desarmados y destruidos! Veo agua saliendo por las mangueras más grandes que he visto, y por detrás logro ver luces rojas acompañadas de un estruendo de sirenas. De repente, y de forma misteriosa, se ha paralizado el movimiento de las personas.

Es hora de volver. Las mujeres y los hombres comienzan a retirarse sus armaduras. Ordenados van moviéndose a otro lugar, guiados siempre por un líder que los acompaña. Los comienzo a seguir por un pasillo de ladrillos rojos y paredes claras. Frente a mí, una gran torre blanca con pequeñas ventanas se impone al cielo. Sigo adelante, y a mi derecha, por el largo pasillo, veo ventanillas semicirculares; en ellas puedo apreciar de cerca el sudor de las personas, pero, ¡qué extraño!, están intactas, tan agotadamente felices que no lo puedo comprender. He llegado a una sala circular rodeada de vidrios, y puedo apreciar un hermoso conjunto de árboles acompañados de las nubes que salen por detrás la cordillera, junto al agua que se refleja a través de los cristales. Todos ríen, conversan y se saludan entre ellos. Ha cambiado la forma en la que se encontraban afuera; ahora todo ha dado un vuelco inesperado, y ya no aprecio a las mismas personas del exterior. Es como si ese ulular de la sirena hubiese anunciado algo que mi cabeza no podía comprender.

Suena el despertador y me doy cuenta de que ha sido un sueño fascinante al que quisiera por un momento regresar, y así resolver el misterio de aquel extraño lugar.

Son las 12:00 y suena la sirena del cuartel de bomberos cerca de donde vivo, y por una fracción de segundo he vuelto a aquel sueño, pero esta vez despierta.





Un incendio forestal muy especial

Mauricio Estrada Toledo

Cuerpo de Bomberos de Concepción

Era ya media tarde cuando la central informa que se declara alerta roja por un incendio forestal de grandes proporciones en el puente 4, un lugar rural de Concepción. En eso la central abre el base y suelta los tonos. El capitán y los voluntarios Garcés, Pérez y González nos encontrábamos en la compañía. Estos bomberos habían llegado desde Santiago del primer curso dictado por la ANB referente a incendios forestales.

Al salir de la zona urbana de Concepción e ingresar al sector Los Puentes podías ver a lo lejos el resplandor del fuego, y la adrenalina comenzaba a fluir por tu cuerpo. Llegamos entre cerros a un lugar donde pocas casas habían; antes de comenzar a combatir el incendio teníamos que abastecernos y llenar el carro forestal con agua, por lo que ocupamos una piscina de un vecino. Así fue que conectamos los chorizos uno a uno, para después instalar la alcachofa y dejar un cordel como línea de seguridad, tal cual nos habían enseñado en la ANB.

Al estar listo el carro, el capitán indica al voluntario González: “¡Rápido, desconecte los chorizos y desarme!”. González obedece la orden y sin pensarlo se coloca en la orilla de la piscina, dándose un piquero. Todos quedan atónitos, porque en la Academia nos habían enseñado la maniobra, que era tan fácil como

tirar el cordel de seguridad y alcanzar los elementos de abastecimiento. El voluntario González llega al lado del capitán y le dice “¡cumplido, mi capitán!”. Entre el asombro, todos comenzamos a reírnos, ya que este estaba empapado de pies a cabeza.

Una vez listos, el capitán da nuevas órdenes, ya que el fuego va avanzando hacia las casas por un bosque.

—¡Vamos a trabajar haciendo unas líneas de contención usando solamente pulaskis! ¡Sin separarse!

Así nos internamos en el bosque, donde la oscuridad era plena. Solo con el resplandor del fuego a lo lejos nos podíamos ver los unos a los otros. En medio del silencio escuchamos una voz gruesa y fuerte que nos grita “¡vengo a buscarlos!”. Inmediatamente nos giramos a ver quién era; un hombre alto vestido de negro, con capucha y una guadaña en la mano. Pude sentir hielo corriendo por mi espalda y las piernas se me volvían lana, y pensé: “Nos llegó la hora... la muerte viene por nosotros. Esto no nos lo enseñaron en la ANB”. Todos quedamos en silencio, hasta que de mi interior salió una voz quebradiza y dije “¿a dónde nos quiere llevar?”. El personaje grita: “A mi casa, para que la mojen y no se queme, ya que con la guadaña corté un poco el pasto, pero no puedo solo”. En ese mismo instante el alma me volvió al cuerpo.





Un llamado

Cristián Mauricio Vargas Rozas

Cuerpo de Bomberos de San Clemente

Al abrir los ojos comienzo a reconocer mis alrededores. Están mis cofrades. Unos parecen preocupados y otros solo me miran con sus ojos cristalinos, casi sin pestañar. Yo estoy tranquilo, sin entender cuál es la angustia, ya que acudimos a un 10-4, pero sin mayores inconvenientes. Pudimos rescatar a cada uno de los integrantes de esa familia que solo acudía a una reunión familiar en este día con mucha niebla, pero en este sector cordillerano es normal para nosotros.

Llegamos al lugar pocos minutos después del llamado, unos pocos en el carro y el resto en nuestros vehículos particulares, informando a la central. Recuerdo que comenzamos a planificar el rescate junto a mi capitán mientras que mi voluntaria tomaba los signos vitales de cada ocupante. Todo normal y tranquilo.

Es grato y me siento orgulloso de cuando rescatamos a una familia y todos están bien, sin nada grave en su salud. Comenzamos con los dos niños mayores junto a sus padres, tranquilamente, para que ellos también estuvieran más tranquilos y no asustaran más a los niños.

Mis voluntarias, junto a mis tenientes, abrigaron a los niños y limpiaron sus rostros como si fueran sus hermanos pequeños. Mi director estaba, como siempre, hablando mucho, y dando tranquilidad a los padres; de que sus hijos estaban bien, incluyendo al más pequeño, que estaba en su silla, al cual me acerqué y lo primero que vi fue su lágrima que corría por su mejilla, y solo le hablé como si fuera

mi hijo. Aunque ellos están ya grandes, sigue uno como padre viéndolos pequeños.

Este pequeño de tal vez dos años se comenzó a calmar y se fijó en mi casco, y con eso lo entretuve para ver si tenía algún daño por el volcamiento y choque contra esa baranda metálica. Gracias a Dios no tenía nada, salvo algunos rasguños y el susto del momento. Nunca me soltó mis dedos, y cuando ya lo tomé en brazos, él me apretó fuertemente, como si yo fuera su protección.

No entiendo por qué están todos tristes, si una vez más cumplimos con nuestro emblema y sin buscar ser reconocidos por nadie, salvo nuestras familias.

—¿Y usted quién es? —le pregunto a mi voluntario, al cual no reconozco, salvo que su uniforme es igual al mío.

Tal vez es un honorario que no conozco aún, no lo sé, pero me extiende su mano y me levanta fuertemente, me abraza y sin ninguna palabra puedo ver en su rostro que está orgulloso de nosotros por seguir el legado que un día él comenzó o realizaba con ímpetu.

Aún estoy intrigado de si todo salió bien. Se siente un ambiente triste y nadie dice nada, y mi honorario no me suelta y me sube al carro nuevamente. Las sirenas suenan, pero solo él y yo estamos sobre el carro, y mi familia bomberil solo llora.

Salimos a un nuevo llamado, pero mi carro sube al cielo y veo a miles de bomberos con diferentes uniformes que me saludan, y sé que ahora soy mártir.





Un velador oportuno

Óscar Torres Ojeda

Cuerpo de Bomberos de Achao

Dos de la madrugada de una oscura noche de invierno. La lluvia y el viento, típicos de Chiloé, arreciaban sobre las casas, generando grandes olas en el mar adyacente al pueblo. Era tan fuerte el sonido del temporal que pocos escucharon la alarma que daba cuenta de un 10-0 en una de las casas más grandes y antiguas. Pedro se levanta raudo, se coloca su casaca de cuero, su pañal al cuello, botas y casco, y sale a la emergencia. Sus piernas temblaban y mientras corría sentía la boca seca producto de la emoción del primer incendio; hace poco había entrado al voluntariado.

Las llamas iluminaban el cielo, y la gente, desesperada, gritaba pidiendo ayuda. Todo era una locura. Lo peor es que los vecinos decían que en la casa habitaban dos abuelos. El rostro de Pedro mostraba su temor, pero se repuso al escuchar la madera crepitar bajo el fuego. Los vidrios comenzaron a reventar y Pedro, que no sabía qué hacer, ayudaba en el retiro de las cosas. En ese momento dijo al vecino que estaba en el segundo piso de una

casa y tiraba sus muebles por la ventana: "Tíreme algo", y el vecino, entre nervios, le lanza un colchón y un velador que terminó instalado en su cabeza.

Fue el primer accidentado en el cuerpo de bomberos, pero salió invicto del hospital donde había llegado inconsciente. Dado que por no tener formación no podía trabajar como bombero, prometió capacitarse, así que ese mismo año solicitó autorización para asistir al Campus Central para conocer, trabajar y aprender.

Pedro asistió a los primeros cursos que se dictaron para la provincia. Al llegar a la Academia le enseñaron desde protección personal hasta rescate vehicular; pasó también por la casa de humo y otros simuladores que la Academia tenía en aquel entonces. Hoy en día Pedro ha terminado sus cursos y es bombero profesional. Asistió a la Academia en un par de ocasiones más y trabajó en diferentes módulos. Así que, gracias a un desafortunado accidente, pudo aprender de los instructores de la Academia y transformarse en un caballero del fuego.





Una amistad forjada a fuego

Jaime Alberto Pérez Riveros

Cuerpo de Bomberos de Santiago

Dedicado a mi gran amigo, Pedro Peña Ampuero.

Dicen que para lograr un perfecto temple en el acero hay que trabajarlo a una temperatura que logre el blanco perfecto en el metal, lo que requiere de mucho trabajo en la herrería. Así se logra la materia prima perfecta que da vida a una de las más nobles armas de la historia, la *katana*; una espada japonesa fabricada mediante un elaborado método de calentamiento reiterado en el que se pliega y une el metal.

Cuando uno reflexiona, la amistad entre camaradas de compañía se teje día a día igual que esta noble arma, con cuidado y dedicación, sin pensar que en algún minuto esta se quebrará. Porque la vida es así: uno nace, vive y muere, pero en el caso de los bomberos se suele contar que la vida no termina ahí. Puede ser, ya que sigo sintiendo la presencia de mi gran amigo en el cuartel. Echo de menos ese consejo pequeño que era el detalle perfecto para llegar a ser mejor camarada, heredero de tradiciones únicas de nuestra Academia.

Aun así no logro asimilar que ya no estará entre nosotros, y en mi segunda guardia sigo pensando que esto algún día terminará y volveremos a ser como antes, alegres y solidarios con el prójimo, camaradas de incendio, de reuniones interminables en veladas que son propias de la vida de cuartel.

La pérdida abrupta de un cofrade que parte a los cuarteles celestiales sin avisar sorprende y desgarrar. Es una pena tremenda, casi insostenible, y entre mi

guardia semanal trato de buscar un lugar solitario para desencadenar un llanto de dolor y tristeza; es una melancolía que te acompañará toda la vida.

Pero volviendo al significado de la *katana*, he logrado comprender, y con mucha claridad, que la amistad se forja como el metal y crea un lazo irrompible, un verdadero trabajo de artesanos. Lleva un largo tiempo, entre golpes y fuego, calentar el hierro para lograr un resultado prácticamente inexplicable en su calidad y dureza, con un filo único, defensor de una tradición única en nuestro género.

Solo pienso en un tributo silencioso que es mi mejor aliado en este instante. La vida no para. Al otro día nos damos cuenta de qué tan cruel es este minuto, y doy gritos en silencio para que pare esta urbe, que no logra comprender mi pérdida, pero con el tiempo se convierte en un bálsamo que logra suavizar el pasar de los días, pero sin caer en el olvido... aunque en las noches pienso que terminará y volveremos a estar juntos, compartiendo la querida máquina, sé que solo es un deseo que jamás será cumplido. Me quedo con el consuelo único de que siendo cofrades disfrutamos en la compañía; es lo único que puedo entregar con todo mi corazón y esfuerzo. Trabajo duro en días y noches frías de inviernos interminables, uniformes mojados secados por esta brisa primaveral y calor envolvente en incendios de verano, que logran unirse como el metal, dado vida a tan noble y tradicional espada oriental.







Una caída hacia el futuro

Gerardo Méndez Moraga

Cuerpo de Bomberos de Nueva Imperial

—Vamos, hay que apagar el fuego!

—¡Está avanzando por el sector norte del galpón! ¡Mi capitán! ¿Qué hacemos?

—Sigán con los baldes y avancen por el sector izquierdo del galpón. ¡Cúbranse la nariz y la boca con la toalla! ¡Todo el mundo con su casco y chaqueta!

Eso fue lo último que escuché antes de entrar al galpón junto a mis compañeros. El fuego tenía casi la mitad del galpón consumido. Entramos con los baldes a buscar a una de las mujeres que trabajaba en labores de costura. Avanzamos pegados a la pared izquierda; había tanto humo que tuvimos que avanzar de rodillas para poder respirar. Llegamos a una escalera en la esquina izquierda del galpón y escuchamos un grito desgarrador de la mujer, y subimos por esa escalera en llamas en su búsqueda. Llegamos arriba ya sin agua en los baldes. Seguimos avanzando por el pasillo, y estaba todo lleno de un humo negro y denso. No se veía nada, pero sí se escuchaba a la mujer que nos pedía ayuda. Le indiqué a mi compañero que esperara en el borde que da hacia la escalera y fui en busca de la señora.

Corrí como pude entre el humo, siguiendo los gritos. Tomé a la señora de la mano y la saqué con todas mis fuerzas. Llegamos donde mi compañero, bajamos por la escala y... ¡sentí como nuestros cuerpos caían junto con la escalera!

—¡Vamos, vamos muchachos! Van a llegar

atrasados al curso de Control de Incendios. Suban al bus.

Me senté junto a un camarada de Cherquenco. Para él también es su primera visita a la Academia Nacional de Bomberos; este es el último curso que ambos tenemos que realizar para ser bomberos profesionales.

Desperté siendo arrastrado por mis compañeros fuera del galpón. Me siento mareado y veo mucha sangre. Hay mucho humo aún. Me gritan cosas... no logro entender qué pasa. Veo a lo lejos a mi camarada y a la mujer.

Llegamos a la ANB. Para mi sorpresa, es enorme. ¡Parece un hotel de cinco estrellas! Nos formaron y nos dieron las instrucciones para comenzar el curso. Me siento muy honrado de aprender los valores que aquí me han enseñado; quizás uno nunca les toma el peso a los valores de la institución hasta llegar a un momento como este. Pienso en la fortuna de que todos los bomberos tengamos la posibilidad de estudiar para ser mejores profesionales de la emergencia.

—¡Me toca entrar al simulador como pitonero! ¡Qué emoción!

Veo un hombre con bata blanca y un serrucho. Creo que llegó mi hora. Qué hermoso fue ver lo que viene para los bomberos chilenos. Ya no me salen las palabras; tampoco logro entender lo que dicen. Solo siento tranquilidad y paz porque soy parte de esta historia que tiene un futuro prometedor.





Una ígnea revelación

Nicolás Matías López Bustos

Cuerpo de Bomberos de Iquique

La pregunta inevitablemente resonó en mi cabeza mientras veía una ola de fuego venir hacia mí. El tiempo se detuvo por unos segundos, y en cámara lenta vi cómo desde el fondo de la oscuridad del lugar nacía un pequeño foco que, en cuestión de segundos, se transformaba en esta gran ola que crecía por las paredes y se movía por el techo del galpón, iluminando todo el lugar con una luz anaranjada e hipnotizante. Quedé atónito, estupefacto y boquiabierto, vomitando sinónimos hacia el techo; no podía desprender mis ojos de aquel magnífico espectáculo que se desarrollaba frente a mí. Y yo ahí, en palco de platea, con una vía de 50 mm presurizada y con el clásico pitón Protek en mis manos, completamente solo en la garganta de aquel galpón.

—¡Abajo, amigonao! —me alcanzó a gritar un voluntario de mi compañía mientras me tomaba del arnés del ERA y me tiraba hacia el suelo— ¡Cómo tan amigonao! Entrai solo y te quedai mirando el techo, materia ingenua e inexperta de cría de ave galliforme accedido de forma impropia² —me gritaba mi simpático compañero, pero gran bombero, mientras se posicionaba con la vía para hacer un ataque ofensivo.

Rodilla en suelo, y atiné a ayudar a mi pitonero. Mientras daba paño, volvió a mi mente, de forma súbita y generalizada, aquella pregunta que resonaba en mi cabeza al entrar al galpón: “¿Qué es el fuego?” y “¿qué es la llama?”... En cada tramo de paño que facilitaba, recordaba momentos de lo que fue mi escuela de formación y lo perfecto que resultó tener

el curso de Fuego Básico al principio, y haber terminado mi malla profesional con el curso de Control de Incendios en el gran campus de Talagante. El calor en el galpón era insoportable, pero extrañamente me sentía bien, como cuando subimos al Campus Norte en Pozo Almonte y practicábamos equipados a pleno sol, pero sabiendo que después nos tocaba una contundente cena con las tías del casino.

Suena mi alarma de baja presión y regreso mentalmente al galpón; divago en lo molesta que era esa alarma, pero no tan molesta como las preguntas del amigo Petro, mi compañero de escuela y nada menos que la tercera antigüedad de la generación 2019. “Sabido para servir”, los instructores atendían con paciencia vocacional todas sus dudas y respondían con experiencia y conocimientos científicamente afianzados. Le indico a mi simpático pitonero que voy a salir a cambiar cilindro, que otro voluntario amigonao, situado más atrás en la línea, me reemplaza.

Mientras voy saliendo de la panza de ese galpón, sigo recordando al amigo Petro y sus hilarantes preguntas. Entre el humo, las alarmas y el agua en mis botas, me asalta un *flashover* mental, digno de la sabiduría del amigo Petrowitsch, solo que esta ignición intelectual se me reveló antes que a él; y pensé en lo curioso que resulta que el agua enfríe y sofoque al fuego a pesar de estar compuesta por oxígeno, comburente por excelencia, e hidrógeno, un poderoso gas combustible... ambos, elementos químicos presentes en las teorías del triángulo y del tetraedro del fuego.



Una vida al servicio

Juan Pablo Cuevas Fuentes

Cuerpo de Bomberos de Temuco

Juancito nació por ahí un 17 de julio de 1992 en la ciudad de Temuco, en el sector poniente, donde la población aumentaba de manera considerable. Juancito es un joven de trece años con una gran misión en el corazón; ayudar sin importar a quién y sin nada a cambio. Es ahí que se ve dentro de la gran familia séptima.

¿Cómo pasó? ¿En qué momento? En un pestañear largo, en un segundo, observa un carro sorprendente con una gran escala sobre su techo, como los que anhelamos cuando pequeños, ¡especial...! Y ese carro se encuentra en su compañía, prestando hermoso servicio a la comunidad.

A sus dieciocho comienza su vida bomberil con deberes, obligaciones, compromiso, responsabilidad y, lo más importante, corazón. Pasa el tiempo; un año, dos años, tres años, y no dejaba de capacitarse... hasta que un nuevo reto llega a su vida, llamado Academia de Bomberos. La Academia era respetada por algunos y temida por muchos.

Con una sensación inquietante que perturbaba su pensamiento de aprobar, Pol, como lo llamaban sus

camaradas, decide ir con todo; de módulo a módulo, de pregunta a pregunta, y de casos fáciles a otros que empeoran de un momento a otro. Su cara no aguanta el rostro de "todo está bien".

Esa capacidad de análisis, y la palmada en la espalda, hace sentir a Pol más perturbado, y escucha: "Estoy para capacitarte de la mejor manera y para hacer que no repruebes el curso, aunque tenga que buscar la forma más extraña para que entiendas". Ante esa frase, Pol no se da por vencido y lo da todo con esa frase tan significativa escrita en su corazón.

Pol ahora asiste a emergencias como un gran caballero del fuego, y con la capacidad de análisis y de organización, delegando y observando, y dando un gran ejemplo para muchos con la misma pasión de seguir capacitándose.

Hace un tiempo decidí ser parte de este gran equipo con otra gran misión en el corazón: "Capacítate de la mejor manera y hacer que no repruebes el curso, aunque tenga que buscar la forma más extraña para que entiendas". Ahora soy yo quien te lo diré con una voz de aliento y una palmada en tu espalda.





Valdivia, mi vida y mis bomberos

Humberto Elliot Aguilera Fernández

Cuerpo de Bomberos de Valdivia

Casco metálico, casaca de cuero, *jeans*, botas de goma y la infaltable toalla blanca marcaban la tenida perfecta para usar cuando escuchaba el ulular de las sirenas de los cuarteles. El carro bomba Nissan F650 tenía su recorrido para pasar a buscar a los bomberos, que alertas esperábamos en una esquina acordada con anterioridad. Literalmente nos colgábamos de la bomba en el abordaje y a veces ni siquiera sabíamos dónde era la emergencia...

La experiencia de vida bomberil se transmitía de generación en generación con disciplina, buena voluntad y mucho respeto...

La gran mayoría de los voluntarios antiguos eran los grandes académicos bomberiles, doctorados en los incontrolables incendios industriales y en las grandes emergencias de catástrofe natural que sacudían a nuestra ciudad...

Pero debo decir y contar que nada fue en vano. La pasión por salvaguardar la propiedad y proteger la vida humana se acrecentaba en más hombres que continuaban heredando desde aquellos años las lecciones del gran incendio de Valparaíso.

Si pudiste percibir, dije "hombres"... eran tiempos pasados que no permitían que la mujer pueda integrar la institución. Hoy, en estos tiempos de modernidad, Bomberos ha crecido en todo aspecto, y las mujeres han asumido protagonismo en todo el ámbito bomberil. Los carros bomba son elegidos de acuerdo a la necesidad y especialidad, y los docentes de nuestros

tiempos te dan la posibilidad de perfeccionarte en lo que sea tu ámbito.

Hoy, el hombre y la mujer que quiera ser parte de este servicio voluntario basta con que apruebe la malla curricular que dicta la gran Academia Nacional, formadora de bomberos, la misma que en aquellos tiempos la otorgaba la vida de cuartel con la experiencia de los antiguos voluntarios insignes.

Sigamos compartiendo la vida con este ideal. No todas las personas tienen un corazón dispuesto para ayudar al prójimo. Debemos ser sociales, altamente comunitarios, fuertemente serviciales y esencialmente creíbles para que, en el tiempo en que estamos viviendo, podamos sembrar con semillas de todas las variedades que puedan engalanar nuestra institución bomberil con una diversidad de colores... los colores que nos gustan, y que nuestros frutos crezcan con las fuerzas de la entrega y del servicio desinteresado.

No hay mejor alimento para el corazón y para la vida que el sentirse útil en la sociedad; sentir que con tu ayuda puedes aliviar y acompañar el dolor del hermano o hermana...

En cualquier compañía de nuestro largo país, intégrate junto a nosotros los Bomberos de Chile y verás que con disposición, perfeccionamiento y respeto podemos cambiar, podemos mejorar y dar más vida, más fuerza, más paz y más amor al mundo que hoy estamos viviendo... ¡No te arrepentirás!





Viaje de experiencia

Sildo Mauricio Díaz Wooldrige

Cuerpo de Bomberos de Castro

Cruzando el canal de Chacao hacia la Academia Nacional de Bomberos para un curso de instrucción, mi amigo se vuela y no se da cuenta de que el transbordador llegó y el bus partió. Lo llaman por teléfono y la respuesta es:

—No se preocupe, mi comandante. Voy en un camión.





Visita en la ANB

Gustavo Alonso Poblete Sáez

Cuerpo de Bomberos de Rancagua

Hola, soy bombero de la Quinta Compañía de Rancagua. Bueno, mi pequeña experiencia conociendo la Academia fue excelente. Cuando llegué a ella era como llegar a otra ciudad. Antes de conocerla, mis compañeros de bomba me habían comentado cómo era, y yo me la imaginaba pequeña, pero cuando tuve la oportunidad de asistir a ella fue algo magistral.

La oportunidad que me tocó asistir fue por una visita con unos compañeros de Perú que estaban conociendo nuestro cuartel acá en Rancagua, y los llevamos a conocer el Campus Central. Cuando empezamos a recorrer dicha instalación fue algo grandioso. Recorrimos un túnel oscuro donde se demostraba la fuga de diversos químicos y cómo controlarlos. Seguimos recorriendo y también conocimos los diversos espacios donde se realizan los cursos prácticos. En ese momento estaba trabajando una compañía de Ñuñoa y en su instrucción estaba presentando cómo controlar un derrame de químico de un camión volcado; eso lo encontré increíble.

Luego seguimos avanzando y el instructor que nos iba presentando los diversos módulos nos llevó donde practicaba Rescate Urbano, un excelente curso, en mi opinión. Nos dirigimos después a las salas donde se imparten las clases teóricas, donde también encontramos un profesor que nos explicó el funcionamiento de las clases y cómo se llevaban a cabo. Nada que decir de dicho instructor, excelente, y de la sala también; solo faltaba un robot que fuera sirviendo café.

También tuve el privilegio de conocer el hotel donde los alumnos se quedan cuando realizan cursos y vienen de regiones más alejadas. Daban una buena atención; nada que decir. Avanzamos al salón de sesión, un salón muy bien construido y hermoso donde también pude conocer una pincelada de la historia de Bomberos de Chile y los diversos presidentes que han pasado con el transcurso de los años.

Pero me quedo con su fachada y su campo de entrenamiento, que es fenomenal. Felicitaciones por dicho campo tan completo. Les insto a que visiten este campo de entrenamiento.





Vocación de servicio, siempre

Patricio Saavedra Hidalgo

Cuerpo de Bomberos de Cartagena

Íbamos una vez más a atender una emergencia, que esta vez involucraba víctimas de un accidente automovilístico. Con todas nuestras ganas y la experiencia de algunos llegamos al lugar para atender a los heridos; como pudimos los sacamos antes de que explotara el vehículo o se quemara, pero al final cumplimos.

En otra ocasión acudimos a un incendio de casa. Éramos todos expertos, ya que no era nuestro primer incendio; sabíamos cómo controlarlo y salvar las personas afectadas. Todos trabajamos junto con nuestros oficiales hasta que lo apagamos y nos retiramos a nuestro cuartel.

También hay acantilados; en los periodos estivales siempre acudimos a sacar personas que se accidentaban en estos, ya sea atrapados en las pendientes o que han caído al vacío. Nosotros, prestos con nuestras cuerdas, los sacábamos rápidamente. Era importante tener una cuerda larga y firme.

Cuando recuerdo estos siniestros y los comparo con los de hoy, pienso que dimos un paso gigante como bomberos y bomberas voluntarios. Hoy está la seguridad nuestra como bomberos; contamos con material normado para todo tipo de emergencia, tenemos unidades actualizadas y, lo más importante, tenemos la capacitación entregada por una Academia

comprometida, la cual ha ido profesionalizando nuestro actuar. Además, nuestros instructores son bomberos y nos entregan su experiencia en forma didáctica y debidamente planificada por la Academia Nacional de Bomberos.

Entonces hago la comparación de cómo atendíamos las emergencias antes y cómo enfrentamos los siniestros hoy, y cómo se fue cimentando esta institución en estos 169 años en pos del buen servicio de quienes tenemos esta gran vocación sin recibir nada a cambio; solo capacitarnos y entrenar día a día.

Quienes ingresan a nuestras filas tienen todo el apoyo para enfrentar con conocimiento cualquier emergencia, ya que hoy en día han cambiado los siniestros; son más complejos, y está en juego tanto la vida de las personas como el medio ambiente.

No olvidaré los primeros cursos normados y de especialidades. Al fin teníamos una visión de la importancia de saber para ayudar, y empezamos a crear conciencia de nuestra seguridad y de las personas que atendíamos. La gente se empezó a encariñar con nosotros, ya que veían nuestro afán profesional en cada acto de servicio, fuera el que fuere.

Quienes hemos estado en la senda del bomberismo voluntario nos sentimos orgullosos de vestir nuestra cotona y nuestro traje de parada. Siempre.





Y el lunes... el lunes hay que estar a las ocho en el trabajo

Víctor Clive Arias de la Fuente

Cuerpo de Bomberos de Santiago

“¡A su orden, mi instructor!” se escucha en las inmediaciones del Campus Central de la Academia Nacional de Bomberos, específicamente fuera de uno de sus simuladores, luego de que un bombero, vestido completamente con su uniforme de protección, diera la orden para iniciar un ejercicio.

La actividad había comenzado temprano, minutos después de las 8:30 horas, cuando todos los bomberos-alumnos recibieron el saludo de los tres instructores a cargo de la capacitación. Sin embargo, para cada uno de ellos todo había comenzado mucho antes, cuando ese sábado, a las 5:45 horas, había sonado el despertador: una ducha, un café apurado (preparado por su esposa en pijamas), un beso para ella y para los pequeños que aún duermen, para luego echarse la mochila al hombro y comenzar el viaje hacia Talagante.

El frío de la mañana no fue impedimento para que después de un abrazo fraterno iniciara de inmediato

la preparación de los materiales, del equipamiento, del simulador, de que las colaciones para los alumnos estén a punto, de los listados, guías, etc.

La práctica fue intensa: instrucciones, demostraciones, formación de equipos de trabajo, prácticas, nuevas instrucciones, más demostraciones, repetición de las prácticas, supervisión de procedimientos, evaluaciones... no hay cansancio, pero sí sudor dentro del pesado y grueso equipo de protección. La formación final, la entrega de resultados y la despedida. Son pasadas las seis de la tarde. Aún hay que ordenar y reacondicionar el material y el equipamiento, completar los últimos formularios de uso del campus e iniciar el regreso a casa.

Son casi las nueve de la noche cuando abre la puerta de su hogar. Mañana, domingo, se repetirá la historia, y el lunes... el lunes hay que estar a las ocho en el trabajo...





Yo también quiero enseñar...

Marcela Paloma Sasso Cáceres

Cuerpo de Bomberos de Cumpeo

Legó el día que sentí en el interior la señal que me indicó que mi labor en esta vida es ayudar a la comunidad y velar por el prójimo. Sentí sonar la sirena del viejo carro de bomberos que iba por la avenida principal de Camarico cuando se dirigía a un llamado del típico incendio en época de verano del pueblo donde vivo; incendios en donde las llamas se veían enormes al otro lado de la carretera y cada minuto que pasaba hacía que se llenara más de pavesas el suelo, producto del incendio en las chancheras de Zaror, donde siempre, como espectadores, nos llenábamos de humo a orillas de la carretera, donde nos ubicábamos a observar cuán grandes podían crecer las llamas que arrasaban con todo a su paso.

Se escuchaba a los vecinos decir “ya estamos a febrero. Bastante se demoró en quemar el viejo loco”, y otros decían “¿cuánta plata ganará con el seguro?”, y otros, “pobres bomberos; todo el calor que tienen que aguantar sin recibir nada, si ni les pagan. Ellos arriesgan su vida por cuidarnos a todos nosotros”. Cada palabra de agrado que escuchaba de bomberos enamoraba mi corazón...

Al otro día de ese gran incendio me acerqué al pequeño cuartel de la Segunda Compañía de Bomberos Camarico, una casita prefabricada de un ambiente

pintada de rojo y negro, colores típicos para Bomberos, con un aroma a ahumado y una bandera chilena que flameaba con un escaso viento de verano. En el segundo que la vi sentí el flechazo: ese mismo día ingresé a formar parte de la compañía. Justamente se tenía que realizar un curso al que tuve la posibilidad de asistir; nos tocó realizar BORA. Ansiosos, esperamos en la sala porque para toda la segunda era el primer curso que realizaríamos.

El instructor entra a la sala y, como si hubiéramos estado entrenados, nos levantamos al segundo esperando el saludo y las indicaciones de lo que debíamos realizar. Aquel instructor marcó mi vida; tenía una paciencia para explicar envidiable, y hacía clases dinámicas y entretenidas en las que cautivaba a todos los participantes con la historia de la creación del primer cuerpo de bomberos en Chile. Estimulaba hasta a los bomberos más inseguros a participar en la clase impartida, los cuales aportaban conocimientos que tenían, pero que por vergüenza escondían en su interior.

Ese día descubrí que yo podría contribuir aún más en Bomberos. Ese día decidí que yo también quiero enseñar...





ACADEMIA NACIONAL

Esta publicación le da a las bomberas y los bomberos del país la oportunidad de conocerse a través de la literatura y de descubrir qué tienen en común, aunque los separen miles de kilómetros. Leyéndose encontrarán, en palabras de otros, la misma ansiedad que sintieron antes de entrar a un simulador, la misma frustración al tener que equiparse con un ERA de un modelo poco familiar y el mismo asombro al llegar por primera vez a la capital y ver su mar de luces cobrizas. Leyéndose encontrarán un reflejo de sí mismos en las letras de otros; es por eso que decidimos publicar no solo a los ganadores, sino que también a todos los participantes. Creemos que cada autor ha aportado, desde su propio testimonio, a construir la identidad cultural de Bomberos.